

ERSI SOTIROPOULOS

Qué queda de la noche

TRADUCCIÓN DE VICENTE FERNÁNDEZ GONZÁLEZ Y ANTONIO VALLEJO ANDÚJAR

narrativasextopiso



Qué queda de la noche

Qué queda de la noche

ERSI SOTIROPOULOS

TRADUCCIÓN DE VICENTE FERNÁNDEZ GONZÁLEZ
Y ANTONIO VALLEJO ANDÚJAR



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
TI MENEI AΠO TH NYXTA

Copyright © ERSI SOTIROPOULOS, 2015

1. edition Patakis, Grecia 2015

Published by special arrangement with The Ella Sher Literary Agency,
www.ellasher.com, working in conjunction with Walkabout Literary Agency

Primera edición: 2018

Traducción

© VICENTE FERNÁNDEZ GONZÁLEZ Y ANTONIO VALLEJO ANDÚJAR

Ilustración de portada

© ALEJANDRO GARCÍA RESTREPO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018 París 35–A
Colonia del Carmen, Coyoacán 04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

COFÁS

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-16358-77-9



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Índice

Portada

Legal

Qué queda de la noche

Himno al pelillo

Agradecimientos

Nota de los traductores

Notas

a P (t+p)

«Danme voces de Seir: Guarda, ¿qué de la noche?
Guarda, ¿qué de la noche?».
ISAÍAS, 21, 11-12

Con los ojos cerrados me volví hacia tu lado de la cama. Estiré el brazo en la penumbra para tocarte el hombro. Esa extraordinaria curva, la piel pálida, más pálida aún bajo la sucia sábana. Lo escrito en la piel no se borra, dije para mis adentros. Hace cinco años, a la misma hora, te revolviste en sueños y me rozaste con el muslo. No me había quitado la camisa aún. Mi mano se escurrió hacia tu pecho, que era lampiño y moreno con esa palidez subterránea. Lo recuerdo fuerte, sin vello, reluciente. La línea de tu boca, esa abertura rosa y el brillo de un diente que apenas se distinguía. Algo de saliva reseca. Pasé los dedos por tus labios. Luego mi mano siguió hacia abajo, más abajo. Respirabas, roncabas ligeramente. Sin despertar, cambiaste de costado y me abrazaste. Murmuraste una palabra que no conocía. Quizá tenías sed. Se me abrió la mano y se cerró... Un escalofrío recorrió la cama vacía. Había dejado la ventana entreabierta y las cortinas susurraban al aire parisino. Pero era hora de dejar las *rêveries*, John debía de estar esperándome en la recepción.

La tierra parecía plana todavía y la noche caía de golpe hasta el fin del mundo, allí donde alguien inclinado a la luz de la lámpara podría ver siglos más tarde el rojo sol apagarse sobre ruinas, podría ver, más allá de mares y puertos asolados, los países que viven olvidados en el tiempo en el resplandor del triunfo, en la lenta agonía de la derrota. La Historia se repite, decía para sí, aunque no estaba seguro de que se tratara de repetición. Podría verlo sólo gracias a su talento y su insistencia. Aguzaba el oído con la pluma apretada en la mano. Sonidos, luces, olores, todo regresaba. Era otra vez de noche en la plana tierra. La llama de la lámpara temblaba con reflejos amarillentos. Llegaban voces hasta sus oídos. Una música barata del barrio de el-Attarín que seguía despierto a aquellas horas, el sonido de un organillo cuya dulce melodía se derramaba y subía por las embarradas. En los cuartos de arriba los cuerpos se encontraban sobre sábanas gastadas. Media hora de goce perfecto, media hora de absoluto placer. Miembros, labios, párpados sobre la inmunda cama, bocas resollantes, besos. Luego se marchaban por separado, como perseguidos, sabiendo que aquella media hora les costaría el resto de sus vidas y que volverían a ansiarla. Pero ahora lo único que buscaba cada uno era que se lo tragara la noche, y mientras bajaba con prisa las escaleras, de nuevo la insoportable musiquilla lo recibía, un desvencijado timbre que se reía del tiránico latir del corazón. Afuera la calle estaba desierta, los pasos de una sombra invisible resonaban un poco más abajo y se apagaban. Se quedaba parado un momento en la puerta, se abrochaba la chaqueta y se alejaba deprisa, pegado a la pared, la cabeza agachada, el cuello subido. Y de vez en cuando podía pasar, había pasado antes, que su mirada se cruzara con los ojos de alguien que se escurría como un ratón en la oscuridad, alguien tímido y bien vestido que venía en la otra dirección e iba hipnotizado hacia las mismas escaleras, al mismo cuarto, a revolcarse sobre las mismas sábanas manchadas.

¿Y si todos los amantes fueran inmóviles? ¿Y si fueran estatuas cálidas y de piel suave que reciben todas las caricias y permanecen indiferentes como permanecen indiferentes las obras de arte? Aquella idea platónica lo deleitaba, pero hasta cierto punto. El objeto del deseo se encontraba tan lejos,

tan cerca. Labios miembros cuerpos. Labios, bocas resollantes. Tenía que escribir sobre todo ello. Tan cerca, tan lejos. Ése era el cometido del Arte, suprimir las distancias.

Trajo a la memoria el rostro de un joven de hacía mucho, ¿fue en Constantinopla? ¿En Yeniköy? Imberbe todavía, trabajaba de aprendiz en una herrería y cuando se inclinaba semidesnudo sobre el yunque con las chispas saltando al pecho sudado, vio su cara heroicamente iluminada, lo vio coronado de hojas de parra y laurel. No llegaron a hablar, ni volvió a verlo nunca. ¿Quién escribiría sobre él? ¿Quién lo arrancaría del olvido de la Historia?

Años más tarde, alguien inclinado a la luz de la lámpara... Podría ver el sol rojo apagándose sobre las míticas ciudades quemando broza entre herrajes oxidados, allí donde en alguna época una pila de mármol rezumaba agua y las últimas gotas se secaban con la luz de la tarde. Podría ver los rayos púrpuras reluciendo en el cuerpo juvenil del aprendiz de Yeniköy iluminando fugazmente una posibilidad; sí, una posibilidad que cobraba consistencia, una consistencia casi material porque el mismo joven deambulaba ahora por el peristilo de un ágora antigua entre los habitantes de Antioquía o de Seleucia y muchos eran los que cantaban su belleza.

El «años más tarde» es ahora, decía para sí. Sólo él podía ver. No estaba listo todavía. A menudo la impaciencia lo consumía. Aquella impaciencia pergeñaba unos poemas torpes, sin gracia, los hacía pedazos y se culpaba. Luego estaba ese empalagoso revoltillo... Ese montón de adjetivos, esa grandilocuencia, la inflada estela de un lirismo que aborrecía sin saber cómo quitárselo de encima. ¿Cómo librarme de esta carga sentimental?, se preguntaba. Muchas veces, a lo largo del día se sentía inútil, sin voluntad, fracasado. Era culpa de Alejandría, que lo ahogaba. Era culpa de la vida provinciana, del círculo de necios de inquebrantable seguridad, y al lado falucas y felahs, un paisaje como una calcomanía llena de telas de araña con una densa humedad que te calaba hasta los huesos; todo aquello minaba su sistema nervioso. Y con frecuencia resolvía, sin creerlo demasiado, que tenía que borrar a Alejandría de su interior para poder escribir.

Pero ahora se encontraba en una ciudad extranjera que lo atraía tanto como lo repelía. Una capital que irradiaba cultura, en la que cada rincón recordaba algo grande e importante. Tenía que luchar contra su mal humor, disfrutar de los últimos días del viaje. No más cambios bruscos, dijo para sí, voy a hacer

un programa diario y lo voy a seguir. Se colocó la corbata con un gesto mecánico y bajó los tres escalones que llevaban a la recepción del hotel.

–¡Monsieur Cavafy!* –oyó que lo llamaban.

La gran sala estaba vacía con la araña central encendida sobre el suelo de mármol que relucía como la superficie de un lago. El anciano conserje se acercaba lentamente hacia él.

–Monsieur Cavafy, su hermano le ha estado esperando y ha salido hace un momento. Va al Café de la Paix.

Era una tarde de verano templada. Unos 80 °F de temperatura. Un tiempo anodino con un airecito saludable. Lo ideal para la ligera levita que llevaba. Menos mal que no me he puesto la chaqueta de lino gruesa, dijo para sus adentros, menos mal, y avivó el paso. Pero mientras avanzaba veloz siguiendo la corriente del bulevar lleno de cocheros que bajaban hacia la Ópera agitando en el aire sus fustas, sabía que la espina que le roía estaba otra vez allí y que era cuestión de minutos el que le volviera a abrumar el acostumbrado hastío.

–Costís, lo he terminado –dijo John nada más verlo.

Parecía estar de un ánimo estupendo. Tenía el manuscrito en la mano y lo enarbolaba como un trofeo.

El camarero dejó los humeantes chocolates sobre la mesa.

–Gracias por acordarte de mí –dijo, aunque habría preferido un té helado.

–¿Y bien? –preguntó John con una gran sonrisa.

–Llego tarde. Se ve que me he quedado dormido.

–Te vendrá bien.

Se fijó en una vieja que arrastraba los pies con la mano extendida. Iba despeinada y a cada tanto daba un trompición.

–Dale algo. No soporto verla.

La vieja se acercó a la mesa, echó una mirada voraz al platillo de *petits fours*.

–Dale algo –volvió a decir. Miró el manuscrito, que se había convertido en un cilindro en la mano de John. Podía distinguir las letras, ligeramente inclinadas y con los rabos de la *p* y de la *y* enroscándose primorosamente hacia arriba.

John se levantó, dejó caer en la palma de la mujer unas monedas.

–*Dieu vous bénisse* –dijo. Le faltaban varios dientes.

–De ti, desde luego, no se acuerda *Dieu*.

Como un montón de harapos, la vieja se arrastró hasta la mesa de al lado y volvió a tender la mano mendicante.

–Pero ¿por qué? –se preguntó John–. ¿Por qué aceptamos la miseria representada en un cuadro y elogiamos su estética mientras que la rechazamos en la vida real? Esa vieja puede ser belleza. Todo puede ser belleza. Depende del punto de vista, o, mejor dicho, de la disposición psíquica del espectador.

–No se puede considerar belleza cualquier cosa –le cortó.

–Sí, cualquier cosa que nos emocione, ¿por qué no?

–¿Hasta la belleza del animal? Esa vieja es hermosa como una cerda revolcándose en el barro.

–No hay un único tipo de belleza –empezó John, y se quedó callado. Como siempre que intentaba encontrar la formulación correcta, se perdía en asociaciones de ideas paralelas. Dio un sorbo a su chocolate y lo removió lentamente con la cucharilla.

–¿Por qué eres tan categórico? –dijo como sin preguntar–. Hay veces que pienso... Es muy injusto en última instancia.

No lo miraba. Podía estar dirigiéndose a cualquiera que pasara por la calle en aquel momento, o a todo París.

–Deja que lo lea –dijo y tendió la mano para coger el manuscrito.

Una tarde sin planes. Lo habían decidido al mediodía mientras comían en Procope. Sería una buena oportunidad para descansar y hacer un balance del viaje, para recordar instantes de aquel mes y medio que llevaban fuera de casa, desempolvando detalles que quizá habían obviado. A los dos les gustaba cruzar sus relatos y a menudo lo hacían disfrutando especialmente el momento en que el episodio más nimio podía cobrar un matiz diferente, dar un giro casi inesperado mientras las palabras iban redondeándose en la boca del otro. Había un montón de anécdotas con las que reírse y probar así, por anticipado, la impresión que causarían sus relatos cuando volvieran a Alejandría; y se reírían aún más con los chascos del viaje, como el pedo de la tía en la cena en Holland Park; ni uno ni dos, sino tres pedos entrecortados y bien sonoros en un breve espacio de tiempo; los comensales empezaron a toser, pero no quedó ahí la cosa porque mientras tanto la insoportable peste se había extendido, y uno a uno se fueron levantando de la mesa mientras la tía

en aquella pelerina negra con cuello decía: «¿Adónde vais, queridos?, espero que no os haya sentado mal la perca»; de modo que desde entonces cuando le pasaba algo estúpido o extraño a alguien, decían entre ellos: «Le habrá sentado mal la perca».

La historia del pedo le va a chiflar a madre, nos pedirá que se la contemos una y otra vez, pensó. Le habrá sentado mal la perca, repetía para sí y se rio. Por el rabo del ojo vio que John lo observaba a la espera.

–Me gusta –dijo, y carraspeó–. Es un poema muy sólido. Quiero volver a leerlo.

Su tono de voz sonó falso. ¿Y por qué demonios había carraspeado? Siempre hablaban con total sinceridad, al menos eso pensaba, pero hoy le daba la sensación de que tenía que medir sus palabras. Y lo que se le había escapado ayer no era cualquier cosa. En medio de la cena, mientras cada uno se inclinaba sobre su pichón crujiente con guisantes, conversando relajadamente sobre alguna cuestión literaria que ni recordaba, había dicho *en passant*:

–No caben dos poetas en la misma familia.

Se había arrepentido de inmediato. John hizo como si no lo hubiera oído, no reaccionó. Pero poco después alzó el vaso diciendo:

–En ese caso, supongo que el que se retira soy yo. *Cheers... à ta santé!*

Fue necesario que trasnocharan conversando en un intento por enmendar su desliz y fue él quien dio la idea a su hermano de que reescribiera un antiguo poema y lo trasladara al incendio del Bazar de la Charité, que seguía conmoviendo a todo París. El pretexto de la primera versión del poema había sido una conversación que un amigo de John había escuchado a escondidas en la inauguración de una exposición de pintura en Alejandría. Una griega de la alta sociedad, esposa de un gran comerciante –el amigo no quiso revelar su nombre–, mientras contemplaba un cuadro de una puesta de sol embadurnado de rojo y púrpura, se inclinó hacia el hombro de la persona que tenía al lado, un conocido prohombre de la comunidad griega, también casado –el amigo tampoco quiso revelar el nombre de él–, y le susurró al oído con un profundo suspiro: «Prefiero ponerme en sus brazos». A este amigo, le había resultado boba la expresión, metáfora o alegoría, fuera lo que fuera, pero a John le había hecho gracia y había tomado nota de ella. Había escrito un poema sobre el bombardeo e incendio de Alejandría de 1882, en el que las palabras de la mundana griega servían de irónico contrapunto a la devastación de la ciudad

y el vandalismo. La composición era débil y algo extravagante, extravagante sin motivo, había observado su hermano. En la versión actual del poema, la polémica frase no estaba, pero había aparecido en su lugar otra de un mal gusto comparable: «ocaso de amistad y sentimientos». ¡Qué «ocaso de amistad y sentimientos» ni qué ocho cuartos!

–No sé si te has fijado en la segunda estrofa –dijo John–. Te la leo en griego, la he traducido, la rima funciona mejor.

Se retorció el bigote antes de empezar a recitar.

Calcinados la enagua y el corsé,
ceniza el bretel de seda,
quemado lo que hasta ayer
se guardaba con espliegos en gaveta

–Quería –continuó– dar énfasis al hecho de que el incendio del Bazar no le interesa más que a la aristocracia. No tiene ninguna importancia si murieron unas pocas decenas de sirvientas. Murió la condesa Mimmerel, murió la marquesa de Isle. Murió la hermana de la emperatriz. Eso es lo que importa. No se habría declarado semejante luto nacional si se hubiera quemado un pueblo de la Bretaña. ¿Entiendes?

–De acuerdo, pero no veo la diferencia. El drama es drama.

–Sin querer decir con esto que haya intentado escribir un poema social.

Un poema desafortunado, dijo para sí. Recordaba los primeros días en París, al llegar desde Marsella, la zona olía aún a azufre y en los hoteles repartían toallas mojadas entre las señoras. El Bazar de algún modo siguió quemándose durante días, todos los encajes y los ajuares que había almacenados allí crepitaban agonizantes; se había convertido en la atracción número uno, venía gente de todos los *faubourgs* a contemplar el cadáver carbonizado.

–¿No fue el 4 de mayo?

–Creo que sí. La noticia nos alcanzó en el tren, ¿no te acuerdas?

En la esquina del boulevard des Capucines se había levantado un humo blanco, los cocheros daban voces. Se había roto alguna tubería. Una silueta negra sobresalió entre el humo y avanzó hacia ellos.

–Mira –saltó–. Tu Afrodita etérea se acerca otra vez, más amuermada que antes.

John se giró a ver. La vieja mendiga pasaba delante de ellos por la acera dando tumbos y tropezándose en las mesas. Un camarero que salió del Café de la Paix trató de echarla a voces, luego a empujones. La vieja cayó hecha un ovillo en la carretera, se volvió boca arriba y empezó a hablarle al cielo.

–Rebajas tu arte –dijo John. Su expresión era gentil, pero firme. Desenrolló el manuscrito con el poema y se echó sobre el respaldo de la silla haciendo como que leía.

Te habrá sentado mal la perca, eso es lo que tenía ganas de decirle a Johnny. Las palabras de la tía venían como un guante hoy. Te habrá sentado mal la perca. No sabía cómo se lo tomaría. Algunas veces se ponía muy irritable. Aunque a lo mejor le hace gracia. Estaba a punto de soltar la frase cuando una gran cabeza, una cabeza con rizo borreguil y ojos completamente azules y abiertos, apareció ante él.

La cabeza borreguil había empezado a hablar de inmediato con una voz meliflua y empolvada mientras que sus ojos abiertos como platos iban de un hermano al otro.

–Queridos... Qué pequeño es el mundo, ¿no es así?

–Qué agradable sorpresa. Ya lo creo, ¡liliputiense! –dijo John que se había levantado y saludaba calurosamente a aquel desconocido.

–Les he visto desde las escaleras de la Ópera y me he dicho: ¿Será posible? He corrido con todas mis fuerzas. Mis queridos amigos, mis queridísimos amigos.

–Constandinos –dijo John–, nuestro querido Mardaras.

El apretón de manos de aquel extraño te podía arrancar el brazo.

–Así que han vuelto a París. Qué suerte, qué feliz casualidad.

Nicos Mardaras explicó que había sido informado de la llegada de los hermanos hacía bastante, se había enterado del nombre del hotel en el que se hospedaban a través de unos conocidos comunes en Marsella y se había apresurado a buscarlos, pero cuando fue al Saint-Pétersbourg ellos ya se habían marchado a Inglaterra. Temblando, la cabeza borreguil les pidió detalles de su estancia en París, en qué restaurantes habían comido, con quién se habían encontrado, sobre todo, quería asegurarse de que habían visitado los sitios adecuados, así que fueron ayer a la Comédie Française, también han visto el Salon de este año, estupendo, aprobaba clavando la mirada ya en uno ya en el otro como si tuviera delante dos carnadas y no supiera por cuál decidirse. John, quien parecía haberse reavivado por esta inesperada aparición, respondía sonriendo al sinfín de preguntas y con sorpresa lo escuchó decir que era una lástima no habernos encontrado antes, ahora que terminaba su estancia en París, les quedaban sólo dos días, los dos últimos días de aquel gran viaje, era una verdadera lástima.

Él no estaba seguro aún de si la intrusión de Mardaras le había importunado. Se quedó en silencio mirándolo con curiosidad durante unos minutos. Con seguridad, la cabeza era lo más digno de atención. El pelo abundante, desordenado, rubio desvaído como borra para rellenar cojines. El bigote grueso, castaño claro. El pecho amplio, algo abombado,

desproporcionado en relación con el resto del cuerpo. Sentado frente a él con las piernitas cuidadosamente cruzadas alrededor del delgado bastón, parecía una oveja de ojos saltones en una visita de cumplido. Iba hecho un pincel, aunque en una segunda pasada, la levita que llevaba parecía bastante usada, el plastrón relucía, la orquídea del ojal, de hacía por lo menos dos días, había empezado a marchitarse. Tenía la impresión de que el apellido Mardaras no le era del todo desconocido e intentó recordar dónde lo había oído antes.

–Practica usted el arte de la poesía y con bastante éxito según tengo entendido –dijo Mardaras como si tragara una gominola.

Se dirigía a él.

–El poeta de la familia es John –dijo mirando a su hermano. Al ver su expresión deseó no haber hablado. Aquel elogio fácil había sido un movimiento erróneo. La frase del día anterior seguía allí, separándolos.

–Por supuesto, por supuesto, nuestro querido John también –coincidió apresuradamente Mardaras.

Parecía como si su interés por los hermanos se hubiera agotado de repente. Su mirada se desviaba ya a las mesas de alrededor tratando de distinguir a algún conocido.

–Discúlpenme un momento –dijo saltando de la silla.

–Pero ¿quién es? –vio la oportunidad de preguntarle a John, que no tuvo tiempo de responder porque Mardaras volvió junto a ellos de un brinco.

–*False alarm!* –exclamó dando una carcajada.

Parecía arder en deseos de cotillear. Dando pequeños rugiditos, les contó que una señora muy conocida de la alta sociedad le había echado el ojo, hacía un momento le pareció haber reconocido a una amiga de ella en una mesa y había corrido a presentarle sus respetos para que no se enfadara, je, je; en fin, se trataba de un *flirt* pasajero, una pasioncilla sin futuro, concluyó satisfecho.

No paraba de pasar gente, señoras elegantes con sombrillas blancas de encaje y detrás de ellas niños bien vestidos con niñeras cargadas de compras de las galerías Lafayette, mientras que Mardaras, muy tieso en la silla, no dejaba de hacer comentarios sobre moda, sobre cómo los corsés de aquella temporada acentuaban el busto, que se mostraba apetitoso como una cesta de fruta; en cuanto a aquellos miriñaques, habían quedado desterrados definitivamente, sólo los seguían llevando las provincianas y quizá alguna tosca extranjera, además no cabía duda de que la moda francesa era la que llevaba la delantera en todo el mundo, los franceses con una sola pincelada

podían cambiar la silueta de la mujer, claro que los ingleses están al tanto por más que no quieran reconocerlo. «Pero qué le vamos a hacer, queridos amigos, más allá del canal la Mancha termina la civilización; discúlpeme, no es mi intención ofender su debilidad por la vieja Albión». Mencionó una multitud de nombres de poetas, pintores y hombres de mundo, luego se detuvo en cierto joven escritor, Marcel Proust, sobre el que él nunca había oído hablar. Al parecer, gozaba de la protección de Anatole France y había empezado a tener éxito. También ensalzó a otro, un poeta cuyo nombre se comentaba cada vez más entre los entendidos. Tampoco lo conocía. Ambos eran gente mundana, frecuentaban los mejores salones.

Poco después, cuando Mardaras salió lanzado hacia otra mesa, John se inclinó a decirle que no lo conocía demasiado bien. Lo había visto sólo una vez en El Cairo, en una visita de arqueólogos franceses; era un grupo algo disparatado, probablemente se tratara de arqueólogos aficionados, no recordaba detalles. Sabía que vivía desde hacía años en París gracias a la herencia de un tío.

–Veo que te ha impresionado.

–Exageras. Pero he pensado que podíamos almorzar mañana con él. Parece conocer todo París. Y es divertido.

–¿Divertido? ¿Lo dices en serio?

–Bueno, a veces resulta un poco pesado.

–Querrás decir insoportable –e imitó la forma en que Mardaras se sentaba tieso con los ojos abiertos como platos y las piernas cruzadas alrededor del bastón.

John se rio.

–Lo estás caricaturizando. En fin, bien vale el sacrificio. Puede presentarnos gente que de otro modo no tendríamos oportunidad de conocer, personalidades de la vida artística. He oído que es amigo de Jean Moréas. Algo entre amigo y secretario personal no remunerado.

El nombre de Jean Moréas le causó un desasosiego indefinido, la clase de desasosiego que quería evitar en los últimos días del viaje. Se preguntó si John sabía que había enviado dos poemas a Moréas a su dirección de París, «Súplica» y «Los caballos de Aquiles». Tenía que saberlo, siempre le informaba de sus movimientos. Había despachado el sobre hacía dos meses, pero no había recibido respuesta. Mientras tanto, Mardaras había vuelto a su mesa y antes de sentarse siquiera había empezado a contar cómo le había

sucedido la cosa más asombrosa, lo más extraordinario que nadie podía imaginar, y sobre todo inesperado, imprevisto, caído del cielo.

–Una información que bien vale un millón de francos – dijo triunfal.

–¿Juega usted en bolsa? –preguntó John.

–Nada que ver –respondió Mardaras.

Se quedó en silencio un momento. Juntando las cejas y frunciendo la boca adoptó la expresión de quien lucha contra el impulso de revelar algo deslumbrante.

–No puedo hablar, es en extremo confidencial –dijo finalmente.

Valiente payaso, pensó. Está esperando a que lo presionemos para servirnos una nueva sandez. Qué inocente era el pobre de John, escuchándolo con la boca abierta. Lo que le preocupaba en aquel momento eran los poemas que le había enviado a Moréas. ¿Cuándo había despachado el sobre exactamente? No lo recordaba. Quizá Moréas le hubiera contestado ya desde que había salido de viaje y la carta le estuviera esperando en Alejandría. Por desgracia era imposible. Su madre o su hermano Pavlos, que comprobaban la correspondencia todos los días, le habrían avisado. Siempre le avisaban.

–Va a caer el Gobierno –escuchó que decía Mardaras.

–¿A causa de la información confidencial que le han contado?

–Discúlpenme, ¡voy saltando de un tema a otro! Es un defecto que tengo – dijo Mardaras–. La información confidencial es de naturaleza privada, cómo decirlo... Del todo privada. Pertenece a la esfera del *plaisir*, de los placeres. Ahora se trata del Caso.

–Del Caso estábamos hablando precisamente –dijo John guiñándole un ojo.

–¿De qué caso?

–Pues del Caso, mi querido amigo, ¡del caso Dreyfus! Todo París ha entrado en la disputa, y está dividido en dos facciones. Dreyfus es un capitán judío desterrado por alta traición. Se han encontrado datos, pruebas de que ha vendido secretos militares a los alemanes, pero ahora se han levantado voces indignadas que dudan de esas pruebas.

–Estamos al tanto a través de la prensa de Alejandría –dijo secamente.

–Ah, por supuesto, la prensa alejandrina. No sé si son conscientes de las dimensiones que ha cobrado la cuestión aquí. Hay amigos del alma que han dejado de dirigirse la palabra. Matrimonios que se comunican por medio de notas. El Gobierno caerá, querido Constandinos, se lo aseguro.

–¿Qué opina Anatole France al respecto? –le preguntó.

La pregunta pilló a Mardaras desprevenido.

–No creo que haya dudas sobre la postura de Anatole France –dijo John–. Sus ideas nos son conocidas, ya en aquel relato, se acordarán de él, «El procurador de Judea», explicaba las raíces del antisemitismo.

–¿Y usted? –volvió a preguntar.

Ahora sí que te la he dado, dijo para sus adentros. Mardaras no tenía opinión. Sacudió su cabeza borreguil, abrió la boca para balbucir cualquier cosa y la volvió a cerrar.

Rápidamente, la conversación saltó a otro tema. El *ToutParis*. Mardaras le explicaba a John el concepto, un concepto único insistía él, porque el *Tout-Paris* difería de las correspondientes élites de Atenas y del resto de capitales. Allí la aristocracia y las clases altas abrazaban de verdad las Artes, y un poeta de extracción social baja, un menesteroso, como se suele decir, si tenía talento y las referencias apropiadas, podía perfectamente verse solicitadísimo en una velada y ser invitado a los mejores salones.

–Una especie de bufón de la Corte –dijo.

–¡En absoluto! –se indignó Mardaras–. Se trata de artistas de primera categoría. Puedo citar nombres.

–Aun así –le cortó–, para que su artista caiga en gracia tendrá que hacer concesiones y esas concesiones irán en menoscabo de su arte.

–Permítame citar unos nombres para que se forme una opinión.

–¿De qué me sirven los nombres? ¿En qué se diferencia su poeta de los aduladores que van detrás del rey desnudo alabando su vestimenta?

Habló sin tomar aliento y se encontró preguntándose por qué se había metido en una confrontación con aquel necio.

–¿Qué rey desnudo? –dijo John–. Creo que nos hemos ido de tema.

–En relación con esto querría señalar –volvía a la carga Mardaras– algo que dice Moréas. Me parece cercano a sus posiciones. Moréas considera que en nuestros días el talento del artista cuenta menos que su capacidad para trepar en los círculos adecuados.

Hizo como si no oyera. ¿Cómo era posible que Moréas confiara sus asuntos a Mardaras? Lo tenía como de secretario personal sin sueldo. Sin sueldo, así se explicaba.

Miró a John y se levantó.

Dijo que se había quedado entumecido, que iba a dar una vuelta. No

tardaría. Avanzó aprisa entre las mesas y se alejó a grandes zancadas. En la esquina de la rue des Capucines se paró con las manos en los bolsillos del chaleco. Pensó en pasar por el Bazar, para ver lo que había quedado de su almacón. Pero le iba a llevar demasiado rato, se le iba a hacer tarde. Sin darse cuenta, sus pasos lo llevaban hacia atrás por la dirección contraria. Qué payaso, se decía. Qué fanfarrón. Nos ha debido de soltar cincuenta nombres en media hora. La presencia de Mardaras le había estropeado el humor. De igual manera, entendía que su reacción había sido exagerada y se enfadaba aún más. En otras circunstancias, se habría contentado con sonreír ante aquella retahíla de lugares comunes, esperando el momento en que se quedara a solas con John para comentarlos. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué se había vuelto tan susceptible? Se deslizó entre los transeúntes, sin importarle hacia dónde iba.

Al poco se sentía mejor. La multitud discurría hacia los grandes bulevares, por las anchas aceras llenas de terrazas de cafés, bajo los cobertizos o dentro de las galerías en las que siluetas de desconocidos se dibujaban fugazmente y se borraban. Un río ciego lo arrastraba a su lecho. Tomó aire y siguió la bestial ola en medio del bullicio y del polvo. La gente desbordaba los cruces, se paraba en los escaparates antes de echar a andar parsimoniosamente de nuevo junto a los elegantes coches y calesines que corrían para perderse en la luz añil. En las esquinas los vendedores de periódicos pregonaban las últimas noticias. En el cruce de la rue des Pyramides se detuvo como hipnotizado. Sobre él se precipitaban rostros que se hacían añicos al rebasarlo. El tráfico parecía aplastarse en la rue de Rivoli contra los soportales del Louvre, que se erguía como un rompeolas abovedado. Se perdían grupos por las calles adyacentes. Luego el paseo continuaba por otros barrios más lejanos, más apartados. Barriadas escondidas y de mala fama. En los umbrales sombríos y los cuartos subterráneos, pensó estremecido.

Una panda de músicos callejeros avanzaba delante de él entre risas embriagadas y voces. Iban tirando de la mano de un mono con uniforme militar y quepis. Avivó el paso y los dejó atrás. La luz bañaba el enlosado, se derramaba por las fachadas de los edificios, se arrastraba por los tejados plateados; una luz líquida sin sombras. Caminando le vinieron a la mente los versos de un poema que llevaba tiempo escribiendo. De vez en cuando lo retomaba, lo retocaba, lo volvía a dejar. Lo había vuelto a mirar

recientemente y se había quedado satisfecho. Muy satisfecho. No le sucedía a menudo. La musicalidad era impecable, la rima era eficaz.

La ciudad irá tras de ti. En sus calles pasearás,
las mismas, y en los mismos barrios envejecerás

Qué versos tan espontáneos y luminosos. Los repitió para sí varias veces y luego el poema entero, saboreando cada una de las palabras, cada una de las pausas versales. Pero algo chirriaba. No estaba seguro de qué. Al repasar mentalmente el poema, era como si lo viera escrito en el papel, volvió a admirar el metro y la sonoridad que tonificarían el sentimiento del lector. Ningún defecto. Era el mejor poema que había escrito. Soplaba un ligero airecito que parecía dirigirlo cuando dobló en la avenue de l'Opéra y tomó el camino de vuelta. La ciudad irá tras de ti, decía para sus adentros. Luego retomaba el principio de la segunda estrofa: lugares nuevos no hallarás, no hallarás otros mares; y debía de estar sonriendo él solo, riéndose como un tonto, lo entendió al ver los ojos extrañados de un viandante.

Pero en la esquina de la rue de la Paix lo volvieron a asaltar las dudas. Hacia el final de la primera estrofa algo renqueaba, algo lo irritaba. Era aquel «lo detesto» y, justo debajo, «mi vida es un pretexto».

Cual me detesta aquí el mundo lo detesto
aquí donde media vida mía es un pretexto

Detesto-pretexto. Se había excedido tratando de conseguir la rima. Qué yugo la dichosa rima. Tanto tiempo puliendo aquel poema y ahora tenía que retomarlo. No, no podía desecharlo. Tenía fuerza dentro. La concepción era extraordinaria. Empezó a recitarlo pausadamente intentando al mismo tiempo mantener viva la imagen de los versos en el papel. Ahora estaba en posición de ver qué fallaba. No eran sólo los detestopretexto, pasearás-envejecerás. Era, por así decirlo, el horizonte cerrado del poema. Había sido escrito pensando en Alejandría. En alguien que ha malgastado su vida en ella, entre la Corniche y el Quartier Grec, alguien que anhela escapar, encontrarse en otra ciudad, probar nuevas emociones. Alejandría le ha sorbido la sangre, le ha sacado el jugo. Aunque el mismo sentimiento lo podía generar cualquier ciudad. Incluso París. Culpas a la ciudad en la que naciste, el lugar en el que

vives, de tus fracasos, porque te ha condicionado, te ha enterrado vivo. Caminas por ella y te sientes preso. Se paró en medio de la calle y se quedó mirando a un hombre de mediana edad con sombrero de copa que andaba encorvado inmerso en sus pensamientos. Por ejemplo, ese elegante señor es habitante de París. Qué suerte, qué felicidad, se imagina la mayoría de la gente. Pero también su vida está condicionada. Se mueve entre el bulevar tal y la avenida cual, entre el salón de la marquesa tal y el tocador de la cortesana cual. Está harto de ver las mismas imágenes. También él debe de anhelar nuevos horizontes, nuevos paisajes.

–Pensaba que te habías olvidado de mí –dijo John.

Había vuelto al Café de la Paix decidido a no enfrentarse más con Mardaras, sino, al contrario, a ser cordial con él. Se encontró a John esperándolo a solas. Mardaras se había marchado hacía poco a una cita importante y, según dijo, no estaba seguro de si conseguiría estar libre el día siguiente al mediodía para almorzar juntos. Les podía ver de nuevo aquella misma noche. Incluso había propuesto pasar por la casa de Jean Moréas. Al parecer, la biblioteca de Moréas era excepcional, única en todo París. Incluía ejemplares raros, además de todas las obras contemporáneas. John creía que no debían dejar pasar la oportunidad.

Quizá así se aclarara todo, pensó, aunque no estaba seguro de si le alegraba la perspectiva de encontrarse con Moréas. Por el contrario, cuanto más lo pensaba más grande era su preocupación. Dos meses antes habría estado ansioso de que se produjera la visita. Habría ensayado para sus adentros lo que diría, escogería con cuidado los temas hacia los cuales empujaría la conversación. Ahora, mientras le daba vueltas a las fechas mentalmente, no había duda de que Moréas había recibido el sobre. Y que lo había ignorado. Aunque no le gustaran los poemas, debería haberle contestado, haberle mandado un par de garabatos siquiera para contentarlo.

Qué inseguro era. Cobarde, jactancioso. Tenía que combatirlo, combatirlo.

–Bueno, podemos ir. No te canses convenciéndome –le dijo a su hermano.

La luz caía. Se levantaron. En las esquinas de las calles se encendían las farolas. Un hombre desaliñado llegó con una escalera y una vara larga. Se subió a la escalera a duras penas, buscó la mecha, palpó con las manos, luego sopló con todas sus fuerzas hinchando las mejillas. Una llama azul tembló y se apagó. El hombre sopló una y otra vez hasta dejarse los pulmones.

Carros tirados por caballos pasaban cargados. El tráfico se dispersaba o

mejor dicho sucedía algo parecido a un cambio de guardia. Los vestidos, los sombreros de copa, las cadenas de oro, casi habían desaparecido, el *Tout-Paris* habría vuelto a sus mansiones a prepararse para los teatros y los cócteles, mientras que una nueva gente, desordenada, sucia, una multitud con gorras y cinturones desabrochados, con cestas y voces, se colaba por las bocacalles. John caminaba a su lado bisbiseando, bisbiseando sobre la biblioteca de Moréas. Cómo ansiaba ver los libros que habían formado a aquel gran poeta, descubrir quiénes eran los escritores que lo habían educado, porque no era un simple poeta, sino un resorte de la vida intelectual, inspirador de movimientos literarios, quizá una de las dos o tres personas cuya opinión contaba de verdad en París, y qué oportunidad poder examinar su biblioteca con tranquilidad.

—¿No te lo he dicho? Moréas se encuentra en Grecia —le escuchó decir.

Así que no estaba en París. He aquí una buena noticia. Entonces, era posible que Moréas se hubiera marchado antes de que llegara el sobre. El dato lo tranquilizó.

—¿Lleva mucho fuera? —preguntó.

—No lo sé con exactitud. Mardaras tiene las llaves de su casa y pasa una vez a la semana para recoger la correspondencia.

—Le mandé dos poemas.

—Lo recuerdo, claro. «Súplica» y «Los caballos de Aquiles». Los habíamos revisado juntos antes enviarlos. Creo que lleva uno o dos meses fuera. Podemos mirarlo con Mardaras. No recibiste respuesta, ¿verdad?

—Te lo habría dicho —murmuró. Se apresuró a cambiar de tema.

A la entrada de una galería, John paró a comprar un chal. Sobre el mostrador, había una montaña de telas baratas, rollos y retales, velos de colores chillones. Al ver la cara que puso, le aseguró que el regalo no era para madre. Era para Rosina, la sirvienta.

¿Un regalo para Rosina? Le costaba creerlo.

Un poco más adelante, se fijó en un niño delgado de pelo castaño rizado que estaba sentado en la acera junto a una jaula con palomas. Tenía una ramita en la mano, la pasaba a través de las varillas de la jaula absorto en los pájaros. Estaba descalzo, tenía las piernas llenas de moratones, las plantas de los pies ennegrecidas, en el cuello tenía una herida profunda con sangre seca.

La gente pasaba, algunos paraban a hablar con él. Se acercó él también. El niño levantó la mirada, lo miró con unos ojos negros enormes. Unos ojos

extraordinariamente melancólicos. Luego se volvió de nuevo hacia la jaula y movió con delicadeza la ramita como si quisiera acariciar los pájaros con ella.

John pagó, se puso el paquete debajo de la axila y echaron a andar.

–No te puedes imaginar la confidencia de Mardaras –le dijo mientras tomaban la calle que iba al hotel.

Se volvió a mirarlo y se quedó esperando.

–Cuento con tu discreción –continuó John. Naturalmente, estaba de broma.

–Soy todo oídos.

–Es un secreto que circula de boca en boca. Entre pocas y selectas bocas –imitó a Mardaras–. Lo más extraordinario, estremecedor, imprevisto, caído del cielo.

–¿Por qué no lo dijo delante de mí?

–A lo mejor no le pareciste muy de fiar. No te he contado lo que me dijo de ti. ¿Cómo era? ¿Hipersensible? ¿Colérico? No –lo observaba por el rabillo del ojo–. De piel fina, así te definió.

De piel fina...

John dijo que el secreto de Mardaras era el Arca. Bien escondida cerca de las fortificaciones de París. Antaño la casa de un gran terrateniente. La frecuentaban artistas, políticos, aristócratas, aunque también jóvenes cocheros de brazos fuertes, incluso alguna hermosa sirvienta que gozaba del favor de su patrón. Organizaban orgías. Lo más exquisito y lo más bajo lo podías probar allí.

Durante años pensó que su familia podía ser un capítulo entero de su escritura, tan importante como las lecturas o como su talento. Una familia cosmopolita era una baza para un poeta. Sus antepasados habían estado en el ojo del huracán de la Historia. Constantinopla, Londres, Liverpool, Alejandría. Fortunas amasadas y disipadas después. Brillantes, perlas malvendidos de la noche a la mañana. Hermosas casas, sirvientes y recepciones que se habían perdido no una, sino muchas veces, como el decorado de un teatro que desaparece al caer el telón para ser sustituido por un cuarto vacío con las paredes desconchadas y un cubo que recoge el agua de lluvia que gotea del techo. Qué triste era la última casa en la que vivimos en Inglaterra, pensó. Las habitaciones mal caldeadas, el arrastrado silbar del lechero cuando caía la tarde, la penetrante humedad que mojaba las sábanas, los insulsos guisantes y los huevos todas las noches, huevos, huevos, huevos. Sabía que se habían arruinado, pero era muy pequeño para entender qué significaba. A su alrededor todo cambiaba sin que nadie dijera nada. Lo que les sucedía no tenía nombre. Conversaciones a medias, enfados, peleas y luego todos alrededor de la mesa como si no pasara nada. *La face, surtout sauver la face*. Salvar las apariencias, eso era lo importante. Que no se supiera en Alejandría. La cabeza alta. Hasta que la Gorda empezó a arrastrarse por los suelos, a escribir cartas emborronadas de lágrimas a sus hermanas –él las leía a escondidas–, a buscar una colocación a uno de los hermanos, una esposa con dote para el otro, luego a intentar *in extremis* que se instalaran en Marsella, ¡su plan más descabellado! Las puertas cerrándose una detrás de otra. Se lo llevaba con ella a aquellas visitas. Se presentaba, por supuesto, como una dama de sociedad, no necesitaba ninguna ayuda, esperaba que se la ofrecieran. Pero ¿por qué se la iban a ofrecer? ¿Qué tenía ella que ofrecerles?

También a Constantinopla fueron como mendigos. Inmundo Yeniköy. Pero por aquel entonces ya era mayor y tenía su propia vida.

Y junto con aquella vida, el mito del esplendor perdido. Un mito verdadero. La Casa Cavafis y Cía., con nueve ramas en su apogeo, las sucursales en Liverpool y en Londres, en Menia, Kafr El-Zayat. El gran

aprecio que le tenía el virrey Ismaíl Bajá a su padre. Las casas señoriales, la Maison Zizinia, luego el palacio de dos plantas de la calle Cherif: la hosca institutriz inglesa que por las mañanas no quería más que mantequilla de vaca porque si no enfermaba del hígado, el cochero italiano que robaba aceite. Los siete niños en fila vestidos impecables de marineritos. Las visitas de las personalidades cuando venían de la catedral. El salón de la Gorda, abierto todos los viernes. Había montado el tren en el vestíbulo y escuchaba las conversaciones. Un tren como los de verdad que le había regalado su padre, con vagones rojos, locomotora, vías. La chimenea soltaba anillos de humo blanco al correr silbando por la alfombra con el vagón de equipajes lleno unas veces de hormigas y otras de lagartijas que cazaba en el jardín. ¿Hormigas? Pero ¿de verdad existió aquel tren? O ¿era algo imaginario que se había inventado? Imaginario como tantas otras cosas. Nunca hubo tren rojo en el vestíbulo. Se escondía detrás del aparador y escuchaba a escondidas. Si lo sorprendían, lo mandarían a su habitación. Las cucharillas tintineaban, la sirvienta pasaba a su lado con la bandeja de los dulces. Las conversaciones resbalaban sobre el algodón entrecortadas por pequeñas exclamaciones de admiración por los guantes de seda de una, los pendientes con diamantes que le acababan de llegar de Amberes a la otra, la sirvienta aparecía por segunda vez con la bandeja de los licores, los abanicos aleteaban, fuera se escuchaba el ronco pregón del aguador y, al fondo, la sirena de los barcos que bajaban hacia Suez.

Sin duda alguna, una familia como aquélla, con raíces en las cuatro esquinas del mundo –algo que quizá equivalía a no tener en absoluto raíces, pensaba a menudo–, ofrecía ventajas a un artista. No era el estrecho mundo griego. Una vida entera discutiendo en los cafés: qué había hecho Tricupis, qué había dicho el primer ministro Diliyanis. Eran el mundo griego y a la vez el inglés, el francés, el turco, el egipcio y otros. Como si continuara la tradición helenística a través de ellos. Alguna vez, cavilaba, tengo que ocuparme seriamente de nuestra genealogía. Tenía que ponerse manos a la obra y escribirla, no como los intentos a medias que había hecho hasta la fecha. Tantas expatriaciones, conquistas, debacles. A menudo soñaba despierto con ellas y por momentos tenía la impresión de que el emblemático recorrido de los epígonos de Alejandro –los desarraigados, las deslumbrantes victorias, las derrotas, más todavía aquellas humillantes derrotas– podía

reflejar de forma extraña y en una época posterior los derroteros de aquella familia, la suya.

Y sabía que lo querían, lo querían mucho, no debía ser desagradecido. Sobre todo madre y John. De sus seis hermanos, John era el que lo apoyaba siempre. Le traducía los poemas, y él lo torturaba durante días e incluso semanas con la versión de una palabra. Era el benjamín de la familia, el mimado. Rara era la vez que no le concedían un capricho. Pero no les pido demasiado, pensó. Nunca se había presentado con exigencias descabelladas. Ni siquiera de pequeño. Durante treinta y cuatro años, sus pasos habían seguido ciegamente los altibajos de la familia. Sobre todo los bajos. Recordó el caballito de madera que había visto en casa de su primo en Londres. Marrón con manchas blancas y asiento de cuero auténtico. Su primo se balanceaba sobre él aullando salvajemente. No le dejaba montarse. Estuvo esperando pacientemente. En algún momento, se cansará y se bajará, eso pensaba. Había un cuadro en el salón que representaba a un hombre solo en una playa mirando el mar. Un caique pasaba al fondo, parecía inmóvil en las aguas verdes ceniza. Con la espalda pegada a la pared, se quedó mirando los colores apagados, los detalles imperceptibles, la playa desierta, la solitaria silueta del hombre, la barca que por momentos le parecía que se inclinaba ligeramente, y siguió esperando. Miraba el cuadro y pensaba que para los demás era el huérfano. El pordiosero con parientes ricos. Rumiaba todo aquello como si tuviera que ver con otra persona. Los alaridos eran cada vez más fuertes. No se puso a llorar, no le pidió a la Gorda que le comprara un caballito como haría cualquier otro niño. Ni dejó que se le notara cuánto lo deseaba. Treinta y cuatro años. Que me lleven a cuestas y los llevo a cuestas, dijo para sí.

Aunque había noches como esta. Noches que preferiría no tener relación con ellos. Que lo dispensaran de su amor, que lo dejaran libre. John lo había decepcionado esta noche. ¿Cómo era posible que se sintiera halagado por la atención de Mardaras? ¿Que escuchara con la boca abierta a semejante petimetre y le riera esos chistes?

–Repites como un loro lo que dice Mardaras –le había dicho convencido.

No había podido contenerse. Ahora se arrepentía.

Debían de ser pasadas las tres. Se había tumbado en la cama sin quitarse la ropa. Había subido las escaleras con esfuerzo hasta la segunda planta y se había arrastrado hasta su habitación. La ventana estaba medio abierta, los

ruidos de la noche llegaban débiles como sollozos ahogados. Se acordó de cómo acababan las cartas que le mandaba John en la época de Constantinopla, «siempre tuyo, con cariño», y sintió remordimientos.

Y aquella frase que le había soltado con tan poco acierto ayer en el restaurante: «¡No caben dos poetas en la misma familia!». Valiente ocurrencia. Una frase así es difícil de enmendar. Más imperdonable todavía haberla pronunciado *en passant* sin pensarla, porque aunque lo creía no era lo que quería decir. No quería decir que tuviera que ver con ellos dos.

La cabeza le daba vueltas. Quizá hubiera bebido más de la cuenta. Aquel licor seco de color naranja que habían tomado en casa de Moréas. Lo había dejado para el arrastre. Qué noche tan horrible.

El desenlace de la velada se veía venir desde el principio, cuando bajó y los encontró esperándolo juntos en la recepción del hotel, ambos con aquella sonrisa en los labios.

Durante todo el camino a la casa de Moréas, sentía que su desazón iba creciendo. Tenía que haberse negado a aquella salida. Quizá pudiera encontrar algún pretexto antes de que fuera tarde, y dejarlos, regresar al hotel. Desde el Pont Neuf había mirado las aguas del Sena. Aguas inmóviles. Un pantano fofo, sucio. El bulevar se desplegaba ante ellos nublado y aciago, el trote de los cansados caballos con las crines manchadas roía el enlosado mientras que él seguía en silencio con los guantes en la mano en lugar de encontrar una excusa, parar el coche, saltar afuera. Farolas tenues resbalaban una detrás de otra, parterres distribuidos geométricamente, grupos de árboles exactamente iguales. Más abajo, los Jardines de Luxemburgo, tras las rejas con las picas doradas, abrían la boca en la oscuridad.

El cochero debía de estar borracho, le pareció que pasaban dos veces por el mismo sitio. John y Mardaras no se daban cuenta, hablaban del caso Dreyfus. No tenía ganas de enredarse en la conversación. Conocía el tema y tenía una opinión. Lo que le interesaba no era tanto si Dreyfus era culpable o inocente. Aquello se sabría más tarde o más temprano. O quizá no se supiera nunca y el joven capitán se pudriera en la isla del Diablo, en la Guayana. Le interesaba el mecanismo, la red de conspiración, si es que había conspiración. No el papel de los protagonistas, sino el de aquellos que actuaban entre bastidores. Cuántos figurantes en esta historia. Y por supuesto aquel «uno contra todos» o «todos contra uno» del momento en el que estalló el escándalo era

fascinante. Si finalmente se demostraba la inocencia de Dreyfus, pensó, el caso podía perder su encanto. Al menos desde el punto de vista literario.

El cochero debía de estar borracho. Habían dejado atrás el boulevard de Montparnasse y pasaban de nuevo por las mismas manzanas de Saint-Germain. Rue Bonaparte, rue des Écoles, débilmente iluminadas. Los viandantes con sus bastones corrían para llegar a tiempo a algún espectáculo. De nuevo el boulevard de Montparnasse. Varios cafés seguían abiertos. Luego una amplia avenida, oscura y anónima con reflejos plomizos que en algún punto era interrumpida por la estatua de un colosal león entronizado sobre una base de bronce.

—¿Estamos dando vueltas? —preguntó.

—Le hemos dicho al cochero que nos dé un par de paseos, para disfrutar del París nocturno.

No le habían preguntado siquiera. Disfrutaban sin él.

Clop, clop. Dos manzanas más.

Por fin habían llegado.

Mardaras se bajó primero. En la penumbra, John se inclinó hacia él y le tocó el hombro.

—Nicos me ha dicho que Moréas aprecia tu poesía, que te ha elogiado muchas veces.

Habló en voz muy baja. Apenas distinguió el movimiento de los labios de su hermano.

Mardaras empujó una pesada puerta de dos hojas con un pomo en forma de cabeza de medusa. Encendió una cerilla y alumbró por delante de él. Pasaron a un largo corredor con trasteros a ambos lados, más adelante se estrechaba terminando probablemente en algún patio porque al fondo se entreveían follajes y sombras de árboles. A la izquierda había una concavidad oblonga de yeso, abovedada, que conducía a una escalera con escalones bajos muy gastados.

Siguieron a Mardaras, que avanzaba el primero golpeando con el bastón cada escalón y encendiendo cerillas y tirándolas cada vez que estaban a punto de apagarse. En la primera planta un bulto de ropa tirado sobre el rellano les cortaba el paso.

—Marie, soy yo —dijo Mardaras.

Un rostro picado de viruela con gruesos labios asomó por encima de la ropa.

–¿Le alumbro, señor?

–No hace falta, ya casi hemos llegado.

El bulto se incorporó de rodillas. Era prácticamente una niña, doce o trece años. Los miró embobada y se desplomó.

–Dulces sueños –dijo John y se rio.

Siguieron subiendo.

Mardaras les dijo que era la sirvienta de la amante del subsecretario de Aguas, el cual estaba casado con la heredera de una fortuna inmensa –tenían minas de diamantes en África–, la cual a su vez era amante de, etcétera. Pero ¿por qué dormía en la escalera la sirvienta? Para que le diera tiempo a bajar corriendo al oír al lechero de madrugada. No dejaban el cazo fuera por los gatos, explicó riéndose con la obviedad.

–Y aquí vive madame –anunció Mardaras al llegar a la segunda planta refiriendo un nombre–. En primeras nupcias, se casó con un acomodado marchante de arte; en segundas, con un aventurero, y ahora es la querida del marqués de algo, que está casado, etcétera.

En el tercero, se detuvieron tras la cabeza borreguil hasta que abrió la puerta. El piso estaba oscuro, polvoriento, ordenado. Pesados muebles, cortinas de terciopelo, sillones dispersos con patas de madera tallada. Pocos cuadros, unas marinas. Una alfombra de Bujará rojo intenso. Mardaras se movía como por su casa de una habitación a otra. Encendió lámparas y velas, les dijo que se sentaran y desapareció.

La biblioteca de Moréas ocupaba una pared entera. Estantes desde el suelo hasta el techo. Un busto de la diosa Atenea sobresalía como un *xóanon* enfadado encajada entre tomos del diccionario Littré. Los libros estaban colocados por orden alfabético. Poesía, poesía, poesía. Novelas, sólo francesas. Ni un volumen de historia, al menos a primera vista. Nada de filosofía. Nada de literatura inglesa. John se había sentado en un taburete, sacaba los libros de uno en uno. Los miraba casi piadosamente antes de volver a ponerlos en su sitio.

Desde el fondo se escuchó a Mardaras:

–Siéntense, siéntense, ¿qué quieren tomar?

En el suelo había dos pilas de periódicos griegos. Una segunda biblioteca más pequeña y acristalada cerca de la entrada. Contenía sobre todo revistas y varios libros de derecho. En la pared, un icono bizantino con marco de plata. «En tinieblas y en sombra de muerte...», las letras estaban medio borradas.

Miró el icono y se preguntó cómo era posible que Moréas elogiara su poesía sin haberla leído. A no ser que hubiera recibido la carta a tiempo y luego se hubiera tenido que marchar deprisa a Grecia sin que le diera tiempo de contestarle. A no ser... Había otra explicación. Que hubiera caído en las manos de Moréas alguna de las revistas que habían publicado de vez en cuando poemas suyos. Era posible, muy posible.

Mardaras les sirvió un licor. Dijo que era el favorito de Moréas y refirió el nombre. Color naranja. Seco, sabor algo astringente.

—¿Es usted simbolista? —le preguntó.

—¿A qué venía aquello? No tenía ningunas ganas de contestar.

—No me gustan los ismos —dijo.

Pensaba que con aquello acabaría la conversación, pero no contaba con Mardaras ni con John, al que se le empezaron a subir los colores como sintiéndose en su elemento. Para él, los simbolistas, y también los parnasianos, cuya obra apreciaba, representaban algo más, que excedía los límites del arte, ese algo le resultaba difícil de verbalizar; en cualquier caso, quería comprender si aquellas corrientes literarias eran una exigencia, es decir, si surgían porque la sociedad avanzaba y progresaba o si eran simples ejercicios de estilo, un esteticismo, una moda en última instancia. En fin, le interesaba como fuera escuchar la opinión de Mardaras al respecto.

Cinco minutos más tarde.

—¿Cree usted en el Arte por el Arte?

Mardaras volvía a dirigirse a él.

—La vida por el Arte —respondió sin pensarlo demasiado.

Pero ya no le molestaba Mardaras. Al menos, no en aquel momento. Aquella ridícula cabeza de borrego parecía por completo inofensiva. Se bebió dos copitas de licor más. Estaba de mejor ánimo. El alcohol había ayudado.

Se levantó a mirar la biblioteca. Pensó si podría encontrar algún libro de aquel joven escritor, Marcel Proust, ¿no se llamaba así? El que tenía el favor de Anatole France. Conocía bien la obra de Anatole France, lo tenía en gran estima y tenía curiosidad por ver la clase de escritor que estaba patrocinando. El nombre del otro escritor prometedor se le había olvidado.

Se agachó a mirar los títulos. No tenía ganas de ponerse a buscar.

Detrás de él, John y Mardaras continuaban la conversación. Llegó a sus oídos la palabra «Arca». Seguramente allí era donde Mardaras pensaba ir después, y por el tono de voz de su hermano entendió que el tema había

desbocado su imaginación. «Nadie se puede acercar», decía Mardaras. Lo iba a llevar un cochero de confianza enviado por el Arca. No pudo oír lo que dijo a continuación.

Acarició los libros mientras avanzaba, los lomos polvorientos, las letras grabadas en oro. Donde acababa la biblioteca el salón se estrechaba y tenía una prolongación. Una pequeña habitación con el techo rebajado, inclinado como una buhardilla y con una lámpara de gas que proyectaba una luz cruda y gris. Era el despacho de Moréas. Casi vacío con un candelabro de dos brazos y una pila de hojas en blanco. Tintero, abrecartas, papel secante, todo en perfecto orden. En un extremo había una docena de cartas en un fajo. Y entonces lo vio. El sobre con los poemas.

Se acercó corriendo. Reconoció su propia letra: *Monsieur Jean Moréas, Rue... Paris France*. Alguien había anotado algo a lápiz encima de la dirección:

Pobreza expresiva. Torpeza.

Con lápiz rojo. Le pareció que se acordaba del momento, el momento exacto antes de salir hacia la estafeta de correos francesa de Alejandría, era un día caluroso, demasiado para la época, le sudaba la mano. Había emborronado el primer sobre y lo había roto. Aquel era el segundo. Y recordaba lo que había sucedido antes porque no sabía qué poemas enviarle a Moréas y había cambiado el contenido del sobre muchas veces, incapaz de decidirse hasta el final.

Empujó el sobre con un dedo, por alguna razón no era capaz de tomarlo entre las manos.

Dentro estaban sus poemas.

Volvió al salón. Mardaras había dejado caer una pregunta de repente y ahora los miraba a los dos con ojos como platos. John es el señuelo número uno, yo el número dos, pensó. No había escuchado la pregunta. Lo único que quería era llevarse aparte a su hermano un momento, hablarle de la anotación de Moréas.

Simbolismos, romanticismos, parnasianismos. La conversación volvía como una serpiente alrededor de los mismos temas, se enroscaba, se extendía, se volvía a hinchar, John, liberado de su habitual retraimiento, iba de acá para allá gesticulando y diciendo: «Pero si aceptamos lo uno, estamos obligados a

aceptar lo otro». Lo uno y lo otro. ¿Qué uno y qué otro? *Pobreza expresiva. Torpeza.* Sentía una presión en el pecho. Necesitaba salir a la calle, caminar.

Diez minutos más. Por suerte Mardaras, incapaz de concentrarse mucho rato en el mismo tema, se preparaba para irse. Los tres se dirigieron a la puerta. Entonces, poco antes de separarse, empezó aquella irritante conversación que los retrasó más todavía y que mejor que no se hubiera producido porque resultó la guinda de la ya infame velada.

Debió de quedarse dormido. Tuvo un sueño, se le había olvidado. Sólo recordaba los colores, deslumbrantes, apagándose uno detrás de otro. Como un paisaje alejandrino en ocres y rojos. Un paisaje irreal, pintado.

Se levantó y se desvistió. Dejó la ropa sobre la silla. Volvió a la cama. La temperatura había caído, hacía fresco y tiró de la manta de algodón para taparse.

Se volvió a quedar dormido. Se encontró en un edificio público, en medio de un pasillo. Estaba oscuro. Una puerta tenía un letrero que decía «Baño de señoras» y, de algún modo, justo al lado se hizo la luz y leyó «Baño de muchachos». Lo de «muchachos» le resultó algo extraño, pero no se aguantaba. Entró y cerró la puerta. Entonces un rostro horrible apareció en el tragaluz. Un rostro masculino amarillo completamente lampiño que empezó a gritarle que iban a cerrar y tenía que fregar. Protestó, sólo iba a tardar un minuto. Además, era el hijo del director, mintió. La necesidad de orinar era imperiosa, pero, mientras tanto, en el tragaluz estaba ahora su propio rostro envejecido y huesudo observándolo con dureza. Luego apareció delante de una habitación cerrada. Era muy pequeño y llamaba para que le abrieran. Dentro estaban sus padres y sus hermanos. Berreaba y daba patadas a la puerta. Ellos permanecían en silencio para que no los oyera. Por qué no querían abrirle, no lo sabía.

Al despertar recordaba el sueño con gran intensidad. Abrió los ojos y lo primero que vio fue su ropa sobre la silla dibujándose en medio de la escasa luz que entraba por la ventana. La camisa estaba erguida con el plastrón completamente tieso, las mangas llenas como si todavía contuviera su cuerpo. Si me muero ahora, pensó, mi ropa se quedará ahí.

Durante un rato sintió como si estuviera dentro de un tren. El vagón se balanceaba sobre las vías, el movimiento lo acunaba. Cerró los ojos. Y volvió a abrirlos. Lo sucedido aquella noche, con la anotación de Moréas de colofón, le daba vueltas en la cabeza, todos los pensamientos desagradables, uno detrás del otro, uno surgiendo del otro, como si formaran una secuencia lógica, con el detalle más anodino dando lugar a la cosa más terrible, más

irremediable, y todo junto coadyuvando a dejarle los ánimos por los suelos y a martirizarlo.

Algo terrible e irremediable. Si quería ser sincero consigo mismo, la anotación de Moréas era una condena literaria. No porque el *Tout-Paris* lo conociera o porque él conociera al *Tout-Paris*, ni porque fuera inspirador de movimientos como decía John, sino porque tenía experiencia. Cuántos jóvenes poetas le habrían enviado sus poemas. A cuántos habría escrito, para agradecerles, para animarlos en sus primeros pasos. En su caso, ni siquiera había hecho el esfuerzo de mandarle un par de líneas de compromiso.

Pobreza expresiva. Torpeza.

¿Y si Moréas tenía razón?

Necesitaba dormir. Al día siguiente estaría rendido, se arrastraría detrás de John. Trató de deslizarse de nuevo a la sensación del tren. Estaba tumbado en la litera, sus miembros ligeramente entumecidos. La cabeza relajada sobre la almohada de plumón. Las ruedas traqueteaban sobre las vías, el sonido lo hipnotizaba. El tren atravesaba la noche cortando llanuras, colinas, montes bajos. Por la chimenea rebosaba, hacia atrás, un humo blanco. Todo el paisaje iba hacia atrás. Huertos, extensiones baldías, árboles espesos. Se levantó y se asomó a ver a John en la litera de abajo. Su frente estaba tranquila, lisa. Dentro de pocas horas llegarían a París. La perspectiva le llenaba de nerviosismo. Era un verdadero viaje de placer. El primer viaje de placer de su vida. Hoteles, restaurantes, espectáculos. Hacía unos cuantos años ni lo hubiera soñado. París. Una ciudad que conocía sólo por libros y testimonios. La Ciudad de la Luz. El corazón le latía desbocado.

Se incorporó de un salto. Se puso la mano en el pecho. Tenía taquicardia. Se quedó quieto, congelado. Volvió a advertir la ropa delante de él sobre la silla. Puede que pasen años, pensó, que no quede nada de mí, que mis huesos se hayan descompuesto y que la ropa siga sobre la silla. ¡Que siga sobre la silla!

Estaba encorvado sobre las sábanas, la mano aferrada al corazón. Como a través de una lente, se vio a sí mismo en medio de la habitación, sentado en la cama con los ojos abiertos como platos en la oscuridad. El camisón arrugado. El cuerpo doblado como un gancho. La respiración descoordinada. No es nada, dijo para sí. A lo mejor tenía algo de fiebre. No era nada serio. Quizá se

hubiera enfriado paseando por la tarde. Sacó lentamente las piernas de las ropas de la cama, las plantas de los pies se arrastraron sobre el frío suelo. Levantó la silla, se detuvo un instante descalzo sosteniéndola como un idiota en el aire con la ropa colgando. La trasladó al otro extremo de la habitación entre la puerta y la cómoda. Estaba oscuro de aquel lado, allí apartada no la distinguiría desde la cama. Volvió a tumbarse.

Recordó un conocido lejano que viajaba en el mismo tren a París. Se había acercado a saludarlos en el vagón poco antes de llegar. En aquel momento John y él estaban haciendo cuentas, como siempre se estaba produciendo una pequeña escaramuza porque los derroches de su hermano lo irritaban, y al levantar la cabeza y encontrarse con el grueso cincuentón con los párpados medio cerrados y expresión somnolienta, pensó que parecía alguien capaz de quedarse dormido con el cigarro encendido en la mano. Lo gracioso era que aquel *probable* incendiario les dio la noticia del incendio del Bazar. Se apoltronó junto a ellos un rato largo. Por la ventana el paisaje pasaba hacia atrás a toda velocidad. Un paisaje inmutable. De vez en cuando destacaba un detalle, un burro, una casa campesina, un aldeano, con su calabaza vinatera. Otro burro. Y el aldeano a su lado bebiendo de la calabaza. Espantapájaros coronados con borlones dorados se deslizaban también hacia atrás. Establos, techumbres de paja, fincas, se desvanecían unas detrás de otras bajo un cielo hundido e incoloro. John y el conocido cuyo nombre era incapaz de recordar hablaban de Alejandría, de sus últimas noticias, quién se había casado, quién había muerto.

Ya desde el principio el viaje era monótono y su impaciencia resultaba *a posteriori* exagerada. Los pequeños entusiasmos de un provinciano que se jalea a sí mismo. Que se prepara para el milagro mientras por dentro se aburre. Sabe perfectamente que se aburre.

Aquel conocido tenía un tic, torcía la boca. No se había percatado en un principio. Cuando anunciaron la inminente llegada, el hombre se puso de pie de un salto para volver a su vagón. La cara se le torció en una mueca como si se ahogara. La transformación duró unos segundos, y enseguida volvió a adoptar la expresión aburrída de quien se podría quedar dormido con el cigarro en la mano.

—Vayan con cuidado —les dijo—, París no es para todo el mundo, hay a quien le causa neurastenia.

Valientes ideas, estupideces de Alejandría. Confirmaban un

provincianismo que excluía todo lo diferente. Todo lo que quedara fuera de sus indolentes ritmos –fuera de las vueltas por Ramli y de los tres temas de conversación fundamentales: los valores de la Bolsa del algodón, quién estaba invitado y quién no a la última fiesta del jedive y cómo encontrar un buen cocinero– era peligroso, censurable. Las nuevas experiencias podían dañar la salud. En Londres corrías el riesgo de sufrir melancolía, en París de padecer de los nervios. A no ser que fuera una muestra de neurastenia la conversación vespertina en casa de Moréas. Diálogo de sordos. Se habían puesto en pie, la velada había terminado, cada uno iba pensando sus cosas. Mientras se acercaban a la puerta algo se dijo sobre la guerra. Esa era la razón por la que Moréas se encontraba en Grecia, a pesar de que no estaba claro si había ido a presentarse en el frente o como periodista. ¿Quién había iniciado aquella conversación? John, quién si no. Mardaras tenía otros planes para seguir la noche, parecía tener prisa.

Volvieron al salón. Se volvieron a sentar en los sillones. Todos tenían conocidos que habían estado en el frente, heridos y caídos. Su amigo Rodocanakis estaba herido en el brazo y lo iban a operar.

–Una guerra desafortunada –suspiró John.

–Estúpida –dijo él.

Lo miraron los dos.

Les explicó su parecer. El desenlace de la guerra estaba predeterminado desde el principio. Los políticos eran unos irresponsables. El presidente Diliyanis había cedido a su impulso demagógico, si no al suyo propio, a las presiones de los demás. Las Termópilas y el coronel Smolensky... Hermoso simbolismo. Pobre país, ahora quedaría endeudado por los siglos de los siglos.

–Soy consciente de la debacle espiritual de la nación, pero tienen que reconocer que el desenlace era previsible –concluyó.

John se volvió a Mardaras esperando que tomara la palabra. ¿Por educación o porque su opinión le resultaba tan importante? No quería creer lo segundo, pero el resto de la conversación más bien lo confirmó. Se echó un poco de licor en la copita sin esperar a que le sirviera Mardaras.

Hubo un breve silencio. Intercambiaron miradas. Era cómico y ridículo al mismo tiempo. John miraba a Mardaras, Mardaras a John y él miraba la copita que se le había vuelto a vaciar.

–Vámonos –dijo y se levantó.

Ya era tarde.

Como si saliera de un letargo, Mardaras fue a coger su bastón, dio media vuelta y se volvió a sentar.

–Un momento –dijo–, esto no se escucha todos los días.

John se sonrió.

–A Constandinos siempre le gusta ser original –dijo. Como si se tratara de un cumplido.

La conversación se encendió. Los puntos de vista de Mardaras, que no eran siquiera puntos de vista sino opiniones tomadas de acá y de allá, un galimatías de patriotismo y exaltación romántica, le resultaron tan cortas de miras, tan infundadas, que durante media hora se olvidó por completo de la anotación de Moréas. John parecía observar desde la distancia, aunque permaneciera imparcial era como si secundara a Mardaras. Lo que no podía entender era por qué mantenía su hermano aquella postura neutral; sabía muy bien lo que pensaba de la guerra, lo habían comentado muchas veces, y, aunque no estaban completamente de acuerdo, a grandes rasgos veían la cuestión desde el mismo ángulo, ponderaban las consecuencias que tendría para el estado griego la imprudente intervención en Creta.

–Se trata de magnitudes diferentes –decía Mardaras, que quería concluir la conversación probablemente para poder llegar lo antes posible al Arca–. Usted habla desde un punto de vista pragmático, igual que un agente de bolsa que cuenta pérdidas y ganancias, mientras que yo hablo del espíritu griego.

–¿Qué quiere decir con el espíritu griego? ¿Desde un punto de vista metafísico?

–En absoluto. Me refiero al espíritu que se rebeló contra los otomanos en 1821. Que nutrió a tantas personalidades y artistas. El espíritu de Dionisios Solomós, que inspiró nuestro Himno Nacional. Ese mismo espíritu es el que inspiró la intervención en Creta.

–Solomós seguía los acontecimientos desde su mansión en Zante mientras en Mesolongui los asediados comían ratones o más bien los ratones se los comían a ellos.

Tal vez se había excedido.

–Dionisios Solomós sufrió más con su espíritu que si hubiera estado entre los asediados.

–Me parece que ese espíritu suyo ha llevado al país a la bancarrota.

–Es usted un irónico. La Historia le responderá.

La Historia responderá. Más palabrería sin fundamento.

John intervino en un tono suave.

–Nicos, llevas razón, se trata de magnitudes diferentes, o, mejor dicho, de esferas distintas de la existencia humana, pero el punto de vista de Constandinos (eso lo sé porque lo hemos discutido en incontables ocasiones, por más áspero que resulte) está sólidamente fundado en la Historia. En última instancia, vuestras motivaciones no son tan distintas. A él también le mueve su amor por Grecia.

¿Qué tiene que ver aquí el «amor»? En su esfuerzo por tender un puente entre ellos, John había saltado a la otra orilla, había pasado al terreno de Mardaras y estaba cambiando de bando.

No recordaba qué más dijeron. Estaba demasiado alterado para prestar atención. Pero cuando refirieron los Juegos Olímpicos del año anterior en Atenas y las bocas de ambos se aflojaron como dos grifos en alabanzas supinas a la proeza nacional no pudo contenerse. Y al mismo tiempo que hablaba era consciente de que tiraba del hilo de su pensamiento hacia los extremos, que, en otras circunstancias, sin cambiar el contenido, sus reflexiones se expresarían de otra forma, de manera más indirecta, con menos animadversión. Sabía que aquel ánimo litigante se debía seguramente a la ambigua actitud de su hermano o a la anotación de Moréas o a las dos cosas a la vez, como sabía también que su intransigencia debilitaba sus argumentos, que eran certeros en principio, pero, aunque sus palabras le sonaban a árida polémica, no cedió ni un centímetro en su extrema postura.

–Lo único que le faltaba al desgraciado estado griego eran los Juegos Olímpicos, valiente mascarada –dijo concluyendo.

Volvió a hacerse el silencio. Por la calle pasó un carro, las ruedas crujieron de forma sostenida, dolorosa. El eco pareció atravesar el salón de Moréas y tardó en apagarse.

Luego, Mardaras agachó la rizada cabeza y dijo en voz baja como si tuviera miedo de ser escuchado:

–Habla usted como si no fuera griego.

Y a continuación, John:

–¡Te habrá sentado mal la perca!

¿Qué hora sería? Mejor no saberlo. Empeoraría su insomnio. Quedaba poco para que amaneciera. Tenía que dormir. Cerró los ojos. Vio un paisaje blanco como por encima de las nubes, vasto, inmóvil. Él estaba fuera, en algún punto lejano. Por dentro sentía un viento interior salvaje que lo empujaba hacia delante y en el fondo distinguió un vago punto que se iba haciendo cada vez más grande. Se acercó. Parecía una muleta suspendida en el aire. El viento dentro de él bramaba aumentando la velocidad y al acercarse vio que era la silla con su ropa flotando por el espacio. Extraño presagio. Sabía que estaba tumbado cómodamente en la cama, envuelto en la manta. Aquel vasto paisaje, la muleta, la silla, eran imágenes del principio de un sueño o recuerdos de un sueño más antiguo de sabor persistente.

Podía soñar el sueño y pensar en él. Estaba seguro de que la silla no estaba delante de él. La había escondido él mismo antes entre la puerta y la cómoda. Ni aunque levantara la cabeza la podría ver donde estaba. Se preguntó si su ropa seguía tesa envolviendo el inexistente cuerpo. Si el plastrón esperaba almidonado y las mangas hinchadas. Igual que cuando alguien ha fallecido, tumbado en el lecho de muerte, y todo el mundo ha salido a prepararse para el funeral y la habitación se ha quedado vacía. En una esquina se alza el perchero con la ropa que se puso el muerto por última vez colgada. La ventana está entreabierta, sopla viento del sur. La cortina cruje, la ropa ondea despreocupada. La indiferencia de la ropa junto al lecho de muerte.

Algo le recordó la escena. Le trajo a la memoria al príncipe Andréi Bolkonsky de *Guerra y paz* de Tolstói, que había leído hacía poco. Ese pasaje del libro le había causado especial impresión. El príncipe solo en la habitación, profundamente enfermo, no sólo siente que va a morir, sino que sabe que ya está medio muerto. Con los ojos cerrados siente que se enajena de todo lo vivo. Y un poco más tarde cuando se queda dormido... Aquel sueño. Aquí el talento del escritor era insuperable. Qué escalofriante descripción. La lucha con la muerte. Cuando llega la hora, cómo el príncipe se aferra a la puerta, cómo no le da tiempo a cerrarla, cómo lucha al menos por contenerla. Pone todas sus fuerzas, mientras por fuera empuja la puerta

ese algo terrible. Lo desconocido. Lo inefable. La puerta se cierra, se abre. Lo terrible entra, el príncipe muere.

¿Sería capaz alguna vez de escribir con semejante fuerza, a la altura de la prosa de Tolstói? Buscaba por encima de todo liberarse del lirismo y las florituras, arrancar lo superfluo, acercarse raspando al hueso. ¿Lo conseguiría? Cuántas veces mientras leía un poemario de otro sentía malestar corporal con tanto adjetivo y tanta exaltación, y se decía para sus adentros con desprecio que el poeta se había empachado de lengua, pero ¿era capaz de identificar los mismos errores en sus poemas?

Y qué magistral la descripción que hacía Tolstói de la pasividad, de la absoluta calma previa a la muerte. Cómo en ese momento se desprende de ti todo lo terrenal. Una extraña lucidez te invade. La agonía, el delirio han terminado. El terror ha pasado. Y si al príncipe Andréi lo paralizaba el miedo las demás veces que pensaba que iba a morir y a separarse de sus seres queridos, esta vez que sabe que va a morir está impasible, casi hostil con las personas más cercanas, sintiendo una levedad como la del roce de la mariposa. Ese algo terrible que empujará la puerta y entrará es irrevocable.

Vencido por ese algo terrible.

Lo desconocido que conoces desde el principio y sigues viviendo como si no existiera. Lo inefable. La silla estaba escondida. Otra vez la silla... Se preguntó si estaba despierto o si seguía dormido. Tendría que intentar levantarse para comprobarlo, pero sentía los miembros entumecidos, sin ganas de moverse. Delante de él pasaban imágenes. La ropa colgada en el perchero ondeaba despreocupada. Nada impedía que ondeara ligeramente inclinada con respecto a la perspectiva de la habitación. Impulsada por una corriente pausada, igual que la que la hacía hincharse suavemente y bruscamente plancharse cuando se llevaba puesta un día de viento y el cuerpo vivo iba a dar un paseo causando miradas de admiración. Y si alguien había abrazado esa ropa, si había inclinado la frente ante la camisa para oler la acritud del almidón y los restos de sudor, si se había desabrochado el cinturón tembloroso de deseo, la ropa lo ha olvidado. Y otras imágenes de la imperturbable existencia de la ropa. Las manos que la habían lavado en la artesa de madera con agua caliente, la densa espuma, la lejía, sobre todo con qué ardor frotaban aquellas manos para hacer desaparecer las manchas y cómo se borraban una a una las señales, las marcas culpables, los besos. Estaba soñando de nuevo, se encontraba en la habitación del primer muerto

que no era el príncipe Andréi. No quedaba nadie. Los que querían al muerto y los que lo soportaban sin quererlo fueron a prepararse para el entierro. Es primavera. La ventana entreabierta, quizá se escuchan gorjeos de pájaros. Sopla un viento del sur húmedo, cargado de olores. La ropa absorbe la humedad, por un momento parece que pesa más de lo normal, pero, ah, ya está seca y sigue ondeando. Con su movimiento participa de la celebración general de la primavera. Si tuvieran voz las prendas gorjearían como los pájaros. ¡Y los zapatos! Los zapatos vacíos del difunto sobre la alfombra, con el tacón gastado. Entra polen por la ventana, los espolvorea. El zapato izquierdo un poco deformado, la piel se ha gastado por la parte del callo y brilla. Pero ¿dónde había dejado los zapatos? Tenía que verlo ahora mismo. Le dio por pensar que algún desastre lo acechaba si no veía sus zapatos.

No. Aquello tenía que parar. Era un idiota. Basta, se dijo a sí mismo. *Stop*. Tenía que pensar en otra cosa para quedarse dormido. Aun así, se puso de pie de un salto arrastrando la sábana para ver dónde había dejado los zapatos.

Cuando volvió a la cama el humor le había cambiado. No tenía sentido tratar de dormirse, el intento lo agitaba más aún. Mejor quedarse despierto bajo las sábanas hasta la hora del desayuno. Tenía tantas cosas que pensar. Con las descripciones de Tolstói le habían entrado ganas de escribir. El rostro pálido del príncipe Andréi, desnudado de todo deseo humano, en un estado febril, era como si lo tuviera delante. Y la escena en la que saltaba de la cama y corría a la puerta. De dónde sacaba aquellas fuerzas estando tan débil por la enfermedad, medio desmayado. Aún mayor la maestría del escritor un poco más adelante, cuando todo ha terminado, cuando lo terrible ha vencido y el príncipe Andréi se desploma derrotado después de la lucha con la muerte; en ese momento, despierta del sueño tumbado en su cama y entonces se da cuenta de que debe volver a morir, esta vez de verdad.

Podría escribir un poema sobre aquella escena. Reflexionó que el Arte puede inspirarse en el Arte, quizá más que en la propia vida. Arte y vida dependían el uno de la otra. Aquello valía para todos los grandes artistas. ¿Cómo iba a poder alguien de vida mísera, limitada por prohibiciones y miedos, alguien que deja libres sus sentidos, verter en la escritura las grandes emociones? ¿Cómo iba a poder aproximarse siquiera de lejos a ese «algo terrible» de Tolstói?

Pero..., no, no. No convenía entregarse a comparaciones. Lo que tenía que ocuparle no era si alguna vez llegaría a poder medirse con Tolstói. Aquellos

pensamientos lo alejaban de su objetivo incluso si su objetivo era precisamente aquel. Tenía tiempo por delante. Debía escribir. Primero revisar sus poemas con serenidad. Verso a verso, como el cirujano con el bisturí. El poema en el que había estado pensando por la tarde se prestaba para empezar. Las calles estaban a reborar cuando se levantó del Café de la Paix, y mientras avanzaba sin rumbo siguiendo el flujo de la gente, la gran concurrencia le causó una especie de embriaguez. En medio de la muchedumbre, frente a los rostros desconocidos que se le echaban encima y pasaban a su lado, había entendido que aquel poema suyo podía adquirir un sentido más general, concernir a todos aquellos que oscurecían como moscas el bulevar, a los viejos cansados y a los jóvenes ambiciosos con el resplandor de un dudoso triunfo en el dorado monóculo, a quienes estaban medio muertos sin saberlo y a quienes vendrían a transitar por las mismas calles condenados desde el principio. La idea central podía trascender la circunstancia individual. «Siempre en la misma ciudad». No había incluido aquel poema en el sobre que envió a Moréas. Un descuido. Quizá los poemas que le había enviado no habían sido una buena elección. Quizá. Trató de sacarse a Moréas de la cabeza. Era la razón de su insomnio. Él y Mardaras. Y John a su manera. No, John era el eslabón débil, se dejaba influenciar con facilidad. Pero ¿y si Moréas tenía razón? La misma comezón que lo atormentaba.

Pobreza expresiva. Torpeza.

Una condena en tres palabras.

Miró al techo. Formas imprecisas a la tenue luz respiraban un instante para desaparecer absorbidas en las decoraciones de yeso. Sus poemas eran aún inmaduros, tenía que reconocerlo. Tal vez saliera algo positivo de aquella infame anotación. Podría convertirla en un estímulo. Revisar sus poemas, decidir cuáles desechar, cuáles conservar y reescribir. «De nuevo en la misma ciudad». Tenía que empezar por aquél. Olvidarse de Moréas y de Mardaras. Al final saldrá algo de la anotación, dijo para sí sin creérselo del todo porque el mero nombre de Moréas ya lo irritaba.

Tiró de la colcha para arroparse. Amanecía. En el techo las formas cobraban volumen poco a poco, flores carnosas que se abrían con vacilación mostrando temblorosos pistilos. Recordaba las palabras del príncipe Andréi: «¿El amor? ¿Qué es el amor? El amor impide la muerte. El amor es la vida». Sus labios rozaron la sábana. Sus manos acariciaron sus costados. Qué piel tan suave tengo, pensó. Qué lástima. Esta piel envejecerá, se volverá áspera,

se arrugará. Qué lástima que no disfrute de las caricias ahora. Se perdió en evocaciones durante un rato. Los veranos en Alejandría. Cuando habían vuelto de Constantinopla. Aquel primer verano. Pasando la Corniche en dirección a la estrecha lengua de los barrios árabes que hormigueaban detrás de Ras el-Tin, había una playa de arena, bastante grande, algo apartada que no frecuentaban las familias. Allí iban jóvenes obreros a enjuagarse el sudor. ¿Pedirían permiso al patrón o se quitarían del medio a hurtadillas? La playa estaba desierta. Había escondrijos entre las dunas. Cada cual llegaba solo, se desvestía aprisa, corría al agua. Llegaba otro más tarde, corría también a zambullirse. Los perdía durante un momento. De vez en cuando sobresalía un brazo, dos lozanos glúteos, en la aceitosa superficie del mar. Los volvía a perder. Hasta que, ah, ya salían. Con un movimiento seco como de caballo que sacude la crin, se sacudían el agua. Correteos, revolcones en la ardiente arena. Risas y voces. Al final luchaban. Siempre luchaban al final. Cuerpos delgados, fuertes, morenos bajo el sol abrasador. Los miraba desde su escondrijo y no se cansaba. Qué irrefrenable era entonces su deseo de placer. Emancipado en los goces, pero todavía cándido en lo intelectual. Creía que todo el mundo se postraría ante su talento, que hasta las mejores revistas, incluso las de la metrópoli, querrían publicarlo. Como si estuvieran esperando a que llegara él de Constantinopla para abrirles los ojos.

Abrió y volvió a cerrar los labios. Respiró profundamente. Tiró algo más de la colcha hasta taparse la cabeza. Por segunda vez hoy la misma imagen. El rostro del joven herrero de Yeniköy. Inclinado medio desnudo sobre el yunque con las chispas lanzándose contra su sudoroso pecho. De vuelta al recuerdo, tantos años atrás. Lo había evocado con intensidad por la tarde antes de ir al Café de la Paix a la cita con John. Y aquella imagen se había pegado a otra, la del niño sentado en el suelo cerca de las galerías Lafayette al lado de la jaula de palomas. El niño de la ramita en la mano. Esos ojos extraordinariamente melancólicos. Tenía las piernas llenas de heridas. Debían de pegarle. O torturarlo. En el cuello tenía una herida profunda con la sangre reseca. Pasaba la ramita entre las rejas de la jaula con una delicadeza insoportable para no molestar a los pájaros, ajustando el movimiento para que la rama seca se convirtiera en una extensión de la mano que deslizaba suavemente por las alas grises verdosas, seguía la línea de la cola en una caricia prolongada, rozaba el vientre blancuzco y las palomas zureaban felices.

Aquel día en Yeniköy. Habían pasado tantos años. Era prácticamente un muchacho entonces. Había salido mareado de la herrería, estaba oscuro allí dentro, por un momento vio al aprendiz coronado de hojas de vid y laurel, lo había visto avanzando por los peristilos de un ágora antigua cubriendo su gallardo cuerpo sólo con un quitón corto; la ilusión no duró muchos segundos y volvió al mismo sucio cobertizo con las ruedas, los martillos, el insistente golpear que perforaba los tímpanos; el aprendiz seguía inclinado sobre el yunque, golpeaba un hierro rojo por el fuego y no se había percatado de su presencia, tampoco el herrero barrigudo con la boca puesta en el fuelle, inclinado sobre la fragua, se había percatado, de eso estaba seguro, pero la fantasía le había causado una tremenda agitación que no podía controlar, las rodillas le temblaban, tenía que salir a toda prisa.

Había un palomar al lado de la herrería y cuando ya se iba tropezó torpemente en la alambrada. Las palomas salieron volando hacia arriba, hacían un ruido endemoniado. Unos días más tarde alguien le dijo que el aprendiz pasaba horas allí dentro, entre cagadas y plumas. Horas inmóvil, la mirada fija, los párpados pesados de lágrimas que no dejaba caer. Quizá añorara a su madre, a los amigos de la infancia que dejó atrás en su tierra, Kütahya. Era una jaula alta como un gallinero con una puerta de alambre y estanterías en orden. Cubierto por una techumbre de hojas para proteger del sol. Las palomas, emparejadas de dos en dos, estaban posadas en los estantes haciendo girar constantemente los ojos. Horribles ojos vidriosos. En una esquina había un nido con dos huevos. Pero había visto antes al aprendiz, lo había olvidado. Una noche que lo había estado esperando escondido cerca de la herrería hasta que salió. Lo siguió a una distancia prudencial, el joven iba andando sin prisa, llevaba una gorra y una chaqueta corta sobre la ropa del trabajo. Se paró en un descampado, cogió una piedra y la lanzó lejos. Sin apuntar a nada en particular. O al menos desde donde estaba él no se podía distinguir nada. De repente el otro apretó el paso. Se vio obligado a correr detrás de él. Lo vio entrar en una pequeña iglesia, era en un barrio desierto, de almacenes de madera, por alguna parte debía de haber vinagrerías porque la acritud del vinagre se le había metido en la nariz.

Dejó pasar unos minutos antes de empujar la puerta para entrar. Avanzó sin hacer ruido en la media penumbra. Había dos candeleros el uno frente al otro y la luz de las velas lamía con largas lenguas el antiguo y ennegrecido iconostasio con las imágenes de los santos. Acalorado, se santiguó

arrodillándose tras el joven, que rezaba. Un vago resplandor se difundía entre ellos alisando la distancia que los separaba. Los exvotos de plata resplandecían en el iconostasio, el olor del incienso lo mareaba, por el suelo se dibujaban delicadas figuras como de cristal, que flotaban y se esfumaban. Estaban solos en la iglesia. El silencio insoportable. Las llamas de las velas temblaban. Delante de ellos, el púlpito tenebroso como la boca de una ballena. Hacía frío allí adentro, pero él estaba empapado en sudor, ardía, mientras los iconos con las enjutas caras de los santos parecían volverse hacia él con expresión cada vez más adusta, enfadada.

Estaba pensando levantarse y marcharse lo más discretamente posible cuando escuchó aquel ruido sordo y ahogado. El muchacho lloraba. Se quedó clavado en el sitio escuchando los silenciosos sollozos entrecortados por breves inspiraciones. Por alguna razón el llanto en los hombres siempre le había excitado —el llanto femenino le resultaba repugnante—, aquellas lágrimas varoniles que se derraman tan raras veces, que salen con dificultad, con vergüenza. Una a una las lágrimas se deslizaban por la cara del joven y la surcaban. Caían calientes en su raída chaqueta, en la camisa manchada de cagadas y plumas de paloma, en el pecho fortalecido por el trabajo, en el calzón que vestía los apretados muslos. Arrodillado él también medio metro por detrás, le había asaltado una agitación incontenible como si se encontrara en un torbellino en el que las imágenes de la vida del aprendiz se concentraban a toda velocidad en su interior, todas sus agonías y sus sueños, la nostalgia de Kütahya, la pobreza y el duro trabajo en la herrería, las bofetadas del patrón, los sofocantes mediodías en el palomar, los juegos y los momentos robados en la playa con los demás jóvenes obreros, el amado rostro de su madre que se difuminaba mientras el cuerpo caía rendido sobre el jergón. En el silencio de la iglesia, el llanto había aumentado. Las lágrimas debían de haberse agotado, lo que se escuchaba era el resuello, un rugido ronco como el del aire marino atrapado que lucha por huir de entre las rocas. A su alrededor los rostros de los santos se habían ensombrecido. Estaba tumbado en la cama, en el hotel Saint-Pétersbourg, con la colcha estirada y el aprendiz se encontraba a pocos pasos de él. Con el pensamiento, tratando de retrasarlo todo lo que podía, siguió la línea del cuerpo del joven desde el fuerte cuello, las cuencas de los hombros, hasta el pecho lampiño y más abajo, un poco más abajo, más abajo. Sus labios vagaban por la piel morena sintiendo cómo la acidez del sudor le hacía la boca agua. Luego, como

siempre, la solución fácil. Sofocado, las sábanas hechas un ovillo, los miembros agarrotados por el espasmo repetido. Un resplandor, un escalofrío como la mecha que se inflama y al final nada. Estaba boca abajo adormecido en las almohadas. Otra vez había caído. Se escurrió de la cama y fue a lavarse al baño. Tenía las manos pegajosas de la asquerosa resina. Le daban ganas de vomitar. Le habían subido las pulsaciones. Esa costumbre era su perdición. Vanas todas sus promesas. Se apoyó en el retrete de madera a punto de derrumbarse. Se miró al espejo. Estaba palidísimo y tenía los ojos hundidos. Aspecto repugnante, el pelo revuelto, las orejas de soplillo con los lóbulos gruesos. El bigote desaliñado le caía hacia abajo. Toda la cara le colgaba hacia abajo.

Limpio las gafas y se las puso. Se sentó en el borde de la cama. La habitación parecía más pequeña, angosta. Los muebles mal conjuntados. La vela se había derretido en el candelero. Se acordó de la silla. Mejor volver a ponerla en su sitio. En algún momento entraría la camarera, la encontraría detrás de la cómoda. No quería dar lugar a comentarios entre el personal. Tomó la silla y la dejó en su sitio frente al cuarto de baño. Luego empezó a prepararse.

–Nadie se puede acercar. Corren rumores de que hay francotiradores acechando en el bosque –dijo John.

Hizo un esfuerzo por entender de qué le estaba hablando. Sobre la bandeja plateada la cucharilla de postre dibujaba un triángulo isósceles con el cuchillo de untar la mantequilla y el borde quemado de la tostada. Tres manchas de leche sobre el paño de lino se habían extendido rápidamente y absorbido como por arte de magia. La luz jugaba al escondite sobre los visillos. Iba a hacer bueno aquel día. E iba a estar de buen humor con tal de que no oyera voces, de que nadie hablara, de que el tintineo de los cubiertos no le taladrara el oído.

Silencio, dijo para sí.

–¿Quieres otro cruasán? –preguntó John. Extendió abundante mantequilla sobre la rebanada de pan, puso una cucharada de mermelada de fresa encima con cuidado de que no rebosara por los lados y dio un gran bocado–. Cuanto más lo pienso –murmuró con la boca todavía llena–, menos creo que el Arca exista.

–Café no, mejor té –dijo al camarero y miró a su hermano. El bocado había bajado, sus mejillas se habían desinflado.

–¿Tú qué opinas? –siguió John. Sin esperar una respuesta expuso su razonamiento a la vez que seguía comiendo con apetito. En su opinión la existencia del Arca era un disparate, todo aquel secretismo, los cocheros escogidos que acompañaban a los parroquianos y que habían hecho poco menos que un juramento de sangre antes de conseguir el trabajo, los francotiradores que vigilaban con el dedo en el gatillo y sobre todo aquel trato entre marqueses y conductores, no podía ser, no, parecía completamente inverosímil para una ciudad como París. Quizá Mardaras estuviera relacionado con una mujer de clase inferior, se proponía verla la noche anterior y el Arca era un subterfugio para ocultarlo. O puede que el Arca fuera un burdel famoso, un burdel de cierta distinción–. ¿Te acuerdas de la casa de Aline en Marsella? Será algo así.

Conservaba el billete de Aline con la advertencia caligrafiada:

No se fíe de los cocheros, que en beneficio propio le llevarán a casas de segunda, fíjese bien en el letrero ALINE de la farola, la única casa que verá cerrada...

Otro recuerdo del viaje para llevarse a Alejandría.

Ahora tenía la carta de su madre en el bolsillo.

–Tenemos una carta de la Gorda –dijo.

–¿La has leído?

–Me la acaba de dar el conserje.

John sonrió.

–No la he leído todavía –dijo, y se la sacó del bolsillo. Pero ¿por qué desconfía?, pensó.

John abrió el sobre. Empezó a leer.

«Queridos, queridísimos, hijitos míos...».

No escuchó la continuación. Le costaba concentrarse. Había un bichito en la tostada mordida que llamó su atención, un insecto redondo con seis patas que trabajaban con esmero perforando la miga del pan. Miró la gran ventana más allá de las mesas y las espaldas de los demás clientes. Iba a ser un caluroso día de verano. Un día lleno de gente rebosando las aceras. Pensó que fuera le iba a dar un mareo con el sol.

Aún no le había dicho nada a John sobre la anotación de Moréas. Cuanto más tiempo dejaba pasar más difícil se hacía, no exactamente difícil, sino como si necesitara unas circunstancias especiales para poder contárselo, como si la anotación de Moréas requiriera una ambientación especial para mostrarse en toda la amplitud de sus tristes consecuencias. Volvió a pensar que le iba a dar un mareo con el sol.

–«Pavlitios no me saca a la calle» –leyó John y soltó una carcajada–. «Me parece que se avergüenza. Tengo muchas ganas de que volváis, mis niños queridos, vosotros no os avergonzáis de vuestra madre. ¿Estáis comiendo bien? Costakis tiene un estómago muy delicado, pero es un glotón».

Los garabatos de la Gorda. Hasta a él le costaba leerlos. Pensó en el comedor de casa a la hora de la cena, en la mesa, en él sentado indeciso, desganado, mientras arde en deseos de escabullirse fuera de casa. La Gorda ya está acostada, lo llama desde dentro, quiere dulce. Dos galletas pegadas con mermelada en medio como un sándwich. Le gustaba eso. La cosa que más engorda, y luego se quejaba de que no comía nada y la engordaba hasta

el aire. Le llevaba el dulce a la cama, le daba un beso en la mejilla fría y algo sudada. De fuera llegaban ruidos, la noche lo llamaba. Qué asfixiante aquel comedor, pensó.

–«Un beso, mis niños queridos, tengo muchísimas ganas de veros».

John dobló la carta y se la metió en el bolsillo.

Por la puerta de servicio entraban en fila los camareros empujando con ruido unos carritos metálicos con los que recogían los platos. El bichito de la rebanada de pan había conseguido abrir un agujero profundo como una galería, ahora se acercaba a la corteza.

–Quería decirte una cosa –empezó John, y por un momento siguió su mirada hasta el bichito que parecía hundirse en el esponjoso pan con sus seis patas empujando boca arriba–. Estoy pensando, cuando volvamos, aunque no de inmediato, en vivir solo –le dijo y se le quedó mirando.

–No puedes hacer eso –dijo cortante sin estar seguro de lo que había oído.

–Quería decírtelo desde el principio del viaje. Tienes que entenderme. Me ahogo allí metido. Traté de decírtelo en el barco rumbo a Marsella. Sentados en el comedor del Congo, ¿te acuerdas? En algún momento tendremos que irnos todos.

–No puedes hacer eso –volvió a decir.

Sintió el enfado hinchándose en su interior y al mismo tiempo dudaba de su sinceridad. Era una decisión que tenía que tomar él, pero no se atrevía. Una iniciativa que le correspondía tomar a él, iba a tomarla su hermano.

–Pensaba que tú me entenderías.

–No puedes abandonar a madre, no podemos abandonarla –se apresuró a decir, y vació la tetera en su taza–. Hasta con las pocas líneas que nos escribe, se puede ver que no lo está pasando bien –siguió, aunque a la carta apenas le había prestado atención–. Lo mal que lo pasa cuando no estamos allí. Pavlos es completamente inútil, no sabe nada más que crear problemas. Su corazón, ya lo sabes, en cualquier momento... No puedes hacerle eso. No, no podemos hacerle eso –dijo levantando la voz molesto con sus propias palabras porque ya no dudaba en absoluto de su mala fe, aunque nunca fuera a reconocerlo abiertamente.

¿No sería su miedo a quedarse solo a merced de la Gorda? Su presencia lo agotaba sobre todo por la noche. Su constante necesidad de afirmación, la búsqueda de sus muestras de afecto en todo momento. Cada media hora, cada cinco minutos. La luz iba cayendo, iban encendiéndose las lámparas. La

sirvienta se iba a dormir. Se quedaban solos. Ella todo el rato pidiéndole cosas, siempre quería algo. Lo interrumpía en sus lecturas. Y aquella mejilla flácida, sudorosa. Si por lo menos Pavlos participara de algún modo. Pavlos era inútil. El eterno ausente. Pero no era aquél el motivo. Era él quien no iba a decidir marcharse y tenía que reconocer que no era sólo la salud de su madre lo que se lo impedía. ¿No sería que era un cobarde? ¿Que se había acomodado?

–Mejor cambiamos de conversación –dijo John.

Buena idea, pensó aliviado.

Además, volvió a pensar, tiene esa forma odiosa de preocuparse de todos nosotros. Cualquier cambio en la rutina diaria era fuente de agitación, de suspiros. A Pavlos lo podía atropellar un coche por la noche cuando volvía a casa y quedarse en el sitio, a él podía contagiarle algo mortal un microbio, Johnny se podía marear mientras nadaba y se lo podían tragar las olas. Se nutría de la angustia. Era un método para mantenerlos cerca; evidente sobre todo en lo que se refería a él. Ideaba constantemente nuevos peligros. Naturalmente, sabía que a él no lo convencía. No era capaz de transmitirle sus escabrosidades, de hacerle temer las enfermedades o un plato mal cocinado, una comida lejos de ella, un dulce bañado en almíbar en una casa ajena sobre el que por error hubiera caído matarratas, pasaporte seguro hacia una muerte entre dolores horribles, aunque en ese punto tenía que reconocer que en algo lo había influenciado: de vez en cuando empujaba la comida con el tenedor para mirar debajo, no fuera a haber una mosca muerta, o un pelo, todavía peor, porque entonces te dabas cuenta masticando y te entraban ganas de vomitar.

En cualquier caso, a medida que envejecía había ido convirtiendo aquella angustia por sus hijos en un verdadero arte. El movimiento o el encuentro más insignificante fuera de casa, cualquier cosa que sucediera lejos de ella, entrañaba posibilidades oscuras, amenazas. El colmo fue la víspera de su viaje a Marsella. Estaba preparándose para salir, estaba citado con unos amigos para despedirse de ellos, ella había empezado la monserga una hora antes. Que si había oído que el tiempo se iba a estropear por la noche, que se acercaba el *jamsín*, una tormenta de arena del desierto, mejor que se quedara en casa, mejor que no se arriesgara a sufrir una infección en la nariz o alguna irritación en los oídos antes del viaje. No aguantaba más, especialmente lo de la irritación en los oídos.

–Escúchame –le dijo–, si ahora cuando me levante de la mesa me tropiezo con la cómoda, me caigo y me atraganto y al cabo de unos minutos me ahogo, morado por la asfixia, si muero ante tus ojos, estando a tu lado, ¿qué harás tú?

Lo miró sin decir nada, con aquella mirada suya, pero cuando salió a la calle se arrepintió y volvió a darle un beso de buenas noches.

La sala del desayuno se había vaciado casi del todo. Un camarero se acercó empujando un carrito. Preguntó con una fría sonrisa si querían café o té. Era evidente que tenía prisa por terminar su turno y mientras apilaba los platos de cualquier forma se fijó en la rebanada de pan mordida con el bichito pegado encima deslizándose al cubo de los desperdicios.

Se levantaron y John dijo algo. El plan del día. Se le había olvidado. Según el plan, hoy tenían que pasar por el passage Jouffroy, tenían que hacer compras, no les quedaban más días. En el passage la mayoría de comercios estaban abiertos, terminarían rápido. Luego podían ir hasta el Bois de Boulogne, a tomarse un helado en Armenonville; era un día estupendo para dar un paseo por el campo y el helado, que tenía fama, no habían tenido tiempo de probarlo en su anterior viaje a París. Si más tarde les quedaba tiempo, podían ir a algún espectáculo. Para la cena había muchas opciones.

De alguna parte llegaba un alboroto, pasos acercándose. Casi de inmediato, un grupo de hombres y mujeres con sombreros de colores chillones y botines blancos irrumpió por la entrada lateral y llenó de voces la recepción. El conserje con sus hombreras doradas tardó en tomar posición tras el mostrador y miró a la turba con indiferencia.

–Son los *ballets* rusos de San Petersburgo, cuando actúan en París se quedan aquí –dijo John.

–Saltimbanquis.

–De saltimbanquis nada, te equivocas. Son uno de los *ballets* más famosos –como si se lo hubiera vuelto a pensar se volvió hacia él–. ¿Qué te pasa? ¿No has dormido bien?

–Más bien que he despertado de golpe –intentó sonreír–. Me duele un poco la cabeza.

Era como si conservara el sabor de aquella larga noche sin dormir pegada al paladar. Un sabor a tierra mojada. Al ver la expresión intranquila de su hermano, se apresuró a cambiar de tema.

–Mira ese conserje ahí plantado con humos de cardenal –dijo.

–De cien cardenales.

–Y un poco marqués.

–Y a la vez general.

Soltaron una carcajada y salieron. El sol calentaba ya. 86 °F, calculó. La temperatura tenía que subir más aún. Quizá llegara a los 100 °F. Tenía que luchar contra su desgana, no dejarse llevar por el mar humor. Les quedaban dos días nada más. Su mala disposición influía no sólo en John, sino en él mismo. Lo debilitaba, lo volvía una compañía desagradable, incluso su apariencia resultaba repelente. Tenía que aplicar sus Normas. Las había descuidado durante el viaje. Sus Normas le recordaron el aturdimiento de por la mañana en la cama. Las sábanas revueltas, las palpitaciones, su aspecto afeado ante el espejo. Había pasado, pero no iba a volver a pasar, dijo para sí. Otra cosa más le molestaba. La conversación con su hermano, la intención de marcharse de casa, de irse a vivir solo. Parecía ya decidido, no iba a ser fácil hacerlo cambiar de propósito.

–¿En qué piensas? –preguntó John.

Las calles estaban a rebosar tal y como había previsto. Sombreros, sombrillas, corpiños de encaje y levitas se escurrían por el bulevar cruzando el luminoso entramado de un sol radiante, que, ya en lo alto, resaltaba un lazo satén como una rosa abierta, más allá la zalema de una cinta oscura alrededor de la estrecha cintura, más abajo la elegante raya de un pantalón que se ajustaba como un guante al muslo masculino. Volantes, plastrones y camisas blancas en alegre desfile. Ropa que por la noche esperaría despierta en el armario. Que acecharía colocada sobre la silla.

–Estaba pensando en lo que decías sobre el Arca –dijo. Fue lo primero que se le ocurrió. Se paró al borde de la calzada y levantó el brazo para detener un coche.

–Pero si vamos al passage Jouffroy, ¿se te ha olvidado? –se sorprendió John–. No está tan lejos.

Al girar en el boulevard des Italiens, un mendigo empezó a perseguirlos con súplicas y voces. Apretaron el paso.

–Hay otra cosa que no sabes –dijo John–. Ayer por la noche le pedí a Mardaras que nos llevara con él al Arca. Aunque no se negó, me puso varias excusas. Era del todo evidente que prefería ir solo. Confirma mi opinión de que el Arca no existe, es más bien una tapadera de otros asuntos de Mardaras que por motivos obvios prefiere no descubrir.

Los cafés estaban llenos de gente. Delante de un quiosco de flores un elegante hombre de mediana edad se detuvo y se pasó la mano por el sombrero como si los reconociera.

Se quedaron parados ellos también. El desconocido los miró confundido, dio media vuelta y siguió su camino.

–La Maison Dorée –suspiró John y paró embelesado delante del impresionante edificio con verjas doradas en la esquina con la calle Laffitte. Miró el Café Riche a su derecha como si quisiera grabar en su interior todos los detalles de una escena irrepetible, de una vida etérea, inaprensible, en la que la elegancia era la norma y el lujo una virtud inherente.

La mayoría de las mesas del bulevar estaban ya ocupadas. El *maître d'hôtel*, con monóculo y una ceja levantada, supervisaba desde la entrada a los camareros vestidos de negro que circulaban discretamente por la acera, apresurándose a tomar nota con movimientos precisos, refinados.

Qué aires, dijo para sí, molesto por alguna razón.

Los camareros aquí parecían más aristócratas que los clientes.

–Constandinos –alzó la voz John como si no estuviera a su lado sino lejos–, estaría bien volver aquí mañana. ¿Qué te parece? Hemos sido tan rigurosos en este viaje que me parece que nos merecemos este *treat* extra la última noche.

–Vendría con gusto si nos lo pudiéramos permitir, lo sabes. Pero es imposible. Excuso decirte cuánto ha costado el viaje hasta hoy.

–Vamos a dejarnos de cálculos por hoy, por favor.

–Yo casi llevo gastadas ochenta libras. ¿Tú?

–No quiero saberlo.

Se detuvo. No quería insistir y tenía que reconocer que de vez en cuando era un poco exagerado con los cálculos. Era como si le proporcionaran una especie de placer malsano.

–*Domus Aurea* –dijo mirando los dorados de la fachada.

–¿Qué? –preguntó John con la mirada melancólicamente vuelta hacia las mesitas del Café Riche.

–Así se llamaba la mansión de Nerón en la antigua Roma. Tenía trescientas habitaciones.

John no parecía impresionado.

–*Domus Aurea* suena mejor que *Maison Dorée*, ¿no te parece? *Maison, maison...* podría ser cualquier cosa, una casa de costura, un prostíbulo.

Domus suena más imponente. Aunque dudo que estos de aquí se inspiraran en los romanos.

Trescientas habitaciones y ni una cama para dormir. Todo para celebraciones y placeres, reflexionó. Después de la muerte de Nerón la mansión fue completamente saqueada, más tarde quedó sepultada. La tierra se la tragó, los frescos, los mármoles, las decoraciones, el oro, los diamantes. Miró a John, que estaba completamente absorbido como si estuviera en una función de teatro. Como un niño pequeño, pensó. No quiso estropearle el momento, pero le molestaba que se quedara parado allí delante del café embobado con la burguesía francesa.

—¿Seguimos? Parecemos dos mendigos —propuso.

—¿Sabes que el Café Riche tiene dos entradas? Una para el común de los mortales y otra lateral en la calle Laffitte para la flor y nata. Políticos, príncipes, hasta reyes cenan en reservados, en salas privadas que llaman *cabinets*. Los escritores más grandes son habituales del lugar —dijo John, y lo miró por el rabillo del ojo esperando alguna reacción.

Pero su mente volaba a otro lugar, a Roma, al saqueo de la mansión de las trescientas habitaciones en cuanto murió Nerón. La ironía del destino. Las riquezas que él había saqueado, saqueadas por segunda vez.

—Balzac y Dumas comían aquí —seguía John, que no había abandonado su intento por embaucarlo—. Y Guy de Maupassant. Baudelaire creo que tenía mesa propia. Ha sido escenario de muchas novelas. Sobre una sala en particular, el *cabinet 6*, hay toda una mitología.

Quién sabe si me inspiraría un ambiente como éste, pensó, y se dejó llevar un momento por la tentación. Si pudiera permitirse cenar en una de las salas privadas, ir sin hacer ruido por los pasillos, tratando de ver qué pasa en los demás reservados. Sobre los sofás de terciopelo, tras las pesadas cortinas que ahogaban todo ruido, toda conversación inculpadora. Ver escenas reflejadas en el espejo: los selectos manjares mordisqueados en la mesa, el champán rebosando de los cálices y vertiéndose sobre la rica alfombra, el temblor de un velo de seda, las sombras a la tenue luz. Las sombras que crecen mientras los cuerpos rotan y el tiempo se para. No había duda de que un ambiente como aquel, lujoso y sin limitaciones, en el que el poder permite todo placer y pasión ilícita, estimulaba su curiosidad. Quizá si pasara varias horas allí dentro recogiendo detalles como un naturalista, la *Maison Dorée* podría evocar a la otra *Domus Aurea*; la opulencia, las orgías, el sepultamiento bajo

tierra. Aquella escena le interesaba. Porque naturalmente no tenía ningunas ganas de escribir sobre la nobleza francesa. Pero la tentación no duró más de medio minuto y la idea de lo que costaría aquella cena interrumpió las ensoñaciones.

–Vamos –dijo–, llevamos un rato aquí parados. Es ridículo.

–Si las cosas fueran distintas, podríamos cenar aquí todas las noches –dijo John.

Se sorprendió. Hacía años que no se oía una alusión a la bancarrota familiar. Si las cosas fueran distintas... Por primera vez se percataba de que John, que era dos años mayor que él, era lo bastante mayor en la época en que se arruinaron como para entender más cosas. Debía de haber sufrido más. Después durante todos los años de Constantinopla, John se había quedado en Alejandría, donde trabajaba como un mulo, para enviarles algo de dinero. Pensó si debía ceder al deseo de su hermano de cenar en la Maison Dorée la noche siguiente, a fin de cuentas puede que fuera algo que le debía, y mientras vacilaba se fijó en que el otro captaba en el aire su indecisión, sentía que estaba a punto de convencerlo, porque en su cara se dibujó una pequeña sonrisa.

–Vamos –se escuchó a sí mismo decir en lugar de la frase que estaba a punto de soltar. Y golpeó ligeramente la acera con el bastón. Siempre podía cambiar de opinión hasta el día siguiente por la noche y consentir en el deseo de su hermano.

–Un momento –dijo John.

Una silueta se les acercaba agitando la cabeza.

–¡Menos mal que los he visto! –gritó.

¿Mardaras?

Mardaras.

Sonriendo comprobó que el encuentro no lo ponía de mal humor, más bien llegaba en el momento justo para sacarlo de aquella difícil situación con John.

Ese día se celebraba la Promenade de la Vache enragée en Montmartre, les informó Mardaras. Una especie de carnaval. Nada más enterarse, canceló todas sus citas y fue corriendo a buscarlos al hotel. Una vaca engalanada con un desfile de carros y máscaras por detrás.

–Como en el corso de Alejandría –dijo John–. Batalla de flores, peladillas, coqueteos en los balcones. ¡Vamos!

Mientras tanto, siguiendo su costumbre y después de murmurar un discúlpenme, Mardaras se había acercado al Café Riche a saludar a algún conocido y al volver empezó a hablarles de las reglas y peculiaridades del Café, donde por las mañanas eran habituales los agentes de la Bolsa, que estaba cerca, al mediodía comían los periodistas y por la noche no tardaban en tomar posiciones los artistas, no había manera de encontrar una mesa, aunque por supuesto también se veían cortesanas, había unas cuantas habituales que acudían a tomar absenta.

–¿Va a ir el *Tout-Paris* a la Promenade? –le cortó.

–Naturalmente –dijo Mardaras sin mostrar que había notado la ironía–. Pero participan sobre todo artistas, pintores, poetas; ellos son los impulsores de, cómo decirlo, el acto. Les va a gustar. Ya verán, hay mucho barullo, disfraces, músicas.

–Como en el corso de Alejandría –repitió John.

–Qué recuerdos –suspiró Mardaras.

Dijeron algo sobre el corso, donde había estado un año Mardaras –seguramente el mismo en que John lo había conocido en El Cairo–, parecía que conservaba intensos recuerdos pero no quería hablar. Lo único que dijo era que había asistido a la batalla de flores desde un balcón de la calle Cherif o quizá de la calle de Constantinopla, no estaba seguro, en cualquier caso, el balcón era de una familia importante, subrayó con intención.

Así abandonaron el plan de ir al passage Jouffroy y echaron a andar blandiendo sus bastones. El tránsito de gente era aún más denso, y mientras avanzaban los tres trató de imaginarse qué impresión darían a alguien que se acercara en sentido contrario: tres hombres jóvenes sin preocupaciones serias ante quienes se abrían todas las puertas de la vida.

La ciudad se acercaba a él y él querría mostrarse puro y receptivo para poder ir a su encuentro, y tomarla en sus más leves insinuaciones. ¿Puro? ¿Por qué puro? ¿Cómo se le había ocurrido aquello? Inocente era la expresión adecuada. ¿Cómo si no iba a poder entregarse a algo absolutamente? Darse a la escritura sin cálculos de pérdidas y ganancias. Necesitaba empezar de una situación de ingenuidad, casi primitiva, primitiva en lo que se refiere a su deseo de escribir y al objetivo de ese deseo, *tabula rasa* en la que no contaría lo que perdía, aquello de lo que lo iba a privar su entrega al Arte. Pero era inocente. Detrás de las gafas, el bigote y aquella mala cara que ponía con tanta destreza, tal y como había advertido más de

una vez al pasar por delante de un espejo, la inocencia sobraba. Tenía que recomponerse a sí mismo, encontrar su centro. ¿Qué porcentaje del día ocupaban la poesía, los amores, la buena vida? Y mientras se hacía mayor, lo tercero aumentaba. Alejandría me está matando, pensó. Esa vida a cuentagotas. Si viviera en París las cosas serían distintas. Tenía que organizarse. Quizá algo hubiera madurado dentro de él la noche anterior, quizá se hubiera blindado. Con aquellos pensamientos, apretó el paso y adelantó a los otros dos.

Había llegado casi a la altura del boulevard Haussmann y se preguntaba cuándo tomarían un coche a Montmartre, entonces se dio la vuelta y no vio a los demás. Debía de haber andado muy rápido perdido en sus pensamientos y los había dejado atrás. Miró al fondo del bulevar, la gente se acercaba en masa, las siluetas se apretaban borrosas. Se detuvo cerca de la entrada de un edificio a esperarlos. Hacía calor. El ambiente le pareció empañado. Hombres con sombreros de copa entraban a prisa en el edificio, otros salían con expresión pensativa y el conserje, que llevaba una capa cenicienta con galones dorados, saludaba a todos con una ligera reverencia. Quizá fuera un edificio de oficinas, algún periódico o alguna aseguradora. Volvió a mirar hacia atrás, nada. Ni rastro de John y Mardaras. Sólo sombrillas, *cabriolets*, bullicio, carros, caballos, crines.

En aquel punto, el boulevard des Italiens formaba una horquilla, varios coches continuaban la recta desviándose ligeramente, mientras que otros salían por la bocacalle, se interponían en el rumbo de los que venían por el sentido contrario y les cortaban el camino. La circulación se paraba de golpe, el bullicio aumentaba, vehículos y animales en un estado de inmovilidad nerviosa, hasta que algún cochero tomaba impulso para romper la barrera con silbidos y fuertes latigazos, y en aquel momento un joven de patillas rubias que intentaba desde hacía rato cruzar la calle dio un salto moviendo los brazos como si nadara y desapareció entre los coches que echaban a andar para surgir pocos metros más allá rojo como un tomate, con buen susto. Observó que se detuvo en la acera como avergonzado a sacudirse la ropa y recuperar una expresión decente. Luego se fue golpeando su bastón. Hay que ser acróbata para cruzar el bulevar por allí, mejor esperar el momento adecuado, pensaba cuando su mirada se topó con el letrero de la rue de Turbigo.

¿Rue de Turbigo? El nombre no le decía nada. Ni recordaba haber doblado por ninguna calle. Seguía andando por el boulevard des Italiens, por la misma acera. ¿Cuántas manzanas había dejado atrás? ¿Tres o cuatro? No era capaz de calcular con exactitud, pero le vinieron a la mente detalles del recorrido. Imágenes fugaces que había retenido con el rabillo del ojo, sin mirar: una

tienda de canarios, decenas de canarios que piaban en sus jaulas, un papagayo verde atado con una cadena, luego un hombre muy pálido que se iba directo hacia él con la mirada enfurecida y en el último momento se echó a un lado, lo había tomado por un mendigo, pero debía de estar loco, luego un viejo remendando esteras debajo de un cobertizo con los pies metidos en un barreño de agua. Un delgado rayo de luz caía en el agua resaltando las venas de las piernas del viejo, que estaban moradas e hinchadas. Debe de tener los dedos deformados con las uñas hincadas en la piel, dijo para sí. Pero ¿era algo que había pensado entonces al pasar por delante del techado de las esteras o algo que pensaba ahora? Caminaba rápido sin mirar lo que sucedía a su alrededor. Esas imágenes se le habían grabado sin esfuerzo, sin poner interés. Ahora por más que forzaba la mente no recordaba ningún cambio en el recorrido. Además, era imposible que hubiera cruzado el bulevar o que hubiera doblado por alguna bocacalle y que lo hubiera olvidado.

Bajaban por el lado derecho del boulevard des Italiens, de eso estaba seguro, iban en grupo de tres. En algún momento, él los había adelantado. Si efectivamente había doblado, habría doblado por alguna calle a la derecha, pues estaba completamente seguro de que no había cruzado el bulevar. John y Mardaras lo seguían. Lo habrían visto si hubiera torcido, le habrían dado una voz. Aunque iban hablando, quién sabe, del Arca, de Dreyfus, de la desafortunada guerra... De los movimientos literarios... En condiciones normales, John habría ido pendiente; pero, arrastrado por la conversación, a lo mejor no se dio cuenta. Qué simple a veces este John. Encandilado por un zoquete. Bla... bla... bla..., y escenificaba por dentro la conversación: «Pero, querido John, te aseguro que este nuevo movimiento va a marcar un hito»; «Sí, querido Nicos, pero el Romanticismo también fue un hito y no sólo para el Arte»; «De acuerdo con eso, querido John, pero el otro día en el salón de madame de Trianon pusieron a caer de un burro a románticos, simbolistas, parnasianos...»; «Nicos, amigo mío, acuérdate del papel que desempeñaron los poetas románticos en la revolución del 21; gracias a ellos la chispa del filohelenismo se expandió por Europa»; «Pero, querido John, no debemos obviar esto y lo otro...».

Hacía bochorno. No se movía ni una hoja. Rue de Turbigo. Fue hasta la esquina a ver cómo se llamaba la perpendicular. Rue au Maire. No le decía nada. Había una tabaquería en la esquina, al lado de una lechería y un poco más abajo unas cuantas sirvientas juntas delante de una puerta. Volvió.

Podría preguntar al portero del edificio, enterarse de dónde demonios estaba y cómo podía volver al boulevard des Italiens, pero por alguna razón ese movimiento suponía una concesión que no estaba dispuesto a hacer.

Volvió a traer el recorrido a la memoria. Algo no concordaba. La tienda de los canarios, el viejo que remendaba esteras. No había remendones en los barrios ricos de París. Luego aquella calle –que ahora era como si la recordara– era ancha, pero estaba algo descuidada, con poyos de madera en los tendajos, jarras y platos apilados detrás de las sucias cristaleras. Debía de estar en otro barrio, más popular. Pero ¿cómo era posible que se hubiera alejado tanto y que hubiera vuelto al centro? Completamente absurdo.

La campana de alguna iglesia tocó a lo lejos, luego otra muy cercana con un sonido metálico seco. Las dos ya, dijo para sí y se dio cuenta de que tenía hambre.

–¿Quiere usted algo, señor?

Era el portero de la capa gris.

Hizo un gesto indefinido.

El portero esperaba.

–No –dijo cortante. Miró hacia arriba, ni una nube en el cielo. Una gelatina turbia y por detrás el sol que seguía quemando.

–Le ruego que se retire. Motivos de seguridad.

Se fue y torció por la calle del estanco. Rue au Maire. Miró hasta donde llegaba la vista. Una deprimente calle parisina que parecía no acabar en ningún sitio. La luz borrosa cubría los tejados como un plato del revés. Tenía mucha hambre ahora, si no comía algo se iba a empezar a marear. Entró en la lechería de al lado, pidió dos panecillos evitando a la despeinada lechera que quería darle conversación y los devoró nada más salir. No lo saciaron, por el contrario, su hambre aumentaba, pero de ninguna manera iba a volver a entrar allí, monsieur monsieur, y aquellos labios que se movían mientras contaban billetes de diez. La temperatura había subido más aún y con ella se había extendido una neblina incolora que se pegaba a la piel. Era curioso que se pudiera mantener en pie. Con ese calor y después del insomnio del día anterior era cuestión de tiempo que se derrumbara.

Pero ¿cómo me he podido ir así?, pensó cinco minutos más tarde. Con el rabo entre las piernas. En vez de poner al portero en su sitio. Llevaba razón cuando decía que el servicio en Francia tenía demasiados humos últimamente. Un comportamiento así era impensable en Alejandría. Iba a

volver de inmediato a la rue de Turbigo a decirle cuatro cosas al portero. Bobadas. Tenía que concentrarse y decidirse sobre el recorrido. No tenía sentido tratar de volver al boulevard des Italiens. Mejor ir a encontrarse con los demás directamente en Montmartre sin demorarse más. Tomaría un *cabriolet* o el ómnibus, al que no había subido ni una vez desde que llegaron a París. Aquellos vehículos parecían entretenidos. ¿Ómnibus con aquel calor? ¿Apretujado entre la gente? Voy a andar un poco y luego tomo un *cabriolet*, decidió.

Quizá Montmartre estuviera muy cerca, dos manzanas más allá. El cochero podría negarse a subirlo para una carrera tan corta o aunque lo dejara subir podría hacerle algún comentario, lo más seguro algún insulto en argot que no entendería y que lo pondría de mal humor. Todavía más humillante si subía al coche, decía la dirección al cochero, aquel arrancaba en pie tirando de las riendas, los caballos trotaban escasamente casi dando media vuelta y el cochero se inclinaba hacia él, estamos en Montmartre, señor. El cuello de la camisa se le pegaba. 104 °F, pensó. Me he perdido como un provinciano en París. Como los que llegaban con los hatillos, vestidos con su mejor traje. Me he perdido sin estar borracho. Y aunque lo más sencillo, lo más lógico, sería parar a la primera persona que pasara y preguntarle, otra vez la misma resistencia en su interior le impedía hacerlo, como si hubiera una apuesta, pero ¿qué apuesta?, y siguió andando, chorreando de sudor por la deprimente calle sembrada de excrementos de pájaros y otros animales, algo en lo que acababa de reparar, así que a su gran cansancio se sumó la agonía de mirar a cada paso por dónde pisaba.

¿Y si llegaba a Montmartre y no los encontraba? No iba a ser fácil encontrarlos en el barullo de la Promenade, además, la posibilidad de verse arrastrado por un torrente de máscaras le provocaba de antemano mareos. Pero también... ¿Cómo podía estar seguro de que al final habían ido a Montmartre? John podía haberse preocupado al ver que lo habían perdido y haber vuelto al hotel a esperarlo. La preocupación de John. Como hubiera pasado algo así, se iba a enfadar todavía más. Y la carta de la Gorda por la mañana con la alusión a su estómago que era con seguridad una indicación a John para que lo cuidara. Como si les conviniera tenerlo bajo su cuidado. La mascota de la familia. Sin voluntad propia. Un renacuajo.

Se había perdido, es lo único que sabía. Puede que los sitios de interés de París, la place du Trocadéro, el Louvre, hasta la torre Eiffel o los restos

calcinados del Bazar estuvieran muy cerca de él en aquel momento. A lo mejor Montmartre estaba a diez pasos; a lo mejor nada más doblar la esquina, se topaba con el Moulin Rouge, con la carroza que llevaba a la vaca rabiosa con la caterva de artistas borrachos detrás. ¿Qué más daba? En aquel momento estaba perdido. Un hombre mayor con barba que iba arrastrando un saco le adelantó y se volvió a mirarlo. Vaya ojos. Se le clavaron como si quisieran traspasarle el alma. El viejo dio dos pasos, se volvió de nuevo. La ropa que llevaba estaba gastada pero limpia, no parecía un pordiosero. Quién sabe por qué lo miraría así. Su expresión tenía algo de melancolía y de mofa al mismo tiempo. Cruzó a prisa la calle y se pasó a la otra acera. El viejo se quedó parado en el mismo sitio; pese a la distancia, su mirada era tan penetrante que lo obligó a detenerse. Qué le recordaba aquella mirada. Estaba en un relato que había escrito. El encuentro con el fantasma. Una historia fantástica en la que el protagonista recibe la visita de una extraña persona en medio de la noche en su habitación, naturalmente, cree que se trata de un sueño y no le da mayor importancia, pero a continuación se encuentra a la misma persona fuera, a la luz del día; éste era el giro. Una historia fantástica pero completamente verosímil. Estaba satisfecho con la forma en que la había desarrollado. Al final te dejaba indeciso entre creerla o no. Una mirada así tenía en mente cuando escribía el relato y mira tú por dónde ahora se la encontraba delante. Le parecía que el viejo de la acera de enfrente le hacía un gesto más o menos impreciso de que se acercara. Dobló por la primera calle y se alejó. Andaba con la sensación de que aquellos ojos seguían anclados en él. Paró a mirar. El viejo estaba en la esquina. Había soltado el saco en el suelo. Volvió a hacerle aquel gesto impreciso. Empezó a andar más rápido. En la siguiente calle volvió la cabeza sin parar. Le pareció distinguir al viejo con el saco al hombro yendo hacia él. No estaba seguro. Alucinaciones en París. Alucinaciones del cansancio. Avanzó. Dobló por la primera calle y por la siguiente. Avanzó, volvió a parar. Estaba en la puerta de una galería, entró. Era un lugar horrible. Cientos de lámparas encendidas al mismo tiempo en la cúpula de cristal y el olor a gas era insoportable.

Se detuvo delante de un escaparate y fingió mirar los encajes mientras vigilaba la entrada de la galería. Detrás de la luna polvorienta lo observaba una mujer con la barbilla puntiaguda y pelo rizado que bebía de un vaso azul. Le hizo un gesto invitándolo a entrar. En el escaparate de al lado había sombreros –de copa y bombines, de paja y de fieltro– sobre cabezas de

madera. Todas las cabezas tenían caras con los mismos rasgos, ojos almendrados, cejas pintadas muy finas, labios gruesos de color rosa. Con una leve inclinación hacia un lado, todas ellas miraban al mismo punto con una expresión de alegre espera.

–Pase, pase, que le invitemos a un refresco. –La mujer de la barbilla puntiaguda había salido y lo llamaba.

Más allá, un perro amarillo había levantado la pata y meaba sin cesar en un escaparate de camisas. Cuando terminó, bajó la pata y miró a su alrededor aburrido. La gente iba y venía. Cargados de compras, se tropezaban los unos con los otros, se inclinaban a ver un rollo de tela, avanzaban dos pasos, volvían, empezaban a regatear. Un joven con delantal blanco pasó delante de él. Bajo y con piernas fuertes. De pueblo. Abrió una pequeña puerta, echó un vistazo detrás de sí y se perdió. Guapo de cara. El viejo del saco había desaparecido. Se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo puso en la nariz. Aquella peste era difícil de describir. Emanaciones de gas, olor a orín y, por momentos, un fuerte olor a podrido que tapaba todos los demás y dejaba a cualquiera sin aliento. Fue hasta el final de la galería con el pañuelo en la nariz y salió.

Pero ¿qué querría de mí aquel viejo?, se preguntaba unos minutos más tarde casi decepcionado por no verlo en la galería. ¿Por qué lo miraba con tanta intensidad? Nunca lo sabría. Si se hubiera atrevido a dar el paso antes, a acercarse y hablarle, quizá hubiera sacado algo en claro. Sus ojos eran tan inquietantes que parecía que trataban de transmitir un mensaje. Quién sabe lo que estaría pensando. Extraño encuentro. Estaba claro que se trataba de un loco. Alguno de las decenas de chiflados que circulaban por París. Pero qué curioso. La fuerza de la descripción. Una imagen que había salido de su imaginación cuando escribía el relato –aquella particular mirada de la persona que visita al protagonista por la noche, la persona que no puede ser persona sino fantasma, presencia sobrenatural–, encontrársela después en la vida real. Como si la fantasía fuera la que dictara la realidad. Igual que el protagonista de su relato, que no fue al encuentro del fantasma pese a la gran curiosidad, él también prefirió ignorar la invitación de aquella mirada y seguir su camino. Había siempre una amenaza en el contacto con lo sobrenatural o, simplemente, con lo extraño. Tanto él como su protagonista habían escogido permanecer impenetrables, seguros en los límites del mundo conocido. Algo en aquel último pensamiento le hizo patear. Algo opaco y microscópico que

tenía que esclarecer sin estar seguro de estar preparado para seguir hasta el final el razonamiento. Sabía que era todavía bastante maleable, pero también cerrado, limitado. Vacilaba en abrirse a las nuevas experiencias. El encuentro con un fantasma. Cuanto más lo pensaba, el fantasma no era el viejo. El viejo era el medio, el canal para que se manifestara la insólita presencia. Intenta ahora, se dijo a sí mismo, ponerte en su lugar en la acera y toma el saco. ¿Ves enfrente el hombre de las gafas y el bigote? Es relativamente joven pero ha perdido la calidad de la juventud. Cómo intenta escapar, cómo lo atormentan los miedos, cómo piensa que alguien lo persigue. Delante de él se levantan obstáculos insuperables, muros que ha construido con esmero. Él era el fantasma. El viejo había visto en su interior e intentaba exorcizarlo con aquella mirada abrasiva.

Le gustaba la idea, la inversión de papeles. El fantasma y su *alter ego*. Funcionaría bien en un poema que pasara libremente de una imagen a la otra, pero sin rima ni limitaciones. Aunque aquel flujo libre requería esfuerzo, no era fácil de conseguir. A menudo tenía la sospecha de que la rima y las reglas técnicas, pese a su carácter constrictivo, ayudaban al poeta, como si redujeran las exigencias para la obra. Era más fácil si a uno le ponían límites. Un flujo libre... Y los versos de aquel poema suyo en el que pensaba ayer por la tarde brotaron en su interior.

La ciudad te seguirá. Vagarás por las mismas calles.
Y en los mismos barrios te harás viejo

Los versos rodaron como sueltos, solitarios. Palabras huérfanas en un universo hostil. El poema abandonado en su ilimitada soledad. Se percató de que había saltado al poema para evitar un pensamiento anterior que ahora había olvidado, y al mismo tiempo vio su escritorio en Alejandría, sus papeles en el cajón, los poemas a medio terminar, el tomo de Gibbon con sus anotaciones y detrás, muy por detrás, su escritorio infantil en Liverpool, el cuaderno de rayas rojas y azules, el portaplumas, los dedos manchados de tinta, la noche que caía rápido en los tejados ennegrecidos por el hollín, y oyó una voz severa que lo reñía. Recitó todo el poema para sus adentros y, mientras terminaba con los versos «Y así como tu vida arruinaste aquí en esta angosta esquina / en toda la tierra la arruinaste», apareció al fondo la place de la Concorde, debía de ser la place de la Concorde, con el obelisco de Lúxor

sobresaliendo altivo –Menos mal que trajeron el obelisco aquí, si no lo habría enterrado la arena como el palacio de Nerón, pensó– y de inmediato se sintió excitado; para ser más exactos, lo inundó una alegría arrolladora, no sólo porque el hotel estuviera cerca, sino porque la apariencia de la imponente plaza, no antes ni después, sino justo mientras recitaba sus versos, resultaba un augurio excepcional para el poema. Ese obelisco, la aguja de Cleopatra como lo llamaban algunos, era un coloso de granito transportado desde Egipto. A él le debía la plaza su grandeza. Alejandría-París. Era una promesa para el poema. A su alrededor pasaban a toda velocidad rostros, como moscas, recorriendo las mismas calles sin poder escapar. Caras malhumoradas o incautas. Siempre la misma ciudad. Cautivos. A diferencia de lo que ocurría con las caras de madera del escaparate, para ellos no había alegre espera.

Se acercaba a la place de la Concorde a paso ligero, sintiendo sus fuerzas renovadas. Un pensamiento llevaba al otro en un flujo libre, de nuevo el flujo libre, pensó, las imágenes de los viandantes en sus versos, París en Alejandría y más lejos, en Lúxor, desde donde había salido el obelisco –en las profundidades del desierto, donde manaba la catarata del Nilo, en las canteras de Asuán, al lado de Sudán, donde fue extraído el granito para ser transportado siglos después, a cientos de kilómetros, hasta aquí, a esta plaza, y en el mismo punto en el que se levantó la guillotina de María Antonieta–, y vuelta a su poema, como si el poema fuera capaz de cristalizar ese periplo, o más bien de abolirlo, haciendo desaparecer las distancias unos pocos versos, permitiendo a un poeta en ciernes, desconocido, aprehender el mundo flotante y expresarlo de manera austera, porque la Historia con h mayúscula no eran los hechos sino las historias; una multitud de nuevas ideas hormigueaban en su cabeza buscando palabras para el principio de un verso; tras ellas acechaba su ambición, su sed inextinguible, aquello no lo podía negar; tantas ideas, tantas palabras, tantas ideas desnudas, sin palabras, quizá debería escribir otro poema, pensó, y el flujo libre se interrumpió al mirar frente a él. No había obelisco y aquélla no era la place de la Concorde. Estaba en otra plaza bastante grande con parterres cuadrados. En medio sobresalía una estatuilla sin gracia instalada sobre un surtidor de mármol seco de agua.

Un buen rato después arrastrando los pies y habiendo cruzado por segunda vez todo París, como a él le pareció, vio a distancia el edificio de los dorados, con las rejas brillando a la luz de la tarde. La Maison Dorée. Sintió que volvía

de otra vida. Mientras estaba todavía lejos cambió de acera no fuera a ser que se encontrara a algún conocido y lo viera en ese estado. Pero ¿qué conocido? Era la hora de los periodistas según el evangelio de Mardaras. O más bien la hora de los artistas. Mañana vendremos aquí John y yo, decidió. Vendremos a cenar. Era como si se cobrara una pequeña venganza por haberlo obligado a temblar viendo a aquella gente despreocupada que disfrutaba de su aperitivo en el bulevar, elegante e inaccesible, el *Tout-Paris*, un avispero de imbéciles, de aquello no había duda, igual que en Alejandría, imbéciles y soberbios, qué vano pensar que eres el centro del mundo, qué grotesco, cuando dos pasos más allá te espera una cáscara de plátano, una hermosa cáscara de plátano para dejarte por los suelos; grotesco, completamente grotesco, repetía cuando, de repente, el cansancio le dio un hachazo en la nuca. Un fuerte hachazo. La vista se le nubló, un trance de desmayo invadió de golpe su cuerpo. Delante de él la gente despreocupada se estremeció, las siluetas temblaron ligeramente con los vasos en la mano antes de volver a su posición normal. Luego las piernas siguieron su camino desafinadas.

–¿Qué te ha pasado? Estás empapado –gritó John y se levantó de un salto.

–Ha llovido. ¿Cuánto rato lleváis aquí? –dijo. Mardaras corrió a llevarle agua–. Ha sido un momento, se ha secado muy rápido –añadió.

Por dentro sonreía al pensar que no había tenido que preguntar a nadie, que no había pedido ayuda de nadie.

20 de junio de 1897

Querido Periclís:

He recibido tus dos cartas y te pido perdón por no haber contestado antes. Tenía intención de hacerlo en cuanto tuviera ocasión –cuando estuviera algo más tranquilo y no tan ajetreado–, pero la ocasión no se presentaba. Ahora te escribo desde la habitación del hotel Saint-Pétersbourg de París en un momento de descanso antes de la salida nocturna. El viaje por el momento está siendo de gran interés, aunque también está resultando muy cansado. No nos ha dado tiempo a deshacer el equipaje y ordenarlo cuando ya llega la hora de marcharnos.

Es la segunda vez que estamos en París. Pasado mañana tomaremos el camino de regreso. Tengo la sensación de que llevamos fuera meses. Son tantas y tan distintas las imágenes grabadas en este espacio, tantas imágenes desordenadas una encima de la otra, alguna vez sin relación alguna, que me sería difícil hacer un balance del viaje. Al Museo del Louvre, por ejemplo, fuimos dos días seguidos, como dos estudiantes aplicados. Eso fue durante nuestra primera visita antes de ir a Londres. ¿Qué retuve de aquello? La *Victoria de Samotracia*, por supuesto, fuimos a postrarnos ante ella, la tienen colocada en un pedestal muy imponente en lo alto de la escalera Daru, la ves desde abajo y sientes una especie de veneración, luego dos o tres estatuillas caldeas que me gustaron mucho. La *Venus de Milo*, preciosa, aunque no me impresionó. También *La Gioconda*, de Leonardo da Vinci, un cuadro soberbio; a decir verdad, era como si ya lo hubiera visto. Una sospecha de *déjà vu*. ¿Serán las grandes alabanzas que todos hemos oído sobre la obra y la misteriosa sonrisa? El *Hermafrodito durmiente* de Velletri, expresivo, esa *ambiguity* te turba y al final te deja cierta melancolía. Pasé mucho rato buscando en ese laberinto una estela en relieve que representa a Cleopatra haciendo una ofrenda a Isis –en algún sitio había leído que había habido unas intervenciones posteriores, unas correcciones, incisiones en la piedra caliza que me

interesaban porque probablemente la estela estaba destinada en un principio a otro Ptolomeo— pero no la encontré. Lo que sí vi fue la escultura de la muerte de Cleopatra, de un francés, era intensamente sensual, la cabeza inclinada hacia atrás como en un éxtasis de amor. El resto de cosas que recuerdo del museo son impresiones sueltas, fragmentos. Y es el mayor museo del mundo. Quiero decir que el ojo humano retiene de manera selectiva, no puede abarcarlo todo. Con seguridad al seleccionar se le escapan obras maestras. Eso me pasó con un cuadro, creo que fue en la sala de la escuela flamenca, una obra muy oscura: los rostros parecían difuminados en una luz amarillenta, tenía algo que te dejaba extasiado, aunque el tema no era religioso; habría querido mirarlo con más atención, pero John estaba cansado y tenía prisa. ¿No sería de Goya?, me pregunto ahora. Estará en la sala de los españoles, entonces.

Aunque tengo la sospecha de que la percepción selectiva atañe más a las artes figurativas, la pintura, la escultura. Tú de eso sabes más. Por lo que respecta a la música, no estoy en condiciones de expresar una opinión; tengo que estudiarlo más a fondo. Pero la literatura es diferente. Con una novela, hasta con un poema, tienes que ocuparte en exclusiva, dedicarle tiempo, siquiera un poco de tiempo mientras lo lees; no como la obra de arte que ves expuesta entre muchas otras al entrar en una sala. Al final la novela o el poema es aquello que se inscribe en lo más hondo, lo que te deja una impronta y cuando ya se te ha olvidado la trama, quién hizo qué, te queda el «sabor»; sí, es algo como un sabor... El poema requiere, cómo decirlo, un *tête à tête*. Las salas de exposiciones recuerdan un poco una fiesta de niñas casaderas: los cuadros en un escaparate diciendo mírame a mí, yo soy más guapa que ésa... (fuimos también al famoso Salon, que me resultó agotador; aquello sí que era una fiesta de niñas casaderas, había un cuadro de nuestro Ceódoros Ralis, sobre quien tanto se ha hablado, el *point de vue* de ese pintor es algo *oriental*, afectado para mi gusto), pero qué *tête à tête* podía haber ahí si no había tiempo para nada.

Paró porque se estaba extendiendo. No sabía adónde lo llevaba aquel párrafo y, aparte de la frivolidad, había algo que no estaba bien desde el principio, como si toda la parrafada se asentara en un malentendido. No le daba tiempo a reescribir la carta, así que borró la última frase y siguió a prisa.

Mi querido Periclís, no te quiero marear con mis teorías. Por lo que me escribes, entiendo que estás bien y que tu verano ha empezado de manera agradable con excursiones y baños en Ramli. Con el tren se llega en un periquete. Me relatas una partida de cartas a la que fuiste y donde te lo pasaste muy bien –la comida estupenda y la ginebra corría en abundancia–; ibas perdiendo, pero luego te recuperaste y te fuiste satisfecho. No me dices quién más estaba por allí ni lo que hablabais o los cotilleos del día siguiente, que es lo más entretenido, como si me dieras libertad para hacer suposiciones. Me preguntas si echo de menos Alejandría. La echo de menos... no estoy seguro. Por momentos, la añoro, que es diferente. La añoro sin echarla de menos. Echo de menos a los buenos amigos, a ti el primero, evoco nuestras conversaciones. La ciudad no. Creo que me podría instalar en París o en Londres sin problema. No tendría ninguna dificultad en adaptarme. Más bien en Londres, que encaja más conmigo por mi educación. Le haría mucho bien a mi poesía mudarme a un sitio así. Castillos en al aire, me dirás. Dentro de poco estaré de vuelta y los recuerdos del viajero ocasional se esfumarán a toda velocidad.

Es verdad que la perspectiva cambia cuando estás en Europa. En Alejandría todo parece lejano, como si sucediera en otra realidad, hasta las vivencias propias que nos asustan, las vivimos con un extraño distanciamiento. Los acontecimientos, las guerras, los choques de ideas suceden en otra parte. Los seguimos como a través de una lente borrosa, sin sentir su intensidad. Como en la caverna de Platón, vemos nada más que las sombras. ¿Será porque somos emigrados, de alguna manera apátridas? No lo sé.

Ya me estoy extendiendo otra vez, pensó. Por no decir que la carta se estaba volviendo algo desagradable y era fácil distinguir un punto de queja o descontento.

Tu primera carta en la que me hablabas de esa familia amiga tuya de Marsella la recibí el día antes de salir hacia París. No había tiempo de hacerles una visita, a pesar de que me habría encantado conocerlos y ver su mansión con los cactus y los rosales que me describes. Por desgracia, me temo que a la vuelta tampoco vamos a poder verlos porque entre la llegada del tren y la salida del *Congo* median muy pocas horas.

No me acuerdo de en cuál de tus cartas me hablabas del nuevo tomo de Ruskin que habías comprado. ¿Has empezado a leerlo? ¿Qué impresión te ha dejado? Quiero que me lo prestes, prometo devolvértelo pronto. Después de que te lo leas tú, claro está. Sé que todavía no te he devuelto aquella novela de Anatole France, me la he quedado mucho tiempo, quería leerla una vez más antes de venir a París y la verdad es que me ha sido útil. Te la devuelvo en cuanto regrese.

Me escribes también que T. está considerando publicar un poema mío en su revista. Me alegraría mucho. Por lo que dices, no he comprendido si ya está decidido o si sigue pensándose. En cualquier caso, los poemas que le había dado necesitan una pequeña revisión. Hazme el favor de intentar verlo y, si entiendes por sus intenciones que va en serio, pídele que me espere a toda costa. Cuando vuelva le daré la versión final. Que no se te olvide, Periclís. Te lo agradezco de antemano.

Visitamos unas cuantas buenas librerías en Londres, vi una edición preciosa de *La revuelta del Islam*, de Shelley, encuadernada en piel con papel mate que parecía tejido. Era muy cara, no la compré. Por lo demás, Londres vibra con las celebraciones del *Diamond Jubilee*. Una gran muchedumbre. Nos encontramos con familiares y viejos amigos. Comimos en Star and Garter en Richmond; el servicio, extraordinario; en cuanto a la comida, buena calidad y presentación, pero el sabor *laissait à désirer*. Los ingleses, hasta el rabo de buey, si les das, se lo comen sin masticar.

Aquí en París se ha desatado una tormenta con el caso Dreyfus; se trata de un capitán judío que fue condenado hace tres años por alta traición, seguro que conoces la historia. Desde entonces, se encuentra en el penal de la isla del Diablo, se dice que lo tienen cautivo en unas condiciones terribles y mucha gente defiende, y al parecer con motivos fundados, que es inocente, que el juicio fue una *mise en scène*. La cuestión ha cobrado dimensiones de cisma nacional. Francia está dividida en dos bandos, al igual que el mundo del arte francés. Hay hermanos que han dejado de hablarse y cónyuges que se comunican por medio de notas.

Se detuvo. Aquello de los cónyuges que se comunican por medio de notas le recordaba algo que había escuchado en algún sitio. Eran palabras de Mardaras. Cómo era posible que lo persiguiera hasta en la carta que estaba escribiendo. Borró la última frase y se quedó pensativo. Fuera la luz caía.

John debía de estar esperándolo para tomar el té. Iba a acabar la carta rápido y a bajar.

Me gustaría aprovechar para preguntarte una cosa. ¿No habías ido varios años en los carnavales a casa de Benakis a ver el corso? Me acuerdo de que me hablaste de las cestas de flores que lanzabais por el balcón y de la hija mediana de Benakis, Pinelopi, que estaba un poco rara por aquel entonces, una idiosincrasia particular. Luego cuando lo comentamos tu suposición era que había algún amor infortunado y después nos enteramos de qué se trataba. ¿Había aquel día algún invitado que se llamara Mardaras? ¿Te suena de algo el nombre? Nicos Mardaras. Bajo, con cabeza de borrego. Se nos ha pegado como una lapa aquí en París.

Borró la última frase.

Me resulta superficial y estrecho de miras pese a su enorme cabeza.

Volvió a borrar la frase.

Lo conocimos ayer y me gustaría saber tu opinión sobre él en caso de que lo hayas conocido. A John le ha caído muy bien, pero a mí me parece algo *superficiel*. Figúrate, es secretario de Moréas, sin sueldo, claro, y se ocupa de su correspondencia. Ayer fuimos con él a casa de Moréas –que está de viaje por Grecia–. Tiene una biblioteca inmensa. Me resultó un poco parcial, aunque no tuve tiempo de mirarla de manera sistemática. Moréas, como sabes, es un nombre grande en París; a cada tanto está bautizando un nuevo movimiento poético. Qué quieres que te diga, soy algo escéptico. Lo último que leí de él, *Le Pèlerin passionné* no me apasionó en absoluto.

Borró todo lo relacionado con Moréas y miró el papel. Mejor sería que pasara a limpio la carta desde el principio. No podía mandarlo así. Daba la impresión de alguien que cambiaba de opinión constantemente o se dejaba llevar y escribía algo que quería ocultar y luego lo tachaba. Pero no había tiempo. Se quedó absorto con la pluma en la mano. El asunto Moréas requería un tratamiento delicado. Se inclinó sobre el papel y empezó a escribir:

Me he enterado de que Moréas ha elogiado mi poesía. Tiene una biblioteca muy rica, famosa en todo París, y al día, con las últimas ediciones. Y hablando de Moréas, me acabo de acordar de que no te he devuelto todavía el poemario *Le Pèlerin passionné*; no tengo perdón. Te lo daré en cuanto vuelva, junto con el libro de Anatole France. Por lo que respecta a Mardaras, ya me dirás si te acuerdas de algo. Ayer charlábamos sobre la guerra y tuvimos un encontronazo. Ya conoces mi parecer y quienes piensan que las lamentaciones son muestras de patriotismo no me convencen. En fin.

Se me olvidó darte las gracias por visitar a nuestra madre. Se alegró mucho de verte. Me escribes que la encontraste sola con la sirvienta y que se quejaba de que hacía tiempo que no salía. Por desgracia, Pavlos se pasa el día en los cafés como si no fuera consciente de sus responsabilidades.

Borró la última frase y continuó.

Pavlos hace lo que puede, pero se ha encontrado con una gran responsabilidad desde que marchamos. Él también tiene sus compromisos. Cuando lo invitan tiene que corresponder.

Y una última cosa que te va a gustar. Circulan rumores de una «casa» misteriosa a la que llaman el Arca. No está claro qué es lo que sucede allí dentro; se dice que es un antro de placer que frecuentan aristócratas y plebeyos. Se encuentra en un lugar de difícil acceso cerca de las murallas de la ciudad y está custodiada día y noche.

Voy a intentar ir con John y luego te contaré mis impresiones.

Cuando repasó aquel fragmento le pareció exagerado y añadió:

Lo más seguro es que se trate de una *fantaisie*. Nuestro informante es Mardaras, así que tengo motivos para dudar.

Ahora estoy rendido. He estado dando vueltas por París todo el día. Hoy era la Promenade de la Vache enragée en Montmartre. Un carnaval que organizan los artistas con música y máscaras. Algo parecido a nuestro corso. ¡Qué bullicio! Hasta aquí las noticias que tenía que darte, nos vemos pronto. Dentro de una semana estaré de vuelta.

Te escribía antes que tengo la sensación de que llevo meses fuera. Quizá

cuando vea Alejandría desde lo lejos, desde el puente del barco al entrar en el puerto, me parezca que nunca me he marchado.

Gracias de nuevo por tus cartas.

Tuyo,
CONST. CAVAFIS

P. D. Al releer ahora mi carta, veo que está muy descuidada con tantos borrones y con los pensamientos plasmados de manera desordenada. La pasaría a limpio, pero estoy agotado; sé que sabrás perdonarme. Saludos de parte de John.

Se metió la carta en el bolsillo sin volver a leerla. Eso último sobre Alejandría suena un poco falso, dijo para sus adentros. Y le he hecho creer que fui a la Promenade. No importa.

Es la luz que cae por la Punta della Dogana y crea ese reflejo. Si estás en la piazza San Marco parece que ha subido la marea. Llegan olas que te rompen en los pies en el muelle y al irse se forman remolinos. Ves la espuma hincharse. ¿Cuántas copas de coñac habías tomado? Escúchame, el canal parece inmóvil. Si miras hasta Rialto la superficie parece una balsa de aceite. El nivel del agua permanece el mismo. Una ilusión óptica. La luz es más intensa en ese momento. El sol cae por la Punta della Dogana y parece que revienta. Yo también lo he observado. Me impresionó. Tanta luz; y las aguas, vampiras. En el momento en el que vamos al ensayo. Un fenómeno curioso. La culpa es del coñac que habéis bebido en el hotel. ¿Coñac? ¿Te refieres a ese vinagre de cebada tan cabezón?

El que había hablado último estalló en una carcajada profunda y desbordante y algunos rieron con él.

–En el Fenice los camerinos son horribles –dijo una voz masculina que no se había escuchado hasta entonces. Su francés era titubeante y con mucho acento.

Una mujer soltó algo en ruso y otra añadió en francés:

–La vieja que limpia te está esperando con la mano tendida.

–Y las ratas. No he visto ratas más grandes que las de Venecia –dijo la misma voz masculina. Debía de ser muy joven y había un matiz triste en su tono.

Intentó mirarlo, pero el joven estaba en el extremo del grupo dándole la espalda. La conversación volvió a la Punta della Dogana, el que hablaba parecía extasiado, se había sentido como si se abrieran los cielos, según decía, tanta luz difundiéndose, bloques de luz y las aguas subiendo, se expresaba en francés con mayor facilidad que los demás; varios lo hablaban mezclado con el ruso, y le pareció que de vez en cuando había traducción, seguramente había algún francés entre ellos.

–Las nubes más hermosas están en Venecia –dijo el mismo joven. Su tono no era triste como había pensado al principio, sino un poco vacío, plano. La voz de alguien que no ha vivido todavía.

Se levantó por un periódico de la mesa de al lado y de paso para verlos

mejor. El joven tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombro. Tal y como lo veía desde atrás, parecía más bien de estatura mediana y tenía el pelo castaño ondulado. El cuerpo se apoyaba relajado en el respaldo de la butaca, el brazo derecho colgaba y dibujaba círculos imprecisos. En el grupo había otras cinco o seis personas más, todas rusas, seguramente bailarines de *ballet*, y un francés, más mayor, seguramente el empresario. Debían de estar organizando su *tournee* por Europa y Venecia debía de ser una de las etapas. John estaba tardando mucho, se habría quedado dormido. Se había apresurado a terminar la carta sin motivo. Con el periódico en la mano, cruzó la sala y se sentó en una mesa que ofrecía mejores vistas. Movimiento equivocado. Estaba lejos, no escuchaba la conversación y el joven, aunque vuelto tres cuartos hacia él, estaba oculto entre dos mujeres que agitaban con furor sus abanicos. Dobló el periódico y se levantó. Había una mesa pequeña apartada algo encajada entre el grupo y la pared de la que no se había percatado antes. Se acercó y tomó asiento. Empujó la mesita para que le cupieran las piernas. Claro que iba a resultar algo extraño que hubiera escogido aquel sitio tan incómodo. El brazo de su butaca rozaba el respaldo de la butaca del joven.

John asomó por la entrada de la sala y le hizo una señal con la mano.

–Perdón, perdón... Estaba rendido después de la Promenade –dijo al acercarse.

Detrás de él venía un hombre canoso de facciones secas con el cuello de la camisa abierto acompañando a una mujer gruesa embutida en un corsé que daba grititos.

–Un refresco, un sirope, rápido –gorgoteó buscando con la mirada a su alrededor.

–Buenas tardes, señor conde –dijo en voz alta un camarero apresurándose hacia ellos–. *Madame la comtesse* –dijo bajando el tono y haciendo una reverencia. El *maître d’hôtel* apareció corriendo. Hizo una reverencia él también. Después los dos empezaron a retroceder inclinados hasta que la pareja decidió dónde quería sentarse.

–Allí, allí –señaló la condesa. Un *valet* con guantes apareció de la nada llevando en brazos un caniche. Nada más dejarlo en el suelo, a los pies de la condesa, el perro emitió una especie de graznido y el *valet* se arrodilló y lo volvió a tomar en brazos.

El joven se había vuelto y observaba. Tenía los ojos grises, ensombrecidos

por unas pesadas pestañas. La piel, blanca, casi transparente, y la nariz, viéndolo de perfil, parecía un garabato, pequeña con agujeros delgados, un poco respingona. Los ojos eran de un gris claro. El color del mar en un día de lluvia.

–*Madame la comtesse* –dijo John sonriendo–. Perdona el retraso, era incapaz de despertar del letargo. ¿Por qué te has metido aquí?

–Qué vergüenza. Estoy de los nervios. Todo este rato y el personal desaparecido. Ha tenido que llegar el señor conde.

En el otro extremo de la sala, el conde miraba serio con su monóculo, la condesa se daba aire, el *valet* estaba parado en posición de firmes con el caniche.

–Ratas bien alimentadas –dijo el joven. Todo el grupo de los rusos se rio.

¿Sería una alusión al conde y la condesa? El muchacho debe de tener sentido del humor, pensó.

–¿Te has enterado? Debido al mal tiempo, el canal de la Mancha estará dos días cerrado a la navegación. Menos mal que nos adelantamos –dijo John–. ¿Qué vamos a tomar, té o chocolate? –buscó al camarero a su alrededor. Y justo después–: ¿Te da pena volver?

No respondió. Un rizo del joven bailarín había asomado por encima del respaldo de la butaca y estaba al alcance de su mano. Pelo suave, recién lavado, con reflejos luminosos. Y había algo como un olor exquisito que le llegaba a ratos. Algo puro, indefinido.

–Un momento, estoy pensando algo –dijo. Respiró profundamente cerrando los ojos. Olor a leche y trigo fresco. Luego se volvió a su hermano–: ¿Qué decías?

–¿Me vas a resolver el misterio por fin? ¿Fuiste al final a la Promenade o no? Estabas tan rendido cuando llegaste que no me atreví a preguntarte.

–Claro que fui. –Se giró un poco hacia la pared y dejó el hombro apoyado en la butaca del joven. Con la manga rozó ligeramente el brocado.

–Sigo sin entender cómo nos perdimos. Mardaras y yo te estuvimos esperando mucho rato en el bulevar. Tuviste que torcer en alguna parte, no queda otra. Si te soy sincero, se me pasó por la cabeza que a lo mejor lo hiciste a propósito para escapar de él.

–No, no era eso. Seguramente me distraje en el camino –murmuró.

–Te estuvimos buscando en Montmartre también. ¿Dónde estuviste, por el Moulin Rouge?

Aquel lento roce lo había excitado.

–Nosotros nos quedamos en la place Blanche, vimos el desfile desde allí. Luego dejé a Mardaras y atravesé con mucho esfuerzo la multitud para buscarte por el otro lado. Tanta gente, un espectáculo impresionante. Y esa musa, la señorita Stumpp.

–Una musa estrafalaria.

–¿Eso te parece? A mí me pareció atractiva y bastante recatada. Mardaras la cubrió de confeti.

Ahora el grupo de los rusos se reía a carcajadas de algún chiste.

Se apoyó sobre el brazo de la butaca para llegar mejor. Estiró las piernas. La palma de su mano rozó la tela de la butaca del joven y la acarició suavemente.

–¿Qué carroza te gustó más?

Había unas durezas en el tejido que le producían agitación. La textura era sedosa, pero había puntos en los que la atravesaban hilos duros como nervios.

–La de la Fantasía, ¿qué me dices? El artista hambriento en su taller con la batuta mágica se llevó muchos aplausos. La Quimera también muy acertada, creo –John miraba por detrás de él trayendo a la memoria las instantáneas de la Promenade.

Otra vez se reían los rusos. Le pareció que la butaca del joven se había movido. Un temblor, una nada. Dibujaba círculos con la mano sobre la tela. Buscó los hilos duros y frotó el pulgar sobre ellos.

–*Vivez d’amour et d’eau fraîche* –decía John.

Enfrente, el conde, la condesa y el *valet* parecían congelados en un *tableau vivant*, la mirada vacía, la boca cerrada. La butaca del joven se movió. El pelo se le resbaló algo más hacia abajo. Siguió acariciando la tela con suavidad presionando con la punta de los dedos. Círculos más pequeños, círculos más grandes.

–Sí que saben ser satíricos los franceses, lo llevan dentro. Tenía gracia. ¿No? *Vivez d’amour et d’eau fraîche* –repitió John.

Volvió a aspirar aquel olor que lo volvía loco. Rápido, despacio, rápido, dijo para sí. El rizo del joven se encontraba muy cerca de él. Despacio, más despacio. La palma de su mano se detuvo y siguió presionando ligeramente. Sentía en su piel el relieve del brocado. Algo duro, un hilo de oro sobresalía, más grueso y como encolado. Extendió un dedo; bajo esa trama la superficie era lisa, homogénea, no había hilo. Palpó alrededor, pasó por encima de él, lo

perdió, lo volvió a encontrar. Era una vena que atravesaba el tejido y se cortaba a cada tanto. La siguió con dos dedos palpando a ciegas. Un adorno con una trama muy densa cosquilleó su tacto. Su excitación iba en aumento, y el pulgar, como poseído, empezó a frotarse contra la tela.

–Aunque prefiero el corso de Alejandría. Quizá sea por los recuerdos que me trae. Lo vemos desde pequeños. Y toda la gente que te encuentras allí.

–El corso es más familiar –dijo por decir algo. Su voz sonó áspera, de alguna profundidad desconocida.

–Justo eso es lo que estaba pensando.

El codo del joven sobresalió por encima del brazo de la butaca. Curvo dentro de una manga de fieltro negro algo gastada. «*Ochi chornyye, ochi strastnyye*», cantó alguien del grupo, y otro lo interrumpió preguntándole su opinión sobre algo. El codo del joven se retiró. Y de inmediato el bucle se puso a bailar desde lo alto como jugando con él. Su mano se abrió y se volvió a cerrar. Se acarició las yemas de los dedos con el pulgar durante un momento. El movimiento paró, los dedos se quedaron contraídos. Fin. Debía tranquilizarse. Tenía la boca seca, los labios se le quedaban pegados. Basta, dijo para sus adentros. Y el mismo olor exquisito llegó de nuevo a él para llevárselo cautivarlo, y respiró profundamente con los ojos entrecerrados queriendo retenerlo todo y saborearlo con la boca, que ahora sentía húmeda, empapada en saliva, encerrarlo dentro de sí y aspirarlo una y otra vez, absorberlo todo, la leche, el trigo fresco, los tallos húmedos recién cortados, el viento del sur que barre con violencia la tierra sedienta, las primeras gotas que caen sobre el suelo seco quemado por el sol, con qué avidez las sorbe y no se sacia, los brotes nuevos que salen meciendo los delicados cuellos. Ese olor puro de la piel blanca lo había embriagado. Respiró más profundo y trató de retener el aliento dentro. Los dedos palparon el brocado, encontraron solos los hilos duros, el relieve, la trama dorada, se frotaron contra ellos. Arrastró el índice a lo largo de la espalda del joven, se detuvo donde estaría su cintura, las pequeñas concavidades, los hoyuelos de los riñones. Hundió la uña en la tela hasta que le dolió.

–Dichoso camarero. ¿Qué estará haciendo? Vamos a tomar el té a la hora de la cena –se quejó John.

Sigue, sigue, dijo para sí.

Se encontraba en éxtasis.

–¿Qué te pasa? ¿Te pica la mano? –preguntó John.

–Sí, no... –dijo, y su voz salió de un pozo con piedras.

El camarero apareció para tomar nota y se marchó.

–¿No he hecho bien en decirle lo que le he dicho? El servicio es pésimo – dijo John.

Tenía el rostro encendido. Una lluvia de manchitas bailaba ante sus ojos mientras la mano seguía acariciando el respaldo de la butaca un poco más abajo, fuera del campo de visión de su hermano, cerca de las de los riñones.

–Aunque debería habérselo dicho al *maître d'hôtel*, él tenía que haber recibido la reprimenda, ¿qué te parece? O mejor todavía la dirección del hotel.

Tenía que sosegarse. Apenas se contenía.

–Yo –empezó a decir, pero no pudo seguir.

Iba a ir al baño. No mejor a su habitación. Podía encontrar una excusa. Diría que... Sigue, sigue, se dijo a sí mismo y rasgó la tela con la uña.

–Vamos a cambiarnos de mesa –dijo John viendo que el camarero se acercaba con la bandeja.

No podía levantarse ahora. Un poco más, dijo para sus adentros. Un poco más. El dedo se coló por la hendidura de la tela, la abrió, pasó entero por el agujero. Se encontró en medio de algo denso pero suave, una mezcla de fibras delicadas y recias. Removía la mano, metió otro dedo más. Más adentro el material se volvía impreciso, esponjoso y templado. Parecía que llegaba hasta allí mismo el calor del cuerpo del muchacho, su dulce calor y aquel exquisito olor que lo envolvía. Le pitaban los oídos. Palpó algo más duro y avanzó escarbando con el aliento entrecortado. Metió un tercer dedo, atrapó una hoja, ovillos de fibras. Dios mío, un minuto más. El camarero se había inclinado sobre su mesa. Otra hoja, y más ovillos, al final un alambre que se le clavó, y por poco da un grito.

El camarero colocaba las tazas sobre la mesita.

–Pero ¿qué hace? No cabemos aquí. Dile que lo recoja todo de inmediato – dijo, y se puso de pie.

Algo sucedió en el otro extremo de la sala. La condesa regañaba al *valet* agitando su pañuelo. El conde se levantó de un salto empujando hacia atrás la butaca; un espasmo de dolor en su rostro ceniciento.

–Georges –gritó la condesa.

Tres camareros corrieron.

Una mierda negra decoraba el suelo de mármol. El caniche lo olía con la lengua colgando, indeciso sobre si chuparlo.

–Georges, Georges –decía la condesa. El conde miraba al infinito con la misma expresión de dolor. Los camareros se habían colocado en círculo esperando instrucciones, mientras que el *valet*, de rodillas, intentaba llevarse de allí al perro, que amagaba con morderlo y emitió aquel horrible graznido. Rojo como un tomate, lo tomó en brazos y se puso de pie.

Al fondo, el grupo de los rusos parecía absorto en una discusión. Se alzaban voces, el empresario gesticulaba irritado, pero el muchacho no parecía participar, había vuelto la cabeza y observaba la escena del perro.

Un sirviente entró en la sala transportando escobas y trapos. Detrás de él apareció otro con un cubo de agua. Luego, la figura del anciano conserje se asomó por la entrada, dio un vistazo y desapareció.

–El pobre Georges, ése es el que va a pagar los platos rotos al final –dijo John.

–Georges es el caniche, no el *valet*.

–*Nonsense*. ¿Qué estás diciendo?

–¿Nos apostamos algo?

Era curioso, pero se sentía casi descansado. Y, además, de buen humor. Aquella cabeza de rizados castaños al fondo de la sala tenía parte de culpa. Tal y como lo veía desde la mesa a la que se habían trasladado para estar más cómodos prácticamente *en face*, podía observar pequeños detalles pese a la distancia que los separaba, quizá no detalles, sino los rasgos distintivos que hacen único un conjunto, cómo sus muslos tensaban el pantalón, cómo cruzaba las piernas y las descruzaba inmediatamente después como si fuera a levantarse pese a que se quedaba en calma, hundiéndose cada vez más en la butaca, aparte de algo soñador en sus movimientos, en la manera de volver la

cabeza o de pasarse distraídamente la mano por el pelo o cuando un dedo se paraba casualmente al lado de la boca. Esos labios están hechos para besarlos, pensó, y la locura que se había apoderado de él poco antes, aquel delirio con la butaca, le provocó una ligera sonrisa.

–Mira, Georges le ha pegado un bocado al *valet*.

–¿Insistes?

–¿Sobre Georges?

John se rio. Estaban los dos en buena forma. Mardaras iba a pasar más tarde a recogerlos acompañado de una señora, madame de...; se le había olvidado el apellido, pero *de* tenía. Mientras seguía observando al muchacho por el rabillo del ojo, pensó que era buen momento para hablarle a su hermano de la anotación de Moréas. Sería la única manera de atenuar aquel borrón que no iba a desvanecerse fácilmente, lo avivaba en su mente sintiendo que excavaba su venenosa madriguera y sabía que lo iba a torturar mucho tiempo, quizá años, punzándolo una y otra vez en los momentos más inopinados hasta destrozarlo. Podrían comentarlo sosegadamente, estudiando todas las interpretaciones; ¡como si hubiera muchas interpretaciones de esas tres infames palabras! Como si no significaran su condena literaria, pensó, y las volvió a ver escritas delante de él con lápiz rojo en el sobre, encima del escritorio de Moréas. *Pobreza expresiva. Torpeza*. Pero por lo menos John lo calmaría. No aguantaba pasar una noche más sin dormir. No era la primera vez que conversaban sobre temas por el estilo, John tenía su propia manera de abordarlos, completamente racional, desapasionada, como cuando aquella vez una revista rechazó un poema suyo y se habían pasado la noche entera desmenuzando la nota que anunciaba el rechazo, dos líneas escasas, ni siquiera; las palabras de su hermano lo habían ayudado a verlo sin sentimentalismos, a desnudarlo de la cáscara del fracaso y, sobre todo, a colocarse a sí mismo como poeta dentro de una perspectiva que incluía dificultades y obstáculos, obstáculos superables para su talento, una perspectiva entre tempestades que al final parecía apasionante y cobraba vida ante él a lo largo de aquella noche, en la que hacía un calor tremendo –las chicharras se habían callado, la vela se había apagado–, mientras que la silueta de su hermano vacilaba en la oscuridad del cuarto y su voz reposada lo tranquilizaba, infundiendo confianza, sin halagarlo en exceso, lo cual habría sido la solución fácil.

Estaba a punto de hablar cuando se percató de cierto movimiento en el

grupo de los rusos. El empresario se había levantado y se había acercado al muchacho. Arrastró una butaca para sentarse cerca de él, el muchacho empujó la suya para hacerle hueco, y el respaldo completo de la butaca, con el agujero tal vez, quedó expuesto a los ojos de todo el mundo.

–Tengo un plan, espero convencer a Mardaras –decía John.

–Un momento.

–Quiero que me digas tu opinión. ¿Adónde vas?

–Se me ha olvidado el periódico.

–Escúchame, si el Arca existe... Quiero decir sólo y en el caso de que el Arca exista, tenemos que ir como sea antes de marcharnos de París.

–Mañana vamos a ir a la Maison Dorée –dijo. Antes de que su hermano pudiera reaccionar se alejó a grandes zancadas.

Pasó por delante del trío del perro que había recuperado su pose de *tableau vivant* y avanzó hasta el fondo de la sala. El periódico seguía allí, doblado sobre la mesa. Se detuvo detrás de la butaca del joven y, tal y como se encontraba de pie, se inclinó haciendo como que leía. Veía el agujero, que era de grande como una nuez, una nuez carcomida. Fibras, hilos dorados y algo peludo de color marrón salía de sus adentros. Hay que ver qué estropicio, pensó, y le dieron ganas de reírse. Empujó la mesita para taparlo. Se volvió a inclinar sobre el periódico, arrastró lentamente un dedo por encima de las pequeñas letras negras. Sus altezas el príncipe y la princesa de Nápoles se marcharon ayer por la mañana de París en un tren especial... Estiró la pierna y rozó la butaca del muchacho.

Ahora se va a volver a mirarme, dijo para sus adentros.

Le Figaro, domingo, 20 de junio de 1897.

Esperó. En el otro extremo vio a John que se había vuelto hacia él.

El título del editorial era «*Bombes et cyclones*».

Continúan las investigaciones sobre la persona de la bomba o las bombas porque ya se han encontrado tres, y parecen fabricadas del mismo modo. Han sido trasladadas al Laboratorio Municipal con el mayor de los cuidados...

Leyó algo más abajo: Nos enteramos de que dentro de la bomba había clavos, pólvora... ¿No me tomaría por terrorista el portero que me echó a la calle por la mañana?, se preguntó. Cerró los ojos un instante e inspiró. El olor ya no estaba allí. Pero se va a volver a mirarme, se repitió a sí mismo. De eso estaba seguro. Tenía la absurda certeza de que el muchacho se iba a volver hacia él, bastaba con que esperara allí, bastaba con que lo deseara

intensamente, bastaba con que su deseo mantuviera la intensidad. Como si estuviera en un encuentro espiritista y la aparición del fantasma dependiera de su fe y su devoción.

John le hizo un gesto impaciente desde lo lejos.

Siguió leyendo. Dickens ya había descrito la condición psíquica del criminal vulgar, del asesino al que la policía busca y no encuentra. Pero en aquella época la prensa no era como hoy en día, el reportaje prácticamente no existía, los *faits divers* no ocupaban en la vida de los pueblos un lugar... Los rusos hablaban en alto, otra vez estaban en desacuerdo. No oía nada. Con el costado de la pierna rozaba con suavidad el brocado. Voy a esperarme hasta que me mires, dijo para sí. Mírame. Sé que me vas a mirar. El individuo de las bombas debe de pertenecer a esa escuela, así que en su caso hemos de reconocer que en estos momentos será uno de los parisinos que lo disfrutaban más o si le suponemos educación superior, uno de los que tienen una concepción del arte de las más agradables». Con una sacudida, la butaca se le echó encima. Le golpeó en los riñones. Los rusos se levantaban para irse. El muchacho se volvió y lo miró.

Ojos grises con reflejos húmedos. Se miraron en silencio. Boca rebosante y madura en contraposición con el rostro infantil. Algo perverso en esa boca. Una contracción en los labios, algo doloroso en las comisuras. Besos, besos y luego sollozos nerviosos, pensó.

Ya se iban empujándose los unos con los otros en tropel. Un momento, indicó con la mano a John, que estaba harto de esperar. Se inclinó sobre el periódico. La tormenta parece haber pasado, la presión barométrica... Sin embargo, el mal tiempo seguirá en el canal de La Mancha. La temperatura ha caído. En París la temperatura fue ayer de 15 °C a las ocho de la mañana, 17,5 °C al mediodía y 19 °C a las dos.

¿Era idea suya o los ojos del muchacho se detuvieron sobre los suyos, no de manera insistente, pero como si quisieran hablarle? Aquel gris con surcos subterráneos. Aquella boca que fácilmente podría estrujarse. Los labios llenos, algo pesados, casi una torsión en las comisuras. Podrías morder aquellos labios, sorberlos y ellos devolvértelo con pasión y luego al separarte de ellos para mirarlos, distinguir algo remotamente disoluto dibujándose en las esquinas, las marcas invisibles de una probable perversión. Mientras cruzaba la sala intentó verse a sí mismo a través de la mirada del muchacho. ¿Había resultado al menos atractivo?, se preguntó.

–Llevo bastante rato dándole vueltas a algo –dijo John–. Quiero que me digas si estás de acuerdo.

–¿En relación con el Arca?

–Sí, sí. Aunque ahora con la propuesta de la Maison Dorée no sé qué decir, estoy confuso. Eres un caso, hermano. Me sorprendes como si te acabara de conocer. A ver que piense... ¿A lo mejor podíamos combinar las dos cosas?

El plan de John era poner la excusa de que otro conocido les había hablado del Arca. Alguien que había pasado por el hotel aquella tarde para tomar té con ellos, o mejor todavía alguien que Constandinos se había encontrado en Montmartre. Aquello sonaría más lógico, porque todo el largo rato que duró la Promenade daba margen para confidencias. El conocido –más tarde ingeniarían el nombre y la ocupación– los había invitado a ir con él al Arca, había insistido incluso. Ellos, sin embargo, preferían ir con Mardaras debido al fuerte vínculo amistoso que se había creado de manera inesperada entre los tres en un solo día, y aquí estaba lo delicado del asunto en opinión de John, porque Mardaras nunca los había invitado a ir con él, precisamente hablaba del lugar de forma conspiradora, como si se tratara de una logia masónica. Por tanto, tenían que poner la excusa de que había habido por parte de Mardaras una especie de invitación o que ellos así lo habían entendido. Doble excusa. La excusa de la excusa. La segunda, claro está, era la más difícil, tenían que comportarse de tal modo que pudieran infundirle la idea a Mardaras y que él sintiera que, en algún momento, en algún momento indeterminado, quizá la noche anterior, les había propuesto o había dejado caer la propuesta de ir juntos al Arca. Como en los faroles que se hacen jugando a las cartas. Claro que el plan era para la noche siguiente, su última noche. Esta noche, la presencia de madame de... era vinculante en lo que respecta al Arca. A no ser que madame de... se fuera a casa a tiempo, porque entonces ellos tres quedarían libres para seguir.

–Quiero contarte una cosa sobre Moréas –lo interrumpió.

Había que introducir de alguna manera la anotación de Moréas y empezó a referir detalles de la noche anterior, en la que no había dormido bien, más bien no había dormido nada, se había levantado con dolor de cabeza, etcétera, y mientras hablaba se daba cuenta de que la introducción era inútil, bastaba con pronunciar aquellas tres palabras sin prólogos, tres palabras nada más y su hermano lo entendería de inmediato, aunque por alguna razón le costaba, y siguió el monólogo mirando hacia el otro extremo de la sala, donde el joven

bailarín estaba sentado antes; habló sobre el coche que los llevó a casa de Moréas, de las sucias crines de los caballos, las aguas inmóviles bajo el Pont Neuf y luego algo sobre Dreyfus. ¿Por qué salía Dreyfus a colación? Bastaba con que dijera tres palabras. Se entretuvo de nuevo en la descripción del trayecto en el coche, las mismas calles del Quartier Latin iluminadas por las tristes farolas, la escalera de la casa de Moréas, la sirvienta dormida, y de repente dio un salto hasta las corrientes literarias, hasta lo insustanciales que eran esas conversaciones, esos moldes en los que se trata de encerrar el Arte, todos los ismos, romanticismos, simbolismos y cataclismos, moldes que se imponen por la fuerza, como si el Arte necesitara una justificación, como si hubiera que pedirle perdón a estos imbéciles, concluyó y entendió que había alzado la voz.

–Pero, aun así, tiene que haber una necesidad en el Arte –dijo John–. No podemos dejarlo a la suerte. ¿Qué astillas de qué palos?

–¿Necesidad? –se escuchó a sí mismo decir. El Arte era ante todo placer. Un placer exigente que pocos eran capaces de apreciar. Necesario como el juego que libera la mente del niño de la penosa lección del colegio, necesario porque permite a la expresión superar las coerciones del pensamiento convencional, si John aceptaba esto, estaría de acuerdo con él en la necesidad, pero si insistía en atribuir al Arte algún papel social, una misión de domesticación, él se declaraba completamente en contra, y, en cualquiera de los casos, todos aquellos ismos no traían mejores poemas, eran como esas capelinas que no embellecen el rostro. ¿Qué estoy diciendo?, se preguntó. Si iban a hablar de la anotación de Moréas debía dejarse de palabrería, si no, no les iba a dar tiempo. *Pobreza expresiva. Torpeza.* ¿Qué hora era? La conversación le fatigaba. La butaca agujereada se encontraba justo en frente de él, en diagonal. Cómo le gustaría ver los ondulados cabellos cayendo por el respaldo, resbalando por el brocado, mirar otra vez aquellos ojos, los labios. Pero mejor cerrar aquel asunto. Habló de la biblioteca de Moréas, que, aunque riquísima, le había parecido parcial, del libro de aquel joven escritor, Marcel Proust, protegido de Anatole France, que buscaba sin éxito, y, mientras escuchaba su voz, cada vez más plana y macabra, entró con paso de sonámbulo al estudio de Moréas y avanzó hacia el cadalso que estaba iluminado una lámpara de gas y parecía una madriguera debido a la inclinación del techo. O parecía más bien un refugio, aunque la luz era demasiado cruda, fría... Se iba acercando cada vez más. La luz caía sobre

una mesa casi vacía, demasiado ordenada. No parecía el escritorio de un poeta. Más bien el escritorio de algún alto funcionario. Había un candelabro doble y una pila de hojas en blanco.

–Tintero, abrecartas, papel secante, todo orden –dijo, y se quedó en silencio.

Veía delante de él el sobre de los poemas. Leyó el destinatario, *Monsieur Jean Moréas, Rue... Paris, France*, y la anotación a lápiz rojo.

No era capaz de decir nada más.

–Qué buena descripción. Es muy interesante el espacio privado de un poeta, revela muchas cosas –dijo John.

Salvo por el trío del perro, la sala se había vaciado casi por completo. Al fondo, por el pequeño pasillo que llevaba a las cocinas, pasaban las sombras de los camareros. Sombras grandes, sin cabeza.

–He oído que la casa de Hugo en Guernsey es del todo *extravagant*. Donde estuvo exiliado. Un mausoleo negro. Pero no te quiero interrumpir, sigue, estamos en el mejor momento, en el escritorio de Moréas.

–Estos meteorólogos no tienen ni idea. Anuncian baja temperatura en París, 15 °C; o sea, 60 °F nada más, y pasa de 85.

John lo miró sorprendido.

–¿Y eso qué tiene que ver? –preguntó.

–Nada.

La expresión de su hermano seguía siendo de perplejidad, así que añadió:

–Lo he leído en el periódico, una asociación casual.

Su mente corría ya por otra parte, por algo pequeño, minúsculo. Cuando estaba entrando medio minuto antes en el estudio de Moréas, mientras intentaba hablarle a su hermano y no dejaba de alejarse por recodos sin conseguir pronunciar las fatales palabras, ¿se había fijado en algo que había en el suelo, algo que brillaba, sobre el parqué de Moréas? Pero se le había pasado, angustiado como estaba por la anotación, había pasado por encima con paso torpe avanzando hacia su condena literaria, subiendo directamente al cadalso, bajo la presión de la necesidad de hablar para liberarse. Ahora daba marcha atrás. Se volvió, dejando el sobre encima de la mesa. Se inclinó para ver mejor. No había nada en el suelo. Pero antes estaba allí. Era algo muy pequeño que brillaba, ¿un desperdicio quizá?, un papel dorado caído, algo impreciso, una menudencia de la que se había percatado por el rabillo del ojo y que tenía brillo propio, algo tembloroso, pero apreciable, no podía

ser un desperdicio, seguramente un papel quemado, algo que se había borrado antes de poder leerlo. A lo mejor no lo había visto, lo había oído. El nombre como un susurro blanco pasó junto a su oído en su avance hacia el escritorio de Moréas. Una palabra. Una palabra en el suelo. Estoy haciendo el ridículo, pensó. Pero la palabra estaba allí y tenía que agacharse a recogerla. Trató de concentrarse, volviendo un poco la espalda para aislarse mentalmente de su hermano. Una menudencia. Una menudencia, dijo para sí. Que se había borrado. Pero no se entregó a la desesperación y se esforzó por concentrarse mejor, y en efecto había una palabra, una palabra perdida en alguna parte porque no la recordaba o puede que la hubiera obviado y que no la hubiera oído bien, pero podría distinguirla entre miles de palabras, una palabra única relacionada con la Domus Aurea de Nerón. Cómo habían acabado aquellas habitaciones sepultadas bajo tierra. Las estatuas, las cortinas de damasco que ondeaban al caer la noche, los triclinios dorados. Donde los cuerpos adolescentes habían probado el placer por primera vez y hombres más maduros habían sentido un éxtasis en las lindes de la muerte, todo se había convertido en escombros, montones de piedras, polvo compacto. El polvo del tiempo. Dentro de la tierra que lo molió todo hasta convertirlo en lo que ella es, enterradas las columnas de mármol y los espejos con diamantes engastados en las finísimas cinceladuras del marco. Los espejos fatales que tantas cosas escondían en sus reflejos. ¿Por qué fatales? Espejos, espejos... Estaba cerca de la palabra, sentía que se acercaba a ella, aunque diera vueltas a su alrededor. Miraba dentro del espejo, que no era uno sino muchos, trataba de distinguir a través de una serie de lentes que devolvían fragmentadas las mismas imágenes. Los miembros armónicos; la piel de los muslos, pálida como el alabastro; el vello rubio del pecho, en otros más castaño y rizado. La lozanía de los glúteos. Los ojos grises del color del mar cuando ha llovido y adopta todos los matices desde el tono de la ceniza hasta el lila. Los labios llenos. La boca color cereza como mordida. La boca ensangrentada.

—¿Será posible que digan que las temperaturas caen cuando nos estamos muriendo de calor? —dijo John.

—Dime una palabra que empiece por ese —le pidió.

Pasaba hambre en el colegio. Un hambre tremenda. Era como un aire helado que a cierta hora alrededor de las once soplaba dentro de su pecho y no podía pensar en nada más. Panecillos dulces, pasas, chocolate. No tenía nada que comer. Debía esperar al *lunch*.

–«Solo», «soledad», «sandía» –dijo John y se rio–. ¿Qué palabra buscas? ¿Un sustantivo o una palabra que tenga significado metafórico?

«Hambre», «hambriento», «hecatombe», dijo para sí. ¿Y si la palabra empezaba por hache?

–Y ¿por qué por ese? –preguntó John.

«Hambre», «vivo», pensó. «Hambriento». Cómo se apoderan de ti las ganas de comer, de masticar, de tragar; nada más importa en ese momento, la necesidad acucia en tu interior, el estómago se te parte por la mitad, la vista se te nubla y sabes que estás vivo porque tienes hambre. «Liverpool», «luto», «lobo». Sin quererlo, había dejado la Domus Aurea y se encontraba ahora en su antiguo colegio en Inglaterra, un día de invierno o de otoño, no tenía importancia, la fina lluvia seguía cayendo, el frío cortante en pantalones cortos, y eran las once, las once en punto, cuando sonaba el timbre del recreo. Todos los niños tenían hambre a aquella hora y el hambre los empujaba a hacer el bruto, a gastar bromas pesadas, al sadismo con los mocos verdes colgando. Mocos verdes. La palabra se había perdido.

La palabra se había perdido.

–No me acuerdo de qué te estaba diciendo. Por qué buscaba la palabra. Me parece bien lo del Arca –le dijo a John.

«Hambre», «Liverpool», «vivo». No los dejaban quedarse en el aula durante el recreo. Daba igual el tiempo que hiciera; aunque cayeran ráfagas de aguanieve del cielo infecto, tenían que correr por el patio. Y aquella escalera exterior llena de hierbajos que llevaba a las habitaciones del personal y según subías había un pequeño patio antes de la puerta de madera con el candado, un patio encerrado entre gruesos muros, en el que las estrechas y puntiagudas ventanas se dibujaban como troneras. Nadie lo veía. Las habitaciones del personal estaban cerradas. Subía la escalera y esperaba allí con la espalda apoyada en la pared hasta que terminaba el recreo. Prefería

helarse a caer víctima de los otros niños, ser el hazmerreír de sus juegos. Tiritaba de frío, sus dientes castañeteaban. El hambre que sentía era tan tiránica, tan absoluta que lo hacía insensible al frío. Había una gran maceta marrón en el patio, hasta arriba de tierra y de la cual salía un tallo desnudo y torcido, y más allá una regadera de latón al lado de la puerta. Cómo fue lo de aquel niño... Lo habría seguido o habrían subido juntos alguna vez. Aquel invierno, casi todos los días, se encontraban allí arriba. Primero meaba uno, luego el otro, dentro de la regadera. No hablaban, no recuerda que dijeran nada. El orín salía humeante del miembro infantil que apuntaba al fondo del recipiente de latón. Mientras meaba uno, el otro miraba, observaba insaciablemente. Había visto los miembros de sus hermanos, pero aquel le parecía más blanco, más grande, más grueso. Algo chato en la punta. Y cuánto orín salía de él, cómo salía lanzado desde el pequeño agujero y describía un hermoso y vigoroso arco que terminaba en la regadera. Un surtidor de gotas doradas que se dibujaba triunfal, marcaba el mundo –un mundo apagado– con su orgullosa trayectoria y se secaba de golpe. Gotas doradas en la triste plomicie.

Lluvia dorada. Domus Aurea.

–¿Cómo se llamaba el colegio de Liverpool? –preguntó.

No escuchó la respuesta. Al otro lado de la cristalera vio al joven bailarín esperando a solas en la recepción. Se preguntó si era momento de abordarlo. Quizá intentar una conversación con él. Podía preguntarle algo sobre las representaciones. Murmuró algo impreciso, tomó el sombrero y se levantó.

La araña central estaba encendida. En una pared había dos vitrinas de cristal con bibelots de porcelana y unas cajas transparentes con figuritas minúsculas, parecían sarcófagos de insectos, no se había fijado antes en ellas. Dejó de mirar. El muchacho estaba parado en la recepción, con el codo apoyado en el mostrador. El conserje estaba ocupado, la cabeza inclinada sobre el gran registro de clientes.

Dio media vuelta y se dirigió hacia ellos.

–Querría hacer una reserva en la Domus Aurea –comenzó.

El conserje le hizo un gesto de que esperara.

Idiota, se dijo para sus adentros al darse cuenta del gazapo. Domus Aurea.

–La Maison Dorée –corrigió.

Se volvió hacia el muchacho.

–Qué engorro las reservas en París –dijo, y se sonrió.

El muchacho no pareció entender que se dirigía a él. Ojos grises, el mismo aire soñador.

Sonrió como el dragón que esconde sus dientes, pensó.

–Digo que si no se reserva con tiempo en París, es fácil quedarse en ayunas.

Por fin entendió.

–¿En París? –preguntó dubitativo.

Se llevó la mano al sombrero y se inclinó ligeramente.

–Constantin Cavafy –dijo.

Pero el muchacho no dijo su nombre, sino un *bon après-midi*, y, como si se lo hubiera vuelto a pensar, añadió *bonne soirée* en el mismo tono dubitativo. Pero sus ojos se habían clavado en él. Y seguían mirándolo, no indagadores, sino con cierta insistencia. ¿Se estaría acordando del momento en que sus miradas se encontraron cuando lo arrolló con la butaca?

–Imagino que es usted bailarín –empezó a decir y se detuvo.

Mardaras entraba en el hotel acompañado de una mujer alta de maneras distinguidas.

–Discúlpeme –dijo, y se volvió a llevar la mano al sombrero pensando en lo ridícula que era la escena, lo ridículo que era él mismo–. Hasta la vista.

El muchacho seguía observándolo con expresión seria. Le pareció que aquellos labios colmados se movían. Las voluptuosas comisuras se entreabrieron o, más bien, se relajaron en una expresión que sugería una sonrisa. Y entonces se fijó en un detalle que ya estaba antes, pero al que no había concedido importancia: ahora lo observaba con detenimiento mientras se mostraba delante como si se le revelara sólo a él, en exclusiva a él, que ocultaba una insolencia en aquella boca, un punto de descaro en ese esbozo de sonrisa, que lo excitaba mucho.

–A su disposición, monsieur Cavafy –dijo el conserje.

Hizo un gesto impreciso indicando que volvería y se dirigió a los visitantes.

Madame de... Mardaras hizo las presentaciones con muchas florituras. Ella se pasó todo el rato con el cuello, tan largo, rodeado de collares, inclinado, examinándolo. Como si se encontrara ante el último espécimen de la especie humana. Fue muy desagradable.

Escuchó risas detrás de él. Un movimiento como el de la cola de un cometa que observó por el rabillo del ojo. El *valet* abrió la puerta de cristal y la sujetó

para que pasaran dos bailarinas. El empresario apareció en frac y sombrero de copa reluciente. Otros tres rusos llegaron entre voces, quizá estuvieran ya borrachos. Cruzaron la puerta y esperaron en la acera a que llegara el resto del grupo. De nuevo risas. De muchachas, con registros muy agudos, y, aparte, la del joven, un poco apagada, o tal vez forzada. La luz había caído, la noche llegaba a toda prisa. El muchacho se había quedado rezagado. Antes de salir, se volvió y lo miró.

–John les está esperando. Vuelvo enseguida –dijo.

Dio un par de pasos desorientados, fue a la puerta. El grupo de los rusos se había perdido por alguna calle adyacente. Un hombre muy moreno con un acordeón estaba parado en el edificio de enfrente con la espalda apoyada en la pared, la mirada clavada en la puerta del hotel. El trasiego de gente se había moderado. Vio al conde, a la condesa y al *valet* con el perro acercándose en formación y se apartó para que pasaran. Cuando volvió a mirar, el hombre del acordeón había desaparecido. Iba a subir a la habitación. Aunque fuera un momento.

No.

Qué estupidez.

Tenía que ir a la habitación.

Pero ¿a quién pretendo engañar? ¿A quién pretendo engañar? Ése fue su último pensamiento mientras subía la escalera de pasamanos barnizado con los resplandores ocres de los candelabros de escayola rayándole la cara; subiendo los escalones de dos en dos, se acercaba a su planta. Corrió por el pasillo hasta la habitación; abrió con manos temblorosas y empujó la puerta detrás de él, resollando. La boca, aquella boca, decía para sí. Un eco de sensaciones. Algo palpable, vivo en las yemas de sus dedos.

No alcanzaba esa boca. Y mientras se desabrochaba con movimientos febriles, sabía ya que el deseo era mucho mayor que la satisfacción, que la satisfacción lo decepcionaría, que el cuerpo del muchacho era un cráter sin fin, que su cuerpo era un cráter sin fin, que el alivio inmediato sería una decepción.

Vio el pantalón resbalando hasta el suelo. Vio los pelos de sus piernas. Sus zapatos.

Esos labios. Los labios, dijo para sí.

El cuerpo suave que apenas ha superado la infancia.

Cómo se abandona a las caricias ese cuerpo.

A los besos.

Besos, besos y luego sollozos nerviosos. Nudos en el pecho. El gemido rocoso del placer. Sollozos sin lágrimas que no expresan necesariamente pena.

Estaba sentado en la silla con las piernas abiertas. Los tirantes sueltos. La lengua pegada al paladar. Seguía encendido, pero lo recorrían escalofríos. Por segunda vez en el mismo día se había doblegado. La cama a sus espaldas, campo de batalla. Sábanas, almohadas, la fina colcha: los compañeros vacíos de su abrazo, le repugnaba incluso mirarlos. Y aquella horrible oscuridad blanquecina que se colaba por la ventana entreabierta.

Camaleón. Porque soy un camaleón, dijo para sus adentros.

Se levantó y se detuvo ante el espejo.

Volvió la cabeza a derecha e izquierda. La mejilla de su madre. ¿Y si besara él también del mismo modo que su madre? Labios que presionan repetidamente como el algodón. El sonido. ¿Cómo podía describir ese sonido? No sorbido, algo diferente.

Levantó la mano, se remangó y se besó el brazo.

Sus labios dejaron una impresión neutra, farmacéutica.

Estaba completamente lúcido, aquello lo salvaba. Podía estudiar los síntomas.

Trató de verse a sí mismo a través de los ojos del joven bailarín. La imagen de la madre pasó de nuevo por delante de él, más molesta que nunca. Las cejas, la boca colgante, la mejilla flácida. Y qué si se parecía a su madre. El bailarín no la conocía, no iba a encontrarse nunca con ella. De joven decían que era una mujer hermosa. Decían. Él se le parecía más que ningún otro hijo. Se miró bien en el espejo, buscó las semejanzas. No se le parecía en nada. Aquella constatación momentánea lo alivió.

Se refrescó aprisa, se mojó la cara. Abrió la puerta y bajó las escaleras. La recepción estaba vacía. El conserje en el mismo lugar detrás del mostrador con las gafas sobre la punta de la nariz. Desde lejos vio a John acompañado de los visitantes, madame de... con su largo cuello y Mardaras con su cabeza rizada. La ovejita y la jirafa, pensó. En vez de reírse, sintió que lo anegaba el mal humor.

–Y el pobre *valet* se ha convertido en *bonne à tout faire*, criada para todo. Hace hasta de camarera de la condesa. Lo estará llamando ahora para desvestirla. –Mardaras estalló en una risa aguda. Era la reacción al relato de madame de..., que explicaba que el conde ya no era lo que había sido, que se había quedado a dos velas de un día para otro, porque una famosa cortesana lo había desplumado, se había llevado una a una todas sus fincas, sus viñedos, sus castillos, hasta un lago, todo en sólo seis meses.

–Tiempo récord –subrayó madame sorbiendo tranquilamente su té.

–Por eso se le ha quedado pinta de enterrador –dijo John.

Madame era de origen griego o más bien mixto. Cuando utilizaba alguna palabra griega la acentuaba de una forma particular y se quedaba algo sorprendida de escucharse a sí misma pronunciando algo tan exótico.

La conversación saltó al Grand Prix, a las carreras de caballos. ¿Las habían seguido este año? ¿Sí? ¿No? El tiempo era excepcional, tan cálido y luminoso después de una primavera tan desapacible con barros y tormentas. Parecía como si el repentino buen tiempo fuera un regalo del cielo para recompensarles, ¿no es así? Para resarcir a los que amaban el noble deporte, los que iban al Bois de Boulogne hasta cuando tronaba. Estaban todos allí. Tantos vestidos elegantes, aquellos sombreros, cada uno de ellos una obra de arte, tantos broches de perlas, prismáticos de nácar, tanto caviar y canapés de *foie gras*.

–Aunque no me gustaría estar en la piel del pato –comentó madame.

El hipódromo no había visto en su vida cosa igual. El champán corría por los coches y las gradas, al final vaciaban las botellas intactas en el césped para jugar con la espuma. Y aquel Doge, el héroe de la jornada, qué manera de aclamarlo. Un precioso potro alazán. Animal inteligentísimo. Se había quedado atrás para no malgastar sus fuerzas y en la última vuelta aumentó la velocidad y rebasó a Roxelane adelantando su robusto pecho para asegurarse el trofeo. La muchedumbre que aguantaba la respiración se deshizo en vítores; entre ellos muchos eran americanos. Un día inolvidable. Según Mardaras las carreras de caballos de Longchamp eran el evento social del

año. Nadie podía faltar y él no se lo habría perdido de ninguna de las maneras.

Una vez más el *Tout-Paris*, dijo para sí. Miró la recepción por detrás de la cristalera. Quién sabe a qué hora volvería el muchacho. Dónde estaría en aquel momento, por qué barrio pasearía, por qué calles. Quién sabe si se lo encontraría.

–Tenías razón sobre Georges –dijo John guiñándole el ojo.

–¿Quién?

–El caniche, él era Georges.

Ahora hablaban de la Promenade. Madame no la había visto, la muchedumbre la azoraba. Evitaba las grandes aglomeraciones de gente, una vez se había desmayado en una recepción. Muy desagradable para ella, pero también para los anfitriones. Debió de suceder hacia el final del Segundo Imperio porque todavía era muy niña, apenas había hecho su presentación en sociedad, aparte de sus padres, a la recepción había ido su niñera, que esperaba en la entrada para refrescarla con perfume de violetas entre dos bailes o para prenderle flores frescas al corsé, la quería como a una madre a aquella niñera, como a una madre de verdad, había muerto el año anterior en Provence en un asilo, mejor dicho no había sido en Provence, sino en el Jura, en las montañas, no, no, había sido en Provence, concluyó. Dijera lo que dijera madame, Mardaras reaccionaba como un autómatas o soltando una carcajada o asintiendo enérgicamente su cabeza de borrego, y al oír sobre la muerte de la niñera escogió la palabra *Provence* y la repitió con expresión profunda grave añadiendo: «Notable, notable», aunque ella hablaba ya de otra cosa, mucho más agradable, del zumo de abedul, que era un elixir erótico y Mardaras se quedó desconcertado.

La mayoría de las veces, madame ignoraba a Mardaras. Parecía una mujer peculiar que no se daba por vencida fácilmente. De edad indeterminada. Con una armazón como un palco de teatro encima de la cabeza. Y aquella expresión con la que te examinaba doblando el largo cuello seguramente la había cultivado a propósito. Podría ser entretenida en algún otro grupo de personas, pensó. En algún grupo menos disparatado que el suyo.

–En Egipto no hay abedules –decía John.

–Pero ¿no hay escarabajos? El zumo de escarabajo también es afrodisio –dijo Mardaras.

–Afrodisíaco –corrigió madame.

La sala estaba vacía y la iluminación parecía haberse atenuado de manera imperceptible, un par de tonos. Las bandejas con las tazas de té olvidadas sobre las mesas. Allí donde estaba antes sentado el grupo de bailarines, las butacas seguían colocadas en círculo como si siguieran conversando. Se sentía hambriento y sucio. Tenía las manos pegajosas. Le pareció que olía mal. Pero eran imaginaciones suyas, tanto cansancio acumulado, tantas emociones en un día. Y aquel comienzo tan mortecino de la velada, que era como si hubiera barrido todo lo sucedido previamente. Podía pedir un sándwich, le calmaría el estómago a la espera de que los otros decidieran sobre la cena. Los oía hablar sin ponerse de acuerdo, Mardaras trataba de secundar a madame, pero cada vez que interpretaba sus preferencias metía la pata, carne o u ostras, restaurante de lujo o algo bohemio más pintoresco, ella lo corregía y se mantenía imprecisa en su inclinación y, pese a ello, completamente concreta en su imprecisión; aquello era todo un arte, dijo para sí y trajo a la memoria la breve escena de su encuentro con el muchacho. «Imagino que es usted bailarín», le había dicho. Era ridículo. Y aquella forma de sonreír todo el rato. Los labios se le habían quedado paralizados en una mueca. Una sonrisa falsa que fingía soltura social. La sonrisa de la Gorda.

La conversación sobre el restaurante siguió. ¿Un buen restaurante o un ambiente bohemio? ¿Pigalle o *Rive gauche*? ¿Algún sitio al que ya hubieran ido y pudieran estar seguros de la calidad y el servicio o quizá probar algo nuevo a riesgo de quedar decepcionados? Había dejado de prestar atención a lo que decían. La conversación parecía alejarse, las palabras separarse una por una. Las tazas sucias, las teteras vacías, las servilletas de lino esperaban entumecidos sobre las mesas. La iluminación de la sala se había atenuado aún más. Eso le pareció. No había más clientes. Fuera debía de ser completamente de noche. Él se encontraba solo en el extremo del mundo. En su despacho de Alejandría inclinado sobre sus papeles. Por la ventana entraban ruidos ahogados. En el Quartier Grec los últimos coches avanzaban con lentitud, los invitados bajaban la escalera de una mansión, se despedían entre risas de los anfitriones. Los pasos se apagaban. Siluetas solitarias a la luz aterciopelada. Más abajo, el barrio de el-Attarín se despertaba de su letargo. De nuevo la música de mala muerte, de nuevo el quejido arrastrado. El lamento. La voz que manchaba de sangre el estribillo. Los vasos de aguardiente tintineaban. Un parroquiano maldecía, el otro hablaba solo. Detrás de cristales turbios el pequeño aprendiz metido hasta el cuello en el

fregadero lavaba los platos. Unos cuantos jugaban a las cartas en la planta baja. Seguían jugando desde la noche anterior; los ojos pesados y sin expresión, por momentos cobraban un brillo extraño por culpa de su mala o su buena suerte y se volvían a oscurecer. Alguien corría por las escaleras, subía a grandes zancadas para que no lo vieran. Empujaba la puerta. Delante de él la cama deshecha. Todavía desordenada por los anteriores. Las sábanas arrugadas. El olor barato de una colonia de hombre que tarda en desvanecerse y te revuelve el estómago. Y justo después de la arcada, el anticipo del placer que vendrá a continuación te endulza. Él tenía que quedarse allí absorto, seguir intentándolo. Inclinado sobre el escritorio a la luz de la lámpara sobre los mismos papeles que corregía una y otra vez. Solo en el extremo del mundo. Si levantara la cabeza en una línea imaginaria, su mirada caería en el punto en el que se alzaba en otro tiempo el Faro de Alejandría. Seiscientos años antes todavía seguía allí. Ptolomeo I Soter, quien ordenó la construcción de la obra en el auge de su reinado, no llegó a verlo terminado. La séptima maravilla del mundo. Despedazada, hecha añicos, enterrada en el fondo del mar. Perdida junto a naufragios, al lado de corales que tardan siglos en crecer, junto a los cadáveres que se tragaron las olas para luego seguir indiferentes su camino. Un aire fresco soplaba a intervalos desde el mar. Sentía de vez en cuando la suave aura que se colaba en la habitación. Como una caricia que distrajera de la tediosa noche en el escritorio. A esa hora su madre ya se había acostado. Esperaba que se hubiera dormido ya, que no volviera a llamarlo e interrumpirlo y lo interrumpiera. Se inclinó sobre los manuscritos. «Los caballos de Aquiles», éste se lo había enviado a Moréas. Lo puso a un lado. «De nuevo en la misma ciudad», tenía que darle más vueltas; necesitaba un estímulo, una chispa que lo encendiera. También lo puso a un lado. «Los funerales de Sarpedón» seguía torturándolo, no estaba completo aún. Qué espaciadas sus letras. Como si cada una de ellas, cada alfa, cada delta, quisiera hacer notar su presencia en el mundo incierto. Era descorazonadora aquella obsesión de su caligrafía. Miró los papeles dispersos, las notas al pie, los borrones. Podría rasgarlo todo, destruirlo. Se quitaría de encima aquel peso. Mejor quemarlos. Sería espectacular. Vio de reojo las llamas royendo los manuscritos, se imaginó cómo sería el momento siguiente en el que correría a salvar de las cenizas un verso, el comienzo de una estrofa. Tenía que insistir. Solo. Hambriento. Con un hambre que sobrepasaba la satisfacción. Había cierto parentesco entre esos dos poemas: «Los funerales

de Sarpedón» y «Los caballos de Aquiles». Era curioso que no se hubiera dado cuenta antes. Algo que acababa de percibir. No era sólo la *Ilíada*, la fuente común. Sino la ubicación temporal. *A posteriori*. Las dos muertes narradas en el canto XVI sucedieron el mismo día. Primero Patroclo mataba a Sarpedón y esto ya había sucedido cuando se leía su poema, «Los funerales de Sarpedón», con un Zeus débil, puesto que no ha podido impedir la muerte de su hijo, que, tratando de evitar la profanación del cuerpo, le encarga a Febo que cuide de sus restos, que los perfume con ambrosía. Más tarde, el mismo día, Héctor matará a Patroclo. Ya lo ha matado en «Los caballos de Aquiles». Las dos muertes, o mejor, cada una de ellas separadamente, se han consumado cuando leemos el poema correspondiente. Los poemas se despliegan en cierto modo cuando ya es demasiado tarde: se abre el telón y muestran la escena su escenario después del acontecimiento dramático. Entonces es como si el drama se desplazara con una iluminación lateral. La tragedia es lo que sigue, no el hecho. No la desgracia en sí misma. Aunque había algo más que unía las dos cosas. ¿Una línea filosófica quizá? Algo que tenía que ver con el destino humano. ¿El ser humano se convierte en lo que él decide? ¿Es libre de decidir?

–Me vuelvo a casa al final –dijo madame.

–Ay, no nos haga esto, no nos abandone –escuchó decir a John.

Bien dicho. La perspectiva de quedar a solas con Mardaras era insoportable.

–Vayamos entonces a la place Pigalle –decidió madame.

Mientras salían cambió de opinión. Iban a ir a Procope. ¿Otra vez a Procope? En fin. Las ideas se agolpaban dentro de él, no quería perder aquel hilo de pensamientos, así que no opuso ninguna objeción. Esos dos poemas no estaban terminados, no había duda. Lo que lo atormentaba era la forma. Uno estaba más avanzado, más maduro. «Los caballos de Aquiles». Aunque había algo que lo irritaba en la rima, al principio del poema.

Cuando ya muerto vieron a Patroclo,
que tenía juventud, tanta fuerza y encanto,
los caballos de Aquiles se entregaron al llanto

Encanto-llanto. No sonaba mal, de hecho, sonaba muy bien y aquello le preocupaba. Era una facilidad, un desliz en blando que quizá desluciera los

versos que venían a continuación. Tenía que volver a mirar aquella rima. Y repensar la ubicación temporal. El punto de partida anterior al poema. Una mirada común, que preexistiría para conducir los dos poemas a su cauce. La limitación no era necesariamente negativa. Por el contrario, trazaba una columna vertebral a unos versos probablemente deslavazados. Pero de momento le preocupaba otra cosa: el nudo, el núcleo, ¿era en los dos poemas el destino humano?

Dentro del coche, John se inclinó hacia él:

–Estaba confundido hoy. Pensaba que mañana era el santo de Pavlos y que nos habíamos olvidado de él.

–Para entonces ya habremos vuelto.

–Acepten mis felicitaciones por adelantado –saltó Mardaras, que los había escuchado. Empezó a explicarle a madame qué era el santo, que en Grecia era más importante que el cumpleaños, etcétera, detalles que obviamente conocía porque lo interrumpió para preguntarle algo a John.

John dijo que en otros tiempos era un acontecimiento muy importante en su casa. Recibían visitas todo el día. Aparte de Pavlos, el mismo día era el santo del padre y del segundo hermano, Petros, que habían muerto.

–Mis condolencias –dijo Mardaras.

De las felicitaciones a las condolencias. Así de fácil. ¿Pasaba así también en la poesía? ¿Es acaso el poema una condensación del ciclo de la vida? ¿Un reflejo de ese ciclo? Visto cada vez desde un punto de vista distinto. Iluminando cada vez un fragmento diferente del espejo roto. ¿Todo poema tenía que expresar eso para ser acertado?

Al final habían acabado en otra zona, cerca de la place Clichy, en un callejón con casas bajas y tejados vencidos, llenos de hierbajos.

El restaurante tenía una cabeza de buey colgada a la entrada. Entró primero Mardaras para disponer que les prepararan la mesa. Salió disgustado. El lugar no era apropiado para señoras.

–¡Pero caramba! No necesito un tutor –dijo madame y dio un paso hacia la puerta; se dio la vuelta, sin embargo, diciendo que tenía en mente un sitio mucho mejor, un lugar peculiar, no propiamente un restaurante, algo casi repelente.

Hasta entonces, Mardaras sólo había hecho gala de su personalidad mundana, pero parecía que en aquel momento había recordado de pronto su otra condición, la de *homme de lettres*, bohemio o completamente *puriste*,

dependiendo de la situación, e intentó recuperarla voceando con una sacudida de su cabeza rizosa:

–¡Magnífico! La seguiremos donde usted diga, allá donde esté ese fascinante lugar. –Hizo un gesto jactancioso como si quisiera abrazar todo lo que había a su alrededor antes de continuar–. Me alegraría que me descubriera usted un secreto que no conozco. Un rincón oculto. En los diez años que llevo en París, he indagado los sitios más inaccesibles, hasta lugares sospechosos, de dudosa moral, y puedo jactarme, si me lo permiten, de conocer la ciudad mejor que los auténticos parisinos.

Nadie escuchó lo que vino a continuación. Madame cogió del brazo a John y avanzaron en cabeza. Detrás de ellos, él y Mardaras.

El barrio estaba muy animado pese a la hora. Paraban coches de los que bajaban elegantes parejas, parejas quizá clandestinas porque sin detenerse ni un segundo se dirigían al letrero iluminado de un restaurante o cabaret y entraban furtivamente. Un poco más adelante, pasando por delante de un *café-concert*, pudo ver la continuación de la escena. La puerta negra barnizada había cerrado. La pareja acababa de entrar al establecimiento. Tras los cristales con cortinas rojas atravesadas por los acanalados resplandores de las lámparas de gas, sus figuras parecían vacilar, algo irreales, teatrales. No se habían sentado aún. Un mozo les preparaba una mesa. Esperaban de pie, una pareja habitual, hombre y mujer, y con todo había algo que los distinguía de los demás parroquianos. ¿Una invitación al amor, una palpitación secreta quizá? Se fijó en los hombros desnudos de la mujer, a la que el conserje le quitaba el abrigo para luego marcharse, en el hombre, que se inclinaba ligeramente hacia ella, con una sensación de espera satisfecha recorriendo toda la postura de su cuerpo, como si lo que se encontraba preso en su interior se liberara por fin. Vio las dos figuras acercándose un poco más a la sugerente luz; le pareció que las veía acercarse porque había observado fugazmente la escena mientras caminaba por la acera fuera del café. Sin duda se acercaban, pero no se habían movido. A su alrededor, todas las mesas estaban ocupadas, el humo enturbiaba la atmósfera; alguien hacía señas al camarero, una matrona se pintaba los labios, el de al lado había caído inconsciente dentro de su propia sopa, la orquesta tocaba con brío, una cantante monstruosa hacía aspavientos con unos gruesos brazos enguantados, de debajo de tapaderas plateadas asomaban cabezas de cerdo, debía de haber mucho jaleo, confusión, irritación. Y aun así la joven mujer no oía nada, no

observaba nada, sólo veía al hombre que se inclinaba hacia ella cautivo él también en la misma esfera. Nada se interponía en aquella atracción, aquel acercamiento de los dos cuerpos sin acercarse. Trató de volver a su poema, a los últimos pensamientos que lo absorbían. Había llegado a una conclusión un poco antes. No exactamente una conclusión, sino una especie de modelo estético, una idea que podría afectar a la poesía en general y que si se aplicaba con talento quizá fuera la clave de un poema logrado. El ciclo de la vida. Vida, muerte, lo que hay entre ellas. Todo poema sería una micrografía de este ciclo. Un intento de condensar. Una tentativa de condensación. ¿Podía funcionar esta regla? Sería muy tentador, una solución inesperada. Una micrografía. Algo vivo. Una hoja, un árbol, dijo para sí. Miró el denso follaje del pequeño parque que cruzaban en aquel momento, las flexibles ramas que por un momento se volvieron plateadas a la débil luz de los faroles. Parecía tan sencillo. El ciclo desde el tierno tallo que crece tembloroso hasta el viejo tronco que cae con un sonido sordo y único, se pudre y se deshace y se vuelve mugre y ceniza en las entrañas de la tierra hasta que un nuevo brote sale de ellas... Vida, muerte, lo que hay entre ellas. El modelo perfecto para un poema.

Aunque había poemas que se centraban en un simple detalle, reflexionó. Tomaban un hilo, una pequeña trama del ciclo de la vida, algo casi inexistente en la vorágine de pasiones y acontecimientos. Lo tomaban y lo exprimían. Y esas composiciones que partían de una nonada eran a veces obras maestras. Lo atraían esos poemas. Escogían una imagen, un episodio cualquiera y escarbaban en él. Como «El albatros» de Baudelaire. Era un poema de un equilibrio perfecto, lo traía con frecuencia a la memoria como ejemplo de ese despliegue gradual, una cristalización paulatina, estrofa a estrofa, de la intensidad poética, que se podía palpar al leerlo. La técnica era impecable. Pero no vacía. No se resentía el sentido. Parecía un soneto, pero no lo era, cuatro estrofas, cuatro versos cada una.

Suelen, por divertirse, los mozos marineros
cazar albatros, grandes pájaros de los mares

Éste era el comienzo, y causaba sorpresa. Excitación por lo que vendría a continuación.

que siguen lentamente, indolentes viajeros,
el barco, que navega sobre abismos y azares

Y de nuevo te suscitaba curiosidad por la continuación. Las aves volaban todavía libres, pero sabíamos –desde el segundo verso– que iban a caer prisioneras. ¿Cómo seguía? ¿Qué decía la segunda estrofa? No se acordaba. ¿Y la tercera? Tampoco. Podía recitar de memoria la última, pero las dos intermedias las había olvidado. Lo que recordaba era el eco de una amarga ironía: la mortificación de aquellos pájaros viajeros. Les hacían cosquillas en el pico, se reían de su manera de cojear cuando iban a andar y no podían equilibrar las alas. Qué cobardes y tristes resultaban los reyes del cielo con sus gigantescas alas, que no reaccionaban ante la humillación, sino que la soportaban casi indiferentes. Eso es lo que decía Baudelaire en las tres primeras estrofas. Luego, de pronto, en la última estrofa, comparaba al poeta con el albatros. Aquí estaba el desenlace. Como los albatros, el poeta ignora qué sucede a su alrededor, vive exilado en la tierra cargando con unas grandes alas que le impiden andar. Era un poema excepcional. Sin duda. Partía de un detalle del ciclo de la vida. El lugar del poeta en la sociedad actual. Poca cosa. Completamente irrelevante visto frente al gran ciclo, si se comparaba con el gran modelo del nacimiento y el declive:

El poeta es igual... Allá arriba, en la altura,
¡qué importan flechas, rayos, tempestad desatada!
Desterrado en el mundo, concluyó la aventura:
¡sus alas de gigante no le sirven de nada!

Y sin embargo, no estaba seguro. ¿Se trataba sólo de un detalle? ¿De una trama insignificante en el ciclo? ¿No se daba también una a floración del sentido en «El albatros» cuando habías leído el poema y lo volvías a pensar más tarde? Lo que te evocaba superaba con mucho las pocas palabras que componían sus versos. Como si el sentido se extendiera más allá del poema. Por eso era tan logrado. Y el maravilloso símil de Baudelaire, la transición del ave marina al poeta, cómo ambos zaqueaban por la tierra arrastrando sus grandes alas, ¿no abrazaba el destino humano sin declararlo abiertamente? Aquel albatros tenía un significado más profundo, no lo había escogido Baudelaire única y exclusivamente para iluminar la condición del poeta.

Había allí una dualidad, el desdoblamiento de la naturaleza humana. ¿Acaso no estaba condenado todo ser humano, no sólo el poeta, a vivir clavado al suelo deseando algo más interiormente? ¿No anhelaba el infinito y buscaba refugio en las religiones, consuelo en el alcohol, en el juego o en el abrazo de alguien? Era mortal, pero anhelaba la inmortalidad y de vez en cuando, al mover sus grandes alas, se engañaba a sí mismo. Sólo un instante. La ilusión no duraba mucho. Su deseo era vano, sus alas inservibles, a diario le recordaban con gran tormento aquello que era inalcanzable. Su mera presencia, el hecho de estar dotado de alas, era mofa de su condena. Desgraciadas alas. ¿No era así el ser humano? Se pasaba la vida tratando de exorcizar la muerte, y, a veces, en el ajetreo y el transcurrir del día lo olvidaba. Pero el miedo siempre volvía. Se lanzaba de nuevo a la lucha desigual, a aquel horrible enfrentamiento para alejar lo terrible, lo terrible de lo que habla Tolstói, y en los contados años de su vida, desde la infancia hasta la vejez profunda, avanzaba como el ave encadenada arrastrando sus grandes alas por la tierra trastabillando y tropezando. Tenía que pensarlo mejor. El ciclo de la vida. Pasos torpes y vanos.

Caminaba al lado de Mardaras, un Mardaras curiosamente callado. John y madame iban delante cogidos del brazo y por el paso lento se podía deducir que conversaban agradablemente disfrutando la compañía del otro, las desbordantes faldas de madame barrían la acera, el bastón de John daba pinceladas al aire. Era una apacible noche de verano. El ambiente asfixiante, el yugo del calor que había oprimido aquel día interminable se había retirado con la oscuridad y soplaba un suave viento con una ondulación casi imperceptible, las hojas de los altos castaños susurraban imperceptiblemente mientras levantaba la mirada tratando de distinguir una señal en su oscuro volumen, un augurio cualquiera que iluminara sus pensamientos. Sus poemas eran muy distintos de «El albatros». Inferiores. No era sólo un problema de técnica. Lo sabía. Eran inmaduros, frutos primerizos frente al poema de Baudelaire. No era capaz de llegar a esa condensación gradual de la sustancia dramática. No era capaz todavía. Cómo le gustaría vaciar su cabeza de todo aquello, dejar de pensar. Entregarse al paseo, mirar distraído el trasiego, vivir el momento. Liberado de aquella comezón. Miró a la gente que circulaba despreocupada por la acera y sintió el picotazo de la envidia. Algunas personas se acercaban a él y cuando pasaban de largo su caras se abrían en una sonrisa espontánea. Había un resplandor en su mirada, una impaciencia

por cómo iba a desarrollarse la velada. Resonaban carcajadas en las esquinas de las calles. Tras las puertas sonaba música. Se reunían pandillas en la penumbra y quedaban en verse más tarde. Quizá el joven bailarín disfrutaba también del frescor de aquella hora. Nadie querría volver al hotel en una noche tan agradable, cuanto más los rusos, que eran unos noctámbulos. Puede que el muchacho siguiera paseando por ahí, que estuviera deambulando por París con los demás o él solo, puede que hubiera parado a tomar un helado en un café o a tomar una última copa. Quién sabe si andaría por el mismo barrio. Si sus pasos los llevaban a cada instante más cerca el uno del otro. La noche era tan dulce. Los poemas podían esperar.

Dentro del Rat Mort, dos jóvenes se levantaron de la mesa para saludar a madame con exageradas lisonjas.

–El duque de Losange y su primo, Edmond –susurró Mardaras a sus espaldas.

–¿Y por qué rata muerta? –preguntó John.

–Cuando estaban inaugurando el café, dicen que olía a carroña, *rat mort*. Por lo que respecta a Edmond, es hijo natural, todo París clama y él no para de retar a gente a duelos para lavar la afrenta.

–Usted no sabe lo que está diciendo –lo interrumpió madame.

Saludó levemente con la cabeza a los dos jóvenes que se alejaban y luego se volvió hacia John y empezó a hablar de la Comuna, de aquellos setenta días horribles en que Montmartre fue un campo de batalla; allí mismo, en la plaza Pigalle, habían levantado las barricadas; los jefes de los *sans-culottes* frecuentaban el Rat Mort, herradores, limpiabotas, muleros y estañadores, lavanderas y lecheras que habían tomado las armas, y ahora veníamos nosotros como si no hubiera pasado nada, porque no hay lógica en la Historia, la Historia se escribe para borrarse. En el edificio de enfrente había un sastrecillo, continuó, un jorobado con gafas de cristal muy grueso, encorvado siempre sobre la aguja y aquel sastrecillo encontró la oportunidad de hacerse valer con la Comuna, gente como ésa se crecía con la Comuna, como una sirvienta de su tía, la baronesa von Shröder, esa sirvienta que no era ni camarera, y a quien ni siquiera dejaban ni entrar en las cocinas, llegó a ser capitán y custodiaba al arzobispo de París, aquélla lo condujo al pelotón de fusilamiento en la cárcel de la Roquette, porque no les gustaba la guillotina, la habían abolido en la Comuna.

–¿Cree usted que tendrían inquietudes estéticas? –soltó de pronto y se rio con una risa que no era risa porque su expresión siguió siendo la misma–. ¿Cree usted que la guillotina no sería lo suficientemente selecta para los desarrapados? –añadió sin ironía, en el mismo tono neutro. Luego, fijándose en medio del café en una mesa redonda vestida con un mantel almidonado en la que descollaba en una fuente un pesado faisán con garras amarillas y la piel

arrugada, estiró un poco el cuello y dijo—: Así es la Historia, querido John. Carroña. *Du Rat Mort*.

Una mujer indescriptible. Podía decir las cosas más delirantes sin inmutarse. No le era especialmente simpática, pero tenía algo que lo atraía, puntos de vista extravagantes y el valor de tener su propia opinión. Miró a los dos jóvenes que se habían levantado a saludarla entre tantas reverencias y habían vuelto a su mesa. Era extraño que madame no los hubiera presentado. Podría considerarse un desaire importante si no fuera tan singular. Uno de los dos, seguramente Edmond, se volvió hacia atrás cojeando un poco, tendría alguna dolencia. Iba muy erguido y tenía un rostro hermoso, pero había algo frío en él que parecía restarle hermosura. A su lado, el duque, su primo, parecía que hubiera nacido viejo, ya calvo, rechoncho, con ralas patillas negras. Con ellos estaban tres mujeres, rubias, muy delgadas. Muchachas con sombreros espectaculares que ensombrecían sus caras marcadas. Eran modelos, como explicó Mardaras, que había seguido su mirada. Todos los lunes por la mañana había feria para los estudios, dentro del Rat Mort y fuera en la plaza al lado de la fuente; pasaban los pintores a escoger modelos, algunas estaban solicitadísimas, pero se marchitaban pronto, a los dieciocho ya estaban acabadas, las estropeaba la absentia, aunque Edmond las prefería marchitas, cuanto más gastadas mejor, gustos peculiares que él, Mardaras, no entendía; puede que fuera su condición de hijo natural, quién sabe qué diría un psiquiatra sobre su caso, pero seguro que era bastardo, dijo y calló de golpe, no lo fuera a oír madame.

Mientras tanto, el *maître d'hôtel* y dos camareros, plantados ente ellos, esperaban órdenes; el *maître d'hôtel* se atusaba el grueso bigote a cada rato con un gesto mecánico, gesto probablemente de impaciencia, pero madame no hacía ni caso y seguía conversando con John, y puesto que ninguno parecía dispuesto a tomar la iniciativa, seguían todos parados delante de la mesa redonda con el gran faisán que parecía embalsamado, las amarillas garras afiladas y sus vidriosos ojos listos para salir despedidos de las cuencas.

—¿No se parece al general Le Brun en su cripta con los ojos saltones e imbéciles los dos hasta después de muertos? —dijo madame, y volvió a sus recuerdos de la Comuna, cuando el sastrecillo de su barrio se había convertido en una especie de general, especialmente sanguinario, quién sabe si llevaba el dedal puesto cuando apretaba el gatillo, aquello sería una verdadera originalidad por su parte en opinión de ella, y mientras hablaba

supervisaba la sala, a los parroquianos sentados a las mesas, las cristaleras de colores que refractaban la luz, los carteles de ratones en las paredes, ratones *bon vivants* y ratas en sofás, sin dedicarles una mirada al *maître* o a los dos camareros, que esperaban tiesos como columnas, claramente indecisos sobre si procedería a dar la señal de sentarse o de irse del café, indecisión que alimentaba con nuevos detalles la narración sobre el sastrecillo, que estuvo entre los que se lanzaron a quemar las Tullerías y la Biblioteca Imperial, hechos probados que recordaba con gran viveza a pesar de que ella era una niña por aquel entonces.

Siempre era una niña, dijo para sí. Todos los episodios que había referido madame, al menos los que estaban vinculados a recuerdos personales, habían sucedido hacía veinte o treinta años. ¿Qué había sido de su vida entre tanto?, se preguntó cuando la vio darse la vuelta y dirigirse hacia la salida seguida por Mardaras, que se había acordado de que allí, en el Rat Mort, Rimbaud había apuñalado a Verlaine; iba con ellos el poeta Charles Cros; denme las manos, les dijo, vamos a hacer un experimento, y se sacó un cuchillo y le hizo un tajo profundo a Verlaine; a Cros le dio tiempo de retirar las suyas.

—Y luego Verlaine se fue corriendo a ver a su mujercita para que lo curara —dijo con sequedad madame y le hizo un gesto a John de que la siguiera.

—¿Rimbaud había escrito el «Barco ebrio» antes de aquel episodio? Creo que sí, pero no estoy seguro —dijo Mardaras tratando por todos los medios de retener la conversación.

—La apología de la Comuna —se carcajeó madame.

Qué época, qué pasiones, dijo para sus adentros. Qué manera de quemarse en pocos años llevando una vida como aquélla. De quedar inútil, aunque escribiendo antes obras maestras. Él era incapaz de explosiones como aquéllas. Su pasión era más interna, de algún modo silenciosa, aunque no menos tiránica. Quizá más tiránica porque no tenía estallidos. La cuestión es quién puede escribir mejor poesía, pensó, ¿él o el otro? ¿Él, con su vida tranquila, inclinado sobre su escritorio, apocado, con la mente encendida por el deseo y las fantasías más salvajes, fantasías que nunca habrá de realizar y lo sabe, o el otro, que se arroja a la vida sin ningún freno, que la provoca, despreocupado, como en un duelo temerario, jugándose a cara o cruz hasta su propia perdición? ¿Quién de los dos llegará a ser mejor poeta?, se preguntó y en el mismo momento se dio cuenta de que el otro era Rimbaud y que se había colocado a sí mismo, con sus diez poemillas, frente a él; se había

atrevido a concebir semejante comparación. ¿Él o el otro?, volvió a decir para sí. Era tan descabellado, tan imposible, que le provocó una sonrisa melancólica.

–Y ¿por qué motivo? Una farsa de la Historia. Eso fue la Comuna. La sirvienta se convirtió en capitán y luego volvió a ser sirvienta –le decía madame a John.

Su cansancio había sobrepasado el límite del agotamiento. Por momentos le temblaban las rodillas. Encendió un cigarro y mientras lo sostenía encendido se palpó en busca de otro. Irritado, tiró los dos. Pero al salir a la dulce noche con su suave airecillo, los altos árboles y las siluetas de la gente que cruzaba la penumbra, se sintió mejor y le volvió a pasar por la cabeza el pensamiento de que el joven bailarín podía andar por allí cerca. Y de inmediato llegó la imagen de sí mismo en la habitación del hotel, hacía unas horas, la camisa abierta, las delgadas y peludas piernas que asomaban del pantalón bajado y detrás de él, la cama, las sábanas, las almohadas, una escena de degradación.

Dalo por bien empleado, se dijo. Dalo por bien empleado. Aquellos ojos, aquellos labios. La pizca de descaro en el esbozo de sonrisa. Le gustaría estar solo, apoyarse en el tronco de un árbol, en un banco, en una esquina oscura, para poder evocar tranquilamente al muchacho.

–Ah, el Nouvelle Athènes, ¿y si fuéramos allí? –dijo John.

Las luces del café temblaban frente a ellos con chispas azuladas.

–Querido amigo, sígame y no lo decepcionaré –dijo madame.

–¿Saben que Émile Zola vive por aquí cerca? –comenzó Mardaras. Nadie le prestó atención. John, que en otro caso se habría impresionado, se había metido ahora definitivamente bajo el ala de madame, que se detuvo en medio de la plaza y empezó a hablar de la fuente de la place Pigalle, de cómo en otros tiempos surtía por ella agua artesiana y luego se convirtió en un basurero, un basurero *formidable* con cabezas de pescado, zapatos agujereados y las medias corridas de una cortesana; una combinación irrepetible, hasta que colocaron los parterres y la cerraron con rejas de hierro.

–Una pena porque entonces habrían podido ver el verdadero Montmartre –dijo. E inclinándose de forma casi conspiradora hacia John, le explicó su punto de vista de que la basura podía revelar, más que ninguna otra cosa, el verdadero rostro de un barrio; era un testigo mudo y su testimonio era por completo irrefutable, pues una cosa es la basura en Montmartre, otra en los

Grands Boulevards y otra muy distinta en el sexto *arrondissement*, y que más les valdría a los historiadores, en vez de andar entre bibliotecas y conferencias, meter las narices en la basura antes de mojar la pluma en el tintero.

El alegato sobre la basura, no carente de originalidad y de tener cierta base, eso tenía que reconocerlo –y quizá en otras circunstancias, si no se sintiera tan rendido y vacío, le gustaría profundizar más en ello–, concluyó con el inimitable ja de madame, aquella risa que no era risa. Le ofreció su brazo a John y avanzaron hacia la calle, pero en medio del trayecto se detuvieron algo indecisos. Echaron a andar de nuevo y siguieron con el mismo ritmo pausado dando la vuelta a la plaza.

Tenía hambre. Sentía un agujero en el estómago. La vaguedad de la ruta le estaba crispando los nervios. Contó uno, dos, tres bancos que esperaban desiertos en la semipenumbra, con surcos ondulados en sus gruesas tablas, luego cinco farolas en fila, una doble con los dos faroles colgando de un tallo en espiral con unas clemátides diminutas.

A su lado iba Mardaras dejando caer un nombre detrás de otro.

Nombres. Nombres.

Quiénes frecuentaban el Nouvelle Athènes y quiénes el Café Guerbois; pero sólo los jueves y los domingos, aquí se requería una precisión. Quiénes iban al Chat Noir. Quiénes se embriagaban en Abbaye de Thélème, por donde pasaban en aquel momento; era un *restaurant*, no una abadía, un espacio único que bien merecía una visita, sobre todo si se era neófito. Toda la decoración de las tres plantas estaba inspirada en el *Gargantúa* de Rabelais, los camareros circulaban con hábitos de monje, encarnaba una utopía ese *restaurant*, era la transustanciación de la Utopía, pese a que a Mardaras personalmente lo dejaba completamente indiferente.

–Cuando uno ha vivido diez años en París no se sorprende fácilmente – dijo.

Confiaba en que se produjera una pausa en la verborrea, pero sus esperanzas eran vanas. Cada portal, cada fachada, cada piedra del camino, era una fuente de inspiración para Mardaras, que coloreaba de vez en cuando sus palabras con pequeños chillidos con la esperanza de llamar la atención de madame. Pero ella le había echado su manto por encima a John, o más bien el lazo no el manto, y sólo hablaba con él. Yo soy la presa disponible, pensó. Vio una gran vidriera con motivos marinos en la fachada de un edificio con

unas verjas artísticas y se detuvo con el ceño fruncido fingiendo examinarlas. Pero Mardaras, imperturbable, había vuelto a tomar impulso y relataba que se consideraba a sí mismo iniciado; exactamente, se había iniciado en París, había alcanzado el más alto grado de iniciación en esta ciudad y lo conocía todo: qué sitios frecuentaban los modernos y qué sitios sus enemigos; dónde habían expuesto los impresionistas, etcétera, etcétera. Atendía a lo que decía a medias y por alguna razón le pasó por la cabeza en aquel momento la imagen de su oficina en Alejandría, la entrada de la Tercera Sección de Riegos, las escaleras. Esos escalones que subía todas las mañanas y que seguramente iba a seguir subiendo el resto de su vida. Vio sus piernas subiendo, sus zapatos negros, que, aunque recién lustrados, ya se habían llenado de polvo, luego su cara algo angustiada, un poco sudada, porque por las mañanas siempre llegaba tarde. Aquella inquietud, no se fuera a encontrar al jefe inglés antes de llegar a la oficina. Y el gran alivio cuando se deslizaba dentro sin cruzarse a nadie.

—Dígame, ¿cómo definiría usted Montmartre: como base de operaciones de los artistas o como escondrijo? —cometió la estupidez de preguntar—. ¿Es el trampolín hacia la gloria o quizá se refugian aquí porque se sienten protegidos y tranquilos? —añadió, pensando que el dilema conduciría a una reflexión íntima y, por tanto, a algunos minutos de silencio. Esperanza que se desvaneció al momento, pues se hinchó la verborrea del otro, enriquecida con nuevos detalles sobre las extravagantes costumbres de algunos artistas, sobre las falsas amistades entre poetas y pintores, sobre sus peleas y sus pasiones, y luego empezó a desviarse de nuevo a derecha e izquierda con referencias a calles, a direcciones y a sucesos aislados, dónde estaba el estudio de Camille Pissarro, dónde le había puesto una casa Paul Cézanne a su querida Hortense sin que se enterara su familia, quién se había peleado con quién y quién le debía dinero a quién. Con Camille Pissarro, Mardaras había estado una vez, se parecía a Abraham, tenía una larga barba blanca, una personalidad imponente. Y a Paul Cézanne también lo había conocido, pero éste era un demente, un hombre peligroso; una vez le había dicho a Édouard Manet en el Café Guerbois que no le daba la mano porque hacía ocho días que no se la lavaba, cuando todo el mundo sabía que lo copiaba, lo admiraba y lo odiaba al mismo tiempo, y que había pintado la *Olimpia moderna* para superar la *Olimpia* de Manet. Cézanne había perdido el juicio, no se le escapaba a nadie, desde que se reconoció a sí mismo en *La obra*, la novela de Émile

Zola; el pintor que se suicida delante del cuadro que no consigue terminar, era un retrato clavado de Cézanne. Pero Zola no se quedaba atrás; en los últimos meses el caso Dreyfus le había nublado la razón...—. Un momento — dijo.

Los oídos le pitaban.

Avanzó un par de pasos.

—Creo que me vuelvo al hotel —dijo.

Madame y John se volvieron hacia él.

—Tengo que volver —repitió.

Entonces madame dijo algo sobre un niño que vivía con palomas, debía de ser la continuación de su conversación con John, y él avanzó un poco junto a ellos, decidido a parar el primer coche que pasara libre. El niño había desaparecido, es lo que ocupaba a madame. Era hijo de una portera, o más bien de una modista, y tenía un talento especial con las palomas, un talento muy peculiar. Aunque no se trataba exactamente de un talento. Era un don. Haciendo un pequeño gesto, quizá sin hacer nada, los pájaros lo seguían. Como las ratas al flautista mágico del cuento de Andersen. El niño las adiestraba en un patio interior, debían de haberle dado permiso de manera excepcional. Vivía con ellas y les hablaba. Aunque no era exacto decir que les hablaba. En fin, la cuestión era que todos los jueves, en las *séances de spiritisme* en el palacete de madame de Fillion, las palomas, sin que nadie las llamara, se subían a la primera planta y esperaban en el balcón del salón de verano entre las azaleas, los hibiscos, las scheffleras. Se colocaban de dos en dos siempre en armonía creando un cuadro en el que se alternaban azaleas púrpuras y rosas con capullos apretados, luego palomas, scheffleras con sus anchas hojas de verde intenso, otra vez palomas, hibiscos amarillos, otra vez palomas, seguramente las de mayor edad, como si dijéramos los sabios de la hermandad, porque funcionaban como una hermandad, y, por último, las azaleas que ya estaban en flor, éstas en el extremo del gran balcón, con las flores ya abiertas en forma de trompeta. Cuando terminaba la *séance*, las palomas se iban sin hacer ruido. Pese a que nadie lo había expresado abiertamente, todo el mundo sentía que el sorprendente éxito de los encuentros espiritistas de madame Fillion se debía a aquella plácida e inexplicable presencia. Todos los jueves, los espíritus se aparecían sin hacerse de rogar, no ponían dificultades ni hacían los acostumbrados remilgos. Respondían con precisión y sin acertijos a las preguntas, como si se

hubiera abierto una vía de comunicación despejada con el más allá, un pasaje a través del cual muertos y vivos podían comunicarse sin impedimentos obstáculo o más bien por el que los vivos podían extraer toda la información que querían. Así es como se enteraron de lo de la querida del general Legrie y pudieron reaccionar *ipso facto* antes de que diera cuenta de su segundo castillo en el Loira. Así fue como se enteraron de los zafiros y los luises de oro de un lejano antepasado de una amiga cercana de madame que estaban escondidos en un estuche con pocas, pero selectas, joyas, un estuche enterrado entre cenizas, en un hueco en la pared tapado con ladrillos en la lavandería de la ruinoso casa solariega. El antepasado se presentó en la *séance* y describió con detalle dónde estaba el escondite. Claro que quizá no habían observado el fenómeno de las palomas desde el principio. Las cortinas estaban siempre cerradas y tardaron en darse cuenta. Hasta que una tarde, una tarde asfixiante por la humedad que subía del Sena y se pegaba a la piel, la marquesa de SaintMichel estaba al borde del desmayo y tuvieron que abrir la puerta central del balcón. Entonces las vieron. Tan quietas que parecían hipnotizadas. En un decorado de absoluta armonía entre plantas en flor que cortaba la respiración. A menudo, antes de que empezara la *séance*, alguien se levantaba e iba a echar un vistazo detrás de las cortinas. Sin comentar nada. Por supuesto que madame de Fillion había intentado muchas veces dar una propina al niño, pero aquel se negaba rotundamente. A pesar de lo pobre que era. Ahora el niño había desaparecido. Y con él, las palomas. Las *séances* resultaban un fracaso absoluto. Una payasada digna de Caraguiosis, por decirlo en términos griegos. Eran desesperadamente ridículas. Inconcebiblemente ridículas. Inconcebiblemente.

—¿Qué pasa? —preguntó John.

—Tu amigo me ha triturado... Pero espera un momento. El niño de las palomas. ¿Te acuerdas ayer, cerca de las galerías Lafayette?

John no se acordaba.

—Había un niño junto a una jaula de palomas. Estaba lleno de cardenales y tenía una herida como un navajazo en el cuello. Sentado en el suelo. Al lado del puesto en el que paramos a que le compraras el regalo a Rosina.

Fue como si el desconcierto de John le espoleara para seguir.

—Le compraste a Rosina un pañuelo rojo de regalo, ¿no te acuerdas? — volvió a decir.

—¡Alto, alto! Aquí vivía Victor Hugo —gritó Mardaras—. Cuando volvió del

exilio. En el número 48, y justo al lado, en el número 50 de la avenue Frochot, ¿quién vivía? Ni se lo imaginan nuestros amigos alejandrinos. Vivía madame Sabatier, ¡la Apollonie de Baudelaire! Imagínenselo en el Nouvelle Athènes, se me eriza el vello cada vez que lo pienso; allí dentro, sentado en una esquina, le escribía aquellos maravillosos poemas. Baudelaire, un hombre joven por aquel entonces, con las uñas cuidadas y el pelo verde.

–Verde absenta –dijo madame.

La calle serpenteaba en una pendiente imperceptible entre elegantes mansiones ahogadas en el verde y casas señoriales de arquitectura variopinta. Avenue Frochot. Demasiado estrecha para considerarla *avenue*.

–«*Je t'aime, ô ma très belle, ô ma charmante...*» –recitó Mardaras.

–Un pañuelo rojo, ¿se te ha olvidado? –insistió mirando a su hermano.

Era como si John no le oyera.

–«*Que de fois... Tes débauches sans soif et tes aurores sans âme. Ton goût de l'infini...*».

–Cállese de una vez –dijo madame.

A John se le había quedado la cara como la cera, sin sangre. Se volvió hacia los demás y dijo:

–Constandinos ha trabajado sobre Baudelaire.

Esto no hacía falta.

–Lo ha traducido.

He served me right, pensaría más tarde esa misma noche al recordar lo acontecido. Vaya manera de jugármela. Aunque no había sido la intención de John. En cualquier caso, el resultado seguía siendo el mismo.

Mardaras gorgoteó:

–¿Qué poema, qué poema?

–«Correspondencias».

–Sensacional.

«Correspondencias según Baudelaire». Vio ante sí el título tal y como lo había pasado a limpio en una hoja en blanco con esmero y mano firme. Los rabitos de las lambdas, la beta mayúscula ligeramente rizada. Letras espaciadas, aplastadas, insistentes. Como si la obstinación pudiera suplir la falta de talento, dijo para sí. Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Qué buscaba? ¿Apropiarse del original? «Correspondencias». Una obra maestra. Había escrito un pastiche con versos traducidos del poema de Baudelaire y versos suyos. Entonces le pareció genial. Ahora le repugnaba.

Menos mal que a madame sólo le interesaban las palomas. Ignorando a Baudelaire, recondujo la conversación hacia aquel tema.

Baudelaire, Rimbaud, Hugo, me abrumáis. Vuestra talla me aplasta.

–Vuestra talla me aplasta –dijo en voz alta. Nadie reaccionó. Había hablado para sus adentros.

Como en un gran cuadro en el que al rasgar el lienzo aparece otro cuadro detrás y luego otro y otro más hasta que al final la tela cae en jirones, se vio a sí mismo, aquello que él consideraba ser –¿y quién consideraba que era?, un renacuajo–, hecho un trapo y cayendo desgarrado. El eco de aquellos nombres resonaba en su interior. Baudelaire, Rimbaud, Hugo. Rimbaud. Verlaine. Mallarmé. Baudelaire, otra vez Baudelaire. La lista era implacable.

–Basta –dijo en voz alta. Otra vez había hablado para sus adentros. Miró hacia delante enfadado.

Delante de él todas las caras tenían ahora la misma expresión de fatigada alegría. John estaba sentado enfrente y por detrás de sus hombros se movían lentamente otros rostros más pequeños con una sonrisa flaca y arrugada. Pero ¿cómo habían acabado allí? Un momento de inspiración de madame.

Dos filas de mesas recorrían a lo largo la estrecha sala y el mozo del mandil manchado arrastraba aburrido una escoba desdentada empujando la suciedad de una esquina a la otra. El espacio recordaba más un pasillo o un pasaje cerrado entre vagones de tren. Y del fondo llegaba en oleadas desordenadas una especie de neblina de plumones y alas, vientres blancuzcos y pequeños ojos vidriosos; el ruido de fondo zureo de las míticas palomas de madame, que las evocaba sentada con expresión apática y la mirada vagando por los borrosos espejos del café *sans nom*.

Palomas de altos vuelos y palomas torcaces. Palomas chinas. Palomas mecánicas. Palomas en miniatura. Mercado de valores de palomas. Aunque las palomas que acompañaban los encuentros espiritistas en la mansión de madame de Filion pertenecían a otra raza. No a otra raza, aquello no era preciso. Tenían cierta aura. Y mientras madame las traía a su memoria contemplando aquella imagen de increíble armonía en el balcón del salón de verano lleno de palomas inmóviles entre las plantas en flor, le parecía que casi tenían expresión, sí, expresión humana. Una serenidad olímpica. No. No emanaba de ellas ninguna cualidad humana, sino algo distinto, sobrenatural.

Exhalaban la gracia de una potencia superior, algo casi divino, que la propia madame nunca hubiera reconocido en el pasado y que para ser sincera le resultaba doloroso reconocer ahora ya que siempre se había considerado agnóstica. Y lo más extraño era que el 15 de octubre de cada año, cuando las *séances* se trasladaban del salón de verano a la primera planta, a una sala casi circular al lado del gran comedor, una estancia diferente a las demás, con techo abovedado, pintada de rojo apagado y aun así *ardent*, que recordaba más al tocador de una cortesana ennoblecida y disonaba del resto de la decoración, las palomas los seguían. Allí no había balcón. Las palomas se colocaban de dos en dos en la techumbre y encima de las farolas, mientras que otras se posaban a la pata coja sobre las rejas, unas rejas monstruosas que había diseñado un arquitecto belga, con puntas afiladas y sucesivas espirales de uróboros, se quedaban durante horas allí flotando en el vacío y aun así en absoluto equilibrio. Claro que no ofrecían la misma imagen de sofisticada armonía que en el salón de verano. No se daban las condiciones técnicas para ello. Pero así y con todo, los pájaros se colocaban en orden –cada cual conocía perfectamente su sitio– creando incluso en aquellas desfavorables condiciones el cuadro de una presencia estudiada que disponía favorablemente a los espíritus. Desempeñaron a la perfección su papel durante todo el invierno, todos aquellos meses húmedos, interminables, neblinosos. *Bref*. Ahora todos los habituales de las *séances* estaban desalentados. Los espíritus desaparecidos. Y cuando alguno aparecía por casualidad, algún espíritu menor, insignificante, era para burlarse de ellos y perderse en la espesa penumbra con una horrible risita. El niño hacía llevaba treinta y tres días desaparecido.

–La edad de Cristo –dijo Mardaras.

John se inclinó hacia él.

–El pañuelo rojo –empezó.

–¿El de Rosina?

La mano de su hermano acarició la boca del vaso y se quedó inmóvil.

–¿El regalo de Rosina? –insistió–. Me quedé sorprendido de que se te ocurriera comprarle un regalo a la sirvienta.

–No es lo que crees.

No creía nada. El mozo del mandil manchado pasaba la escoba perfilándole los pies. Le daban ganas de darle una patada. Una patada fuerte en la espinilla. No hizo nada, como es natural. Recogió los pies.

–Te explico cuando volvamos al hotel –dijo John.

–¿Entonces? –madame había inclinado su largo cuello hacia él–. Ha dicho usted algo antes sobre un niño con palomas.

No se le escapaba nada.

Miró al camarero dejar los platos humeantes en la mesa y dijo:

–Era un niño de unos doce o trece años con una jaula de palomas. Jugaba con ellas, no atendía a nada a su alrededor. Estaba descalzo y tenía heridas por el cuerpo. Era como si alguien lo hubiera pegado atacado, y debieron golpearlo con bastante violencia, si no, no se explica. Creo que lo encontraremos fácilmente. Estaba sentado al lado del puesto de una gitana que vendía pañuelos baratos.

Pero ¿por qué de repente se volvía malintencionado? Por alguna extraña razón, dentro de su cabeza la compra de aquel pequeño regalo estaba relacionada con el anuncio matutino de John, el anuncio de que pensaba irse de casa para vivir solo.

–Vayamos –interrumpió Mardaras.

–Podemos pasar mañana por la mañana –dijo John.

Madame se quedó pensativa.

–¿Y por qué no esta noche? Yo interrogaré al niño. Sé cómo hacerlo.

Pero madame ignoró a Mardaras una vez más y cambió de tema. Habló sobre las frambuesas, que aquel año estaban tardando mucho, y luego se refirió a un tal Léo Taxil y preguntó si tenían noticias suyas.

Una gruesa y reluciente salchicha roja flotaba medio hundida en su plato. Lentejas con tocino en verano.

–Me gusta la comida de ordinaria –declaró madame. Al ver su expresión, añadió–: Ah, he pedido también para ustedes. Se dice que la comida de los plebeyos es mucho más rica.

Madame escarbó con el tenedor el lomo de la salchicha y la miró con el ceño fruncido.

¿Sería que tenía hambre? En efecto, se le antojó delicioso. Rico, espeso, reconfortante. Salado y graso en la medida precisa. La voz de la Gorda resonó en su interior: «Hijos míos, cuidado con lo que coméis en Francia, ¡que allí las salsas ocultan muchas cosas!», y se apagó con las espesas cucharadas en las que distinguía algo indefinido, excitantemente crujiente.

–Pero ¿y usted? –espetó Mardaras, que ya había rebañado su plato entre elogios a la cocina plebeya.

El plato de madame estaba intacto.

Albergaba sensaciones contradictorias, según les dijo. No tenía hambre o más bien se había saciado al ver la comida o quizá le hubieran sentado mal ciertas noticias que había recibido aquella tarde. En fin, no estaba segura. Unos amigos de Grecia la habían informado de que la situación era crítica. La economía al borde del precipicio y el estado derrumbándose. En la práctica, aquello no debería apenarla, sus lazos con aquel rincón del mundo eran ya, si no inexistentes, bastante débiles, sin embargo, aquel rincón perdido del mundo no dejaba de preocuparla. Estaba todo maldito. De un tropiezo al otro. Aunque a grandes rasgos estaba de acuerdo con que el pueblo griego se tenía bien merecida su suerte, en el fondo sentía cierta simpatía. Una simpatía inexplicable. Cuadrillas de bandoleros y concejos rurales se habían convertido en estado de la noche a la mañana. Y eso por no hablar de esos curas suyos con las barbas de chivo y las sotanas grasientas que siempre querían tener la última palabra. Y ese inefable Diliyanis... Madame lo había conocido en el 67 cuando visitó París en un viaje oficial, pero no le había causado gran impresión.

—¿Saben la genialidad que escribió Surís sobre Diliyanis? «El primer ministro mucho abarca y la mente se le atasca...» —dijo Mardaras con una carcajada. Lo tradujo al francés para madame y lo repitió—. Pero en griego es otra cosa. Le va a Diliyanis que ni pintado.

—Creo que aquello lo había escrito Surís antes sobre el primer ministro Cumunduros —dijo John.

—Pues le va de perlas. «El primer ministro abarca y la mente se le atasca...».

—No sé si abarca o se atasca. Esta guerra ha sido una catástrofe —dijo madame—. ¿Y quién es Surís? —preguntó.

—Un poeta ratón. *Surís-souris*. —Mardaras estalló en sonoras carcajadas.

Algunas personas de las mesas cercanas se volvieron a mirar.

Alaridos arrastrados. Qué vomitiva me resulta esa risa, dijo para sí. Como un pavo real voceando.

John también se reía. En su rostro ligeramente encendido se mantenía un interrogante sobre cuánto más le estaba permitido entregarse a la hilaridad. A su lado la cabeza de borrego se había echado hacia atrás, las manos cruzadas en el pecho que se agitaba mientras de los ojos azul desteñido caían algunas lágrimas. A su alrededor otras caras medio borradas se movían con sonrisas

exhaustas. Pequeños rostros, cansada alegría. Luego la puerta del café se abrió de golpe y quedó de par en par como si la sostuviera una mano invisible. Se oyeron insultos. Dos nuevos clientes aparecieron en la entrada y el mozo pasó llevando una mesa por encima de las cabezas de los parroquianos. Cerca de la ventana había una hornacina tenuemente iluminada por un farol en una campana colgada de la pared. Por momentos la luz se intensificaba de repente lanzando un estridente resplandor sobre el desgarrado papel de las paredes. Y se debilitaba enseguida. Una mujer de verde, un verde intenso con pliegues plateados, sentada sola y algo aislada del ambiente, llamó su atención. Buena ropa, parecía cara, aunque el conjunto era descuidado como si se hubiera puesto encima lo primero que encontró a mano, el sombrero torcido y los volantes de seda arrastrando por el suelo. Tenía la cabeza baja y le pareció que una carga especial, un breve seísmo interior atravesaba su cuerpo. Detrás de ella otros rostros se distinguían como figuras de papel. Imprecisos, porosos. Le gustaría pensar su poema «De nuevo en la misma ciudad». Quizá aquella fuera una imagen que debía retener, que debía anotar para cuando viera el poema más tarde. Ofrecería el fondo para las escenas de la calle, un fondo de cuadro borroso e insulso en contrapunto con la intensidad tiránica de quien circula en medio de la muchedumbre anónima, siempre en la misma ciudad, incapaz de huir. O puede que utilizara aquella imagen en otro poema. Pero se sentía agotado. Vacío. Abarrotado de peripecias sin interés. Pequeños rostros, cansada alegría, dijo para sí. Tenía que intentar acordarse.

¿Cuántas horas llevo sin dormir?, pensó. ¿Y qué hacía allí? Miró el ojal de la solapa de la levita de Mardaras, que daba saltos con sus risotadas y de pronto se asentó. La camelia había empezado a marchitarse y los pétalos se arrugaban sobre la negra tela.

Con un gorgoteo la risa se diluyó.

–Me alegro de que su luto por la derrota en Creta no le resulte un obstáculo para divertirse –dijo con media sonrisa.

El otro no lo escuchó y tuvo que repetirlo. Pero ¿por qué se molestaba? ¿Por qué se empeñaba en meterse con aquel necio?

Mardaras se incorporó en su sitio.

–Pero... –dijo con rubor, mirándolo, y luego se volvió preocupado hacia madame.

–El fiasco que usted llama derrota heroica –insistió elevando el tono, y sus

ganas de confrontación se desinflaron.

–Tiene ideas innovadoras nuestro amigo alejandrino.

–Diría más bien que es demasiado pragmático.

Éste era su hermano, siempre listo para limar aristas.

–*Quelle folie de grandeur*, esa intervención en Creta –dijo madame.

–¡Todo lo contrario! Fue el espíritu de la revolución del 21 lo que inspiró la intervención en Creta. La visión de la nación. Una visión poética. Al contrario que el estrangulamiento del espíritu griego que persiguen algunos. Al contrario. Una lástima que no esté aquí Moréas, se lo explicaría a ustedes todo.

Moréas era la guinda del pastel.

–*Un drôle de bonhomme* –dijo ella. Lo veía a menudo en el mismo sitio, en el mismo café de Saint-Germain con sus papeles sobre la mesa. Una posición estratégica, en opinión de ella, porque desde donde se sentaba podía controlar quién entraba y quién salía.

–Parece que ejerce mucha influencia, sobre todo en los poetas jóvenes. Se puede decir que orienta la vida intelectual –empezó John.

–¿Hace de agente de tráfico en los cafés?

–Aunque no lo crean, muchos movimientos importantes han comenzado gracias a él. Piensen que todas estas nuevas corrientes poéticas quizá no hubieran encontrado una expresión sin Moréas, él les ha dado el fundamento teórico para que puedan existir.

–Exacto –dijo Mardaras agradecido por el apoyo.

–Lo tiene endiosado usted, querido –lo que ella veía era un hombrecillo ridículo que pasaba las noches y los días en el mismo café, veía el trasiego de gente y escribía de vez en cuando. Con el grueso bigote y la actitud severa del tendero que apunta lo fiado en el cuaderno. Aunque quizá John tuviera razón y Moréas creyera sinceramente que regula la circulación intelectual de París desde su mesa. Que le diera entonces el prefecto un *bâton blanc* como el que les daba a los policías para desempeñar su trabajo.

Jean Moréas con un porra blanca.

Metió las manos en los bolsillos del chaleco y se encendió un cigarro.

Un hombrecillo ridículo.

Miró a madame y sintió que tenía una aliada.

–El corazón de la poesía late en el sexto *arrondissement* –decía Mardaras.

No oyó lo que seguía. La mujer de verde que estaba cerca de la ventana

parecía estar al acecho de algo. Otra vez la misma sensación de un temblor interior que atravesaba todo su cuerpo. El camarero se acercó a ella con la bandeja y le pareció que hizo un movimiento de apartarse unos centímetros de la mesa, que intentó tomar cierta distancia quizá inspirando profundamente para poder controlar el temblor. Todavía apartada extendió la mano. Sobre la mesa había una jarra con un pico extraño, un vaso alto con dos dedos de líquido verde transparente y al lado un tazoncito, probablemente un azucarero. Se puso el vaso delante, agachó la cabeza aún más. Parecía moverse con parsimonia a propósito. Pero ¿a qué esperaba? Luego advirtió que sostenía una cucharilla que apoyó en el borde del vaso. Con la otra mano tomó un terrón de azúcar y lo puso en la cuchara. Se agachó más todavía. Sus movimientos eran demasiado lentos, como si interpretara la representación teatral de un rito. Alzó la jarra y empezó a verter el agua gota a gota sobre el azúcar. El líquido del vaso se enturbió. Cambió de color. Se volvió amarillo podrido y justo después blanquecino. Pero estaba lejos, no podía estar seguro. La mujer soltó la jarra. Se acercó a la mesa, se echó casi encima de ella; vio los dedos de la mujer apretados en torno al vaso.

–Ayer por la tarde comimos en Procope –escuchó que decía John.

–Allí tenía su mesa Voltaire.

–Y Verlaine también frecuentaba Procope. Allí escribió *L'Art poétique*.

–«*De la musique avant toute chose...*» –murmuró John.

«*Sans rien en lui qui pèse ou qui pose*», dijo para sí. Era el último verso de la estrofa y durante algunos años había sido para él la norma del arte poética.

Empujó la silla y se levantó. Avanzó hacia la puerta del café zigzagueando entre las apretadas mesas. La abrió, echó un vistazo afuera. Después se volvió a mirar a la mujer. El vaso que tenía delante estaba vacío. Los brazos colgaban. No había tensión interna. Su cuerpo se sostenía en algo casual, hipotético, una convicción que ella en sus mejores momentos había creído que constituía su fuerza personal y que de un momento a otro, si se percataba de que no existía, se derrumbaría. Bajo el ala del sombrero, su cabeza asomaba de un modo poco natural como si brotara de un tronco muerto con ese rostro alargado e inexpresivo pegado encima. Le pareció que ella lo había advertido y que iba a sonreírle. Vio aquella horrible sombra en su boca. Le faltaba un diente, una paleta.

Emerger, brotar, surgir. Le vino a la mente una imagen como cuando se mira desde lo alto de una escalera y se ve a alguien subiendo, y el que subía

era él mismo, que iba a su despacho con pasos torpes. Dentro de una semana. Dentro de una semana subiría aquellas escaleras de la Sección de Riegos. Se las sabía de memoria, los rellanos de mármol rayado, la barandilla de madera, las paredes, las grietas, dónde estaban desgastados y dónde había hoyos en los escalones de todos los pisos. Volvió a ver sus pies subiendo aprisa y al fondo, tres pisos más abajo, dentro de la sima esperaba aquella boca contraída en una sonrisa con la horrible sombra.

Cuando volvió a la mesa, madame parecía lista para marcharse. Volvió a referirse el nombre de Léo Taxil. John había escuchado algo que atrajo su curiosidad y ella reconoció que durante un tiempo se había sentido apasionada por la cuestión. Claro que tenía su propia opinión al respecto, aquello quería dejarlo claro desde el principio, porque el caso Taxil había cobrado unas dimensiones desmesuradas de manera injustificada. Se trataba de un personaje esperpéntico. Fanfarrón e ignorante. Aunque peligroso, como había quedado demostrado. Con posterioridad, madame había llegado a la conclusión de que debía de haberse llevado muchos palos en el internado de jesuitas en el que sus padres lo habían metido. Como enemigo jurado de la Iglesia, había escrito varios libros que no habían tenido la acogida esperada por él. De pronto, un cambio de raíz. Se arrepiente, abraza públicamente el catolicismo, repudia sus escritos y lo mejor de todo... recibe el perdón del papa, papa que dos años antes lo había excomulgado porque Taxil había escrito un opúsculo pornográfico en su nombre. Y entonces el *coup de scène*. Comienzan las revelaciones sobre la masonería. Los masones son un instrumento de Satanás, ¿qué puede haber más simple? Taxil da nombres. Deja en evidencia a gente conocida. Se convierte en el niño mimado de los obispos. El público lo sigue con pasión. Una furia antidemónica barre Francia de punta a punta.

Emerger, brotar, surgir. ¿Por qué se le había pegado aquello? La mujer de verde seguía en el mismo sitio. El vaso vacío delante. De vez en cuando la luz de gas de la campana que tenía detrás se hacía más intensa, y su figura se volvía granulosa, gruesos granos de arena que se separaban bajo el efecto del repentino resplandor.

En opinión de madame, el caso Taxil fue lo que dio al traste definitivamente con el Segundo Imperio. No fue el año 1870. Ni la Comuna. El Segundo Imperio, o su fantasma, vivía en el pensamiento de todos y estaba esperando el momento preciso, hasta que el caso Taxil lo barrió como si fuera

un castillo de naipes. Necios todos, comentó en medio de la narración de madame. El papa León recibió a Taxil en una audiencia oficial y aquél, implacable ya, siguió haciendo nuevas revelaciones; el broche fue la de los paladistas, una potentísima secta que adoraba a Belcebú. Publicó testimonios escritos sobre rituales y orgías. Se produjo un escándalo. Y nuevo *coup de scène*... La gran sacerdotisa de los paladistas llega a París. Era 19 de abril. Hacía dos meses. La sala de la Société Géographique hasta la bandera y la flor y nata del catolicismo en las primeras filas. Taxil había prometido que Diane Vaughan, la gran sacerdotisa del satanismo, estaría presente. Aparece solo, sube al estrado y revela que todo había sido una farsa.

–Esa Diane Vaughan dicen que era una mecanógrafa de Ohio.

–Mecanógrafa o pastorcilla, inexistente aunque existiera.

Le gustaba escuchar a madame mientras pensaba en otras cosas. Esa expresión seca, impasible. El extremo cuidado que ponía en ser precisa sin alejarse de cierta vaguedad. Quizá la vaguedad fuera cuestión de elegancia, una especie de cortesía hacia los interlocutores. Y su mente andaba por otra parte, en un suceso muy antiguo cuando todavía vivían en la calle Cherif. Había encontrado refugio en el jardín. Seguramente habría estado llorando, porque le escocían los ojos. Mientras caía la noche, las pesadas hojas de la palmera descendían sobre él. Resonaban susurros, pasos, silbidos, resuellos. El cielo se había oscurecido y las sombras se apagaban en el sendero alfombrado de hierba. ¿Qué había pasado antes? No se acordaba.

Mardaras se estaba riendo de nuevo y madame lo mandó callar con un gesto de la mano. Porque el relato o, más bien, el *feuilleton* seguía. El caso Taxil se había enredado con el de otro sujeto, Édouard Drumont, y los dos intercambiaban acusaciones repugnantes. El tal Drumont, que era un feroz enemigo de los judíos, se encontraba ahora en Bruselas, desde donde lanzaba diatribas sobre conspiraciones sionistas. En fin. Aquellos fenómenos los alimentaba la tendencia que tiene la sociedad a dividirse en clanes. Una tendencia primitiva. La profunda necesidad de la gente –necesidad antediluviana, de aquello no había duda– de posicionarse a favor o en contra del uno o del otro. Sobre todo en contra del otro. En opinión de madame, aquélla era también la esencia del caso Dreyfus. ¿Qué esencia? Nada. Sus amigos estaban divididos en dos bandos, la mitad a favor de Dreyfus, la otra mitad en contra de él. Personas que habían crecido juntas desde la cuna, que frecuentaban los mismos círculos, que iban a los mismos restaurantes. Todos

ellos habían sucumbido al primitivo impulso de dividirse en facciones. ¿Había lógica en todo aquello? Ninguna. La masa estaba sedienta de torneos y espectáculo, aunque se tratara de una masa que habitaba castillos y mansiones, sabía montar a caballo y distinguía una bechamel de una bearnesa. Por ejemplo, cuando Charcot todavía estaba en Salpêtrière, ¿no corrían todos a ver a aquellas pobres desgraciadas que caían en éxtasis? ¿No era el Bal des folles un acontecimiento mundano de primera importancia? Hasta ella había ido. ¿Acaso iban por interés científico? «Les pregunto», dijo, y se detuvo.

–El *Tout-Paris* –le salió espontáneamente.

–Exacto, querido.

Aquél era el mundo de madame y ella lo adoraba. Pero aquello no quería decir que no viera sus puntos débiles. Que eran con toda seguridad los mismos que los de ella. Con aquellas palabras se puso en pie dando la señal de retirada.

Las palomas, oscuras bailarinas, pasaban por delante de la ventana. Un fuerte viento del norte, musical, con el sonido del mar como acompañamiento. Estaba esperando a su primo tumbado. Debía de haber tormenta en el Bósforo. Entre las dos orillas, la salvaje espuma debía de azotar las barcas de pescadores. El ulular del viento atravesaba la casa con un lamento arrastrado, y vio a los pescadores que se echaban corriendo sobre los aparejos, agarraban una soga, una bita, lo que sea, trataban de escalar por el mástil, pero los pies se les resbalaban, el casco se inclinaba peligrosamente, la bodega se había inundado. Por favor, pescadores, no lloréis. Pescadores con barba de dos días y sabor a sal en el ancho pecho. El viento azotaba en Tarabya. Una opacidad fatídica cubría Yeniköy. En Santa Sofía, los cuatro minaretes hundidos como estocadas en la niebla. La habitación tenía los techos bajos, huecos. Se había echado una guerrera por encima, pero el frío lo atravesaba. Su primo tardaba. A lo mejor no venía ya. No sería la primera vez. Las palomas pasaban por delante de la ventana.

Debía de haberse dormido con los ojos abiertos. Recordaba que madame se había levantado, pero la veía sentada.

Su hermano lo sacudió.

Hablaban sobre Bizancio.

–Lo que Constandinos opina... Cuéntanoslo tú –lo animó.

Su primo siempre iba perfumado, se acordó. En aquellos años en Constantinopla, aquellas colonias y aquella afectación en el vestir causaban mala impresión. A él, sin embargo, le gustaban y admiraba mucho a su primo. Independientemente de que aquél lo traicionara al final. Aquello no cambiaba la atracción inicial, el magnetismo que había ejercido sobre él. Tampoco la chispa, el inesperado colorido que habían cobrado aquellos años pobres e ingratos gracias a la compañía de su primo. No habían mantenido ningún contacto. Años pobres, miserables.

Qué raro que las palomas pasaran imperturbables. Indiferentes a la violencia del viento. Ejecutaban sus misteriosas figuras delante de la ventana, las cabriolas, las piruetas hacia atrás, los picados bruscos. De dos en dos, en un armónico *pas de deux* y, de repente, una caída en picado que cortaba la

respiración. Y alrededor la naturaleza en extrema agitación, los lamentos del aire, las ramas partiéndose, las altas olas, los pescadores colgados del mástil. Resplandores que desgarraban la oscuridad. La casa se sacudía desde los cimientos. Al fondo, más allá del mar de Mármara, Santa Sofía parecía hundida en el remolino de la escarcha. Un ciego corría a salvarse, una sombra que parecía un punto en el atrio enlosado de mármol de la iglesia. Los perros ladraban. Una nube de polvo negro cubría las barriadas. A aquella hora el aprendiz se habría ido ya de la herrería. Estaría él también tumbado con los ojos abiertos pendiente de la tormenta. Bocarriba sobre el colchón de paja, intranquilo sin entender qué sucedía en su cuerpo adolescente, qué significaba aquel extraño escalofrío que lo hacía sacudirse sin razón y luego aovillarse, querer acariciarse los glúteos y la parte de dentro de los muslos. Aquel frío y el miedo al siguiente relámpago se solapaban en su interior con la excitación del placer. No le había hablado a su primo del aprendiz. Como si quisiera mantenerlo apartado. Temía su ironía, o, peor todavía, que lo reclamara para él. El viento iba dando alaridos. Tiró de la guerrera para arroparse mejor. Dentro de la tormenta, aquella fantástica calma. Las palomas, misteriosas bailarinas delante de la ventana.

Tenía los ojos abiertos, pero dormía.

Concilio ecuménico del 754.

Iconólatras e iconoclastas.

Quemaban los iconos. Una espesa humareda se alzaba desde el atrio de Santa Sofía ennegreciendo la cúpula flotante. Una pesada niebla aplastaba la ciudad. Manuscritos iluminados y libros sagrados en la hoguera. Al lado de la fuente con la inscripción palindrómica una montaña de cenizas y residuos calcinados. Qué ambigua la expresión del Pantocrátor al lado de la de Constantino Monómaco. Cautelosa. Desconfiada. NIΨONANOMHMATAMHMONANOΨIN. Lava tus pecados, no sólo tu cara. La masa enfurecida. Humillaciones, escarnio. La persecución de los monjes, a los que arrastraban, mutilados, atados del cuello como burros. Los ojos cegados con hierros al rojo.

Hoguera.

Fuego.

Fuego líquido.

Pólvora llamas humo. En el extremo de su campo de visión, las palomas seguían haciendo figuras. Algo más breves, con interrupciones. Cabriolas,

piruetas y picados que trataba de retener con la visión periférica mientras que el movimiento se disolvía en una cierta turbiedad.

–No he dicho tal cosa –se escuchó la voz de madame.

–Cuando el emperador se autoproclamó patriarca.

–Eso me es indiferente. O más bien se trata de un elemento más del delirio del imperio bizantino, de su fanatismo. Lo único seguro es que en el miedo radicaba su fuerza.

–Es cierto que el miedo cohesiona –dijo John.

–En fin, esa parte de la historia griega me repugna. Me repugna profundamente.

–Yo iría con los iconoclastas. Pese a su fanatismo, tenían una *pureté*. Los encuentro, además, muy cercanos a ciertos movimientos poéticos.

¿Quién había hablado? Mardaras, quién si no.

–Constandinos piensa que detrás de la iconomaquia había sobre todo intereses militares. Lo que pesó fue la necesidad imperiosa de aumentar las tropas para repeler los constantes ataques de los bárbaros de Oriente. Y al reclutar fundamentalmente de las tribus de Asia Menor, donde las convicciones antiicónicas de los árabes y del islam estaban muy extendidas a causa de la vecindad, la campaña contra los iconos se imponía de algún modo.

Cómo le molestaba que hablaran por él. Pero al cruzar su mirada con la de John, sincera y amable, entendió que estaba exagerando, que el cansancio lo había dejado exhausto. Veía ante sí la habitación del hotel como un oasis. La cama que tendría sábanas limpias, la mullida almohada con el camisón encima doblado simétricamente y al fondo la silueta de la jarra de agua dibujándose en la suave penumbra.

–En Occidente se entiende la iconomaquia como un período de barbarie y oscurantismo. Constandinos tiene unas anotaciones al respecto de su lectura de Gibbon. Aunque otros distinguen en ella un primer intento de reforma social. ¿No defendía algo parecido Papparigópulos en su *Historia de la nación griega*?

John lo miró expectante. Si te crees que voy a sacar las castañas del fuego yo solo, estás muy equivocado, es lo que decía su expresión.

–Escribió que era un intento de limitar el papel de la Iglesia y de los monjes. Del vasallaje también. ¿Te acuerdas de que lo estuvimos comentando? Creo que tus tesis no diferían mucho de las de Papparigópulos.

Decías que, dejando a un lado los actos violentos (que no se pueden calificar nada más que de primitivos), la iconomaquia podría entenderse como un movimiento moderno. Un cuestionamiento del antiguo mundo, del antiguo orden de cosas. Aunque a ti creo que te seduce más la iconolatría.

–Si cruz y lanza y caña y esponja –dijo.

Eran las palabras de Juan Damasceno.

–Los europeos nunca han entendido a Bizancio –volvió a decir.

Cruz, lanza, caña y esponja. Si venero los objetos con los que los judíos mataron a mi Señor, porque fueron los instrumentos con los que se llevó a cabo mi salvación, ¿cómo no venerar las imágenes que con devoción pintaron los fieles para alabarlo?

Podía decirles tantas cosas. Podía replicar a madame con su consabida y previsible aversión a Bizancio, pero también a John, que veía la cuestión de forma tan racional. La causa y la razón.

No había causa ni razón.

Primavera, erotismo. Primavera. Viernes Santo en Alejandría. Los serafines con sus seis alas detrás de la cruz. Oh, mi dulce primavera, dulcísimo hijo. El Santo Sepulcro, el *Epitafios* decorado de flores, las velas encendidas, la plata y esa devoción al borde del placer. Había muchas cosas que los occidentales no entendían, pues no tenían la posibilidad de entenderlas nada más que en abstracto, teóricamente. Los elementos paganos que seguían vivos en la fe ortodoxa. Quizá algo más profundo que el paganismo. El ciclo de la vida. Muerte, nacimiento y ese desgarrador interludio que había que consagrar a prepararse para el final. Que no era final, sino un nuevo comienzo.

Sintió una repentina nostalgia de Alejandría. Como si llevara años atrapado allí. Preso en el café sin nombre. Nuevos clientes llegaban a pesar de la avanzada hora. La mujer de verde no estaba ya en su sitio. El vaso vacío sobre la mesa y al lado la jarra con la extraña boca que recordaba al hocico de un zorro.

–Lo que me interesaría estudiar más es el final de la iconomaquia –comenzó, pero no continuó.

Había un verso en un poema suyo antiguo. Un adolescente vestido de blanco que sostiene la Cruz en la cabeza de una procesión. De barrio en barrio los cristianos salen de sus casas y se postran. El hermoso adolescente avanza con la Cruz en alto. Era una imagen imponente. El resto de cosas que

había escrito sobre Bizancio no lo satisfacían. Como si el marco histórico entrara de manera artificial en el poema y los versos chirriaran.

John dijo algo. Después madame le preguntó algo, pero no la escuchó.

–Discúlpenme –dijo explicando que en aquel momento hasta el más feroz iconoclasta le parecía una divinidad del sueño porque estaba rendido.

A madame le pareció un comentario muy agudo.

Al llegar al Saint-Pétersbourg, John se detuvo en la entrada. Vio el coche alejarse.

–Qué noche –suspiró.

El hotel estaba oscuro. Sólo una luz tenue brillaba en el interior, probablemente la luz del joven *valet* que esperaba en vela.

–Eso último que ha dicho madame ha sido insuperable. Comparar el caso Dreyfus con la iconomaquia. ¿Te has fijado? Según ella, *mutatis mutandis* el asunto es el mismo y ¡Zola y Anatole France son los iconólatras de la historia!

John se rio con la vista puesta en el punto por el que el coche había desaparecido.

–¿Cómo se le habrá ocurrido hacer semejante comparación? Con la única diferencia de que, como subrayó, los iconólatras de Dreyfus no raspan la pintura de su imagen, ni la acarician como los bizantinos. Y la historia de las palomas, ¿qué te ha parecido?

Hizo una pausa y rebuscó en el bolsillo.

–Las palomas que embelesan a los espíritus. Valiente historia. Aunque te voy a decir una cosa... ¿Por qué me has dejado solo hablando sobre Bizancio? Si el experto eres tú. Me lo debes; la próxima vez...

Otra vez la misma risita nerviosa.

Fue a entrar al hotel, pero John, que estaba parado en la puerta, le cerraba el paso.

–Ah, lo otro, lo del Arca no lo has escuchado. Te habías adelantado y Mardaras se ofreció a ir a buscar al niño de las palomas, a madame no se la veía muy dispuesta, algo le preocupaba. De pronto dijo que sospechaba dónde podría encontrarlas. ¿Dónde? ¡En el Arca! *Out of the blue*. Debían de haberlas camuflado allí. Había oído que apostaban mucho dinero a las palomas en el Arca, un sitio que frecuentaba su cuñado y otros cretinos. Mardaras se puso de todos los colores...

–¿Qué pasa? –lo interrumpió.

Su hermano no se volvió hacia él.

El pañuelo rojo.

Debía de habérselo imaginado.

El pañuelo rojo era un regalo para una amiga de John. Una amiga muy especial por la que albergaba unos sentimientos particulares, como repitió dos veces evitando mirarlo.

¡Una niñera inglesa que trabajaba en El Mansura! Con un calcetín escondido en el fondo del baúl.

Desteñida, con la cara llena de pecas. Una niñera. Que además de cuidar a los niños puede que hiciera labores del hogar. Limpiar los platos, barrer... a lo mejor hasta frotaba la ropa sucia en la pila cuando la sirvienta tenía el día libre.

Iban subiendo la escalera hacia sus habitaciones. Menos mal que estaba hecho polvo. En otras circunstancias, habría proferido calificativos y expresiones de las que se habría arrepentido más tarde. En el último escalón, John se detuvo y le pidió que no se lo dijera a nadie. Que lo guardara en secreto. Nadie lo sabía. Sólo a él le había confiado sus sentimientos.

Sus sentimientos.

Delante de ellos, iba el *valet* iluminando con la lámpara.

Esto va a acabar con la Gorda, pensó. Yo soy el que va a sufrir las consecuencias dentro de ese asfixiante salón, los suspiros, los chillidos, las lágrimas ahogadas detrás del pañuelo.

—¿Te has parado a pensar en madre? —preguntó.

Sin esperar respuesta, hizo una seña al *valet* de que no lo necesitaban y avanzó en medio de la oscuridad.

Iba a ciegas. No estaba seguro de cómo podía encontrar su habitación. Avanzaba palpando la pared.

La noticia lo había machacado.

Oyó hablar detrás de una puerta. Voz masculina y femenina. Discutían. Se detuvo un momento. La voz femenina subió dos tonos y repitió la misma palabra incomprensible como si fuera una pregunta que para ella era respuesta. Le pareció ruso. Pegó el oído. La voz masculina fue a hablar y sonó decaída, a la defensiva, pero la femenina empezó a hablar al mismo tiempo ahogándola en un torrente de consonantes. Algo de cristal se rompió. La mujer rio histérica. Luego un golpe seco, seguramente se oyó desde otra planta. Oyó pasos que se acercaban y se apresuró a alejarse.

Su habitación se encontraba al final del pasillo. Entró, empujó la puerta detrás de sí. Cayó redondo sobre la cama. Las sábanas estaban estiradas,

almidonadas. La almohada se hundió bajo su cabeza. Éste es mi *Epitafios*, pensó. Sin ornamentos, sin procesión. La voz de la mujer enfadada resonaba todavía en su interior como un rumor de piedras que ruedan por una galería subterránea. Que empiezan rodando hasta amordazar la débil voz masculina. Se preguntó si cabía la posibilidad de que el hombre que estaba detrás de la puerta fuera el joven bailarín. Encerrado en la habitación. A merced de una mujer ruda, histérica. Qué horrible risa. Perversa. Qué vulgar en comparación con la risa gentil de madame. Aquel ja seco y apático. Al pensar en madame, lo asaltó una duda. No estaba seguro de si le había causado buena impresión. Apenas había hablado a lo largo de la velada dejando pasar todas las oportunidades de exponer sus puntos de vista. En dos casos particularmente, en la conversación sobre Bizancio y sobre la guerra en Creta, se había quedado indeciso escuchando a los demás hablar como si no tuviera idea. Soltando de vez en cuando una frase deslavazada en el momento menos oportuno. Cuando podía haber rebatido sus tesis con facilidad. Podía haberles demostrado que a pesar de ser de Alejandría era mucho más que los aristócratas amigos de madame. ¿Mucho más qué? ¿Más culto? ¿Más refinado? ¿Más...? No tenía una posición social brillante, eso lo sabía. Era algo que lo había torturado muchas veces. En casa de los Benakis, de los Salvagos, cuando los invitaban a las grandes casas, tenía la impresión muchas veces de que acudían como los parientes pobres. Y ahora el tiro de gracia. Los sentimientos de John. La ambigüedad de su posición social en Alejandría dejaría de ser ambigüedad; aquel digno declive de la familia que durante años habían conseguido enmascarar. Una niñera. En El Mansura. Seguramente fuera arrastrando el abrigo por el barro. Criada con avena, hija de un pastor con toda probabilidad. Escondió la cabeza bajo la almohada. Le dieron ganas de llorar, quizá lloró un poco y se quedó dormido en aquella postura.

Pero cinco minutos después estaba bocarriba con los ojos abiertos. El curso invariable de una derrota. La lenta decadencia de la familia desde que murió el padre. No tan lenta. Recordaba vagamente una escena. Debía de tener dieciséis, a lo mejor quince, diecisiete. Habían vuelto de Inglaterra. Poco a poco, la Gorda había retomado sus antiguas costumbres. Las visitas, los té, alguna vuelta en coche por la tarde hasta Ramli. Era interesante darse cuenta de cómo veían los demás su declive, no cómo lo vivían ellos mismos desde dentro. Tras las cuatro paredes de la casa, con las medias palabras, las repentinas voces, los sollozos. Sollozos que acababan en cucharadas de fruta

confitada en medio de la noche. Un hermano se levantaba de pronto en medio de la comida y se iba dando un portazo, los demás se retiraban sin decir nada, uno detrás de otro, y el último se quedaba a consolar a la madre. El último era él, incluso de niño. Pero ¿fuera? Fuera no era así. La máscara cambiaba. La Gorda seguía mostrando el mismo interés por los diamantes y las joyas, pidiendo ayuda para encontrar un buen cocinero, hablando enfadada de alguna metedura de pata de los franceses en el canal de Suez. Como si no pasara nada. Los demás lo veían todo claramente pese al teatrillo. Recordaba una escena. Aquella vez en casa de Benakis. Había ido de visita con su madre, debía de ser enero, el día de san Antonio, el santo del hijo de Benakis. U otra fiesta. Acababan de subir las escaleras de la mansión. Una sirvienta que esperaba en la entrada recogió sus abrigos para colgarlos. La señora Benakis apareció por una puerta lateral. Entonces, captó algo. Un comentario. No, no se dijo nada o, mejor dicho, se dijo con un gesto horrible sin palabras. La sirvienta cargada con los abrigos preguntó algo a la señora Benakis. Aquélla hizo un «no, de eso nada» con la mano como descartando la posibilidad con repugnancia y señaló el perchero del pasillo detrás de sí.

Ahora se daba cuenta de la magnitud de aquel horrible gesto. No lo comprendió entonces. Se le había grabado la expresión del rostro porque fue muy intensa. Era obvio que la sirvienta le había preguntado a la señora Benakis si su madre y él se iban a quedar a la comida para saber dónde tenía que colgar su ropa. Los parientes pobres en el perchero, los abrigos de los invitados en el elegante guardarropa del despacho. Más tarde se había sentido extraño cuando los visitantes, uno tras otro, empezaron a levantarse entre coqueterías y cumplidos para dirigirse a la habitación de al lado, donde estaba preparada la mesa del comedor. La misma sirvienta con un delantal bordado y una cofia ridícula los esperaba en la puerta para guiarlos. Oía las voces, las risas, los tintineos de los cubiertos. Al fondo pasaban bandejas de plata. Un delicioso olor a asado. Al final se habían quedado solos en el salón con una vieja que había perdido un poco la cabeza y hablaba de las virtudes de la educación alemana, sobre todo de los baños de agua helada. Sin embargo, algo había entendido. Había sentido la humillación. Porque al salir pensó en volver y robar aquel libro.

Lo había hojeado absorto y había leído un poema cualquiera. Le chocó. Su francés no debía de ser el mejor en aquella época, pero se detuvo en varios versos y los leyó varias veces mirando de soslayo si venía alguien. «Mujeres

condenadas». Aquél era el título del poema. No conocía a Baudelaire por aquel entonces. El libro era *Les fleurs du mal*. Debía de ser la primera edición, todavía no censurada. De aquello estaba seguro porque tiempo después, cuando ya había leído a Baudelaire, se compró su ejemplar de *Les fleurs du mal*, buscó el poema y no lo encontró. Lo había eliminado la censura francesa. Pero ¿dónde se encontraba aquel libro en casa de Benakis? En el salón donde estaba sentado con su madre escuchando las aburridas conversaciones de las señoras, no.

En alguna edición distinta, había visto el retrato del poeta en la página par al abrir el libro. No era tan joven. Parecía que te estaba mirando. Aunque cogieras el libro del revés, el poeta te miraba. No te me vas a escapar, lector, eso parecía que dijera. El caso es que aquella vez en casa de Benakis no retuvo el nombre del poeta. El título sí que se le quedó. *Las flores del mal*. Más tarde le parecía increíble que hubiera un libro así en casa de los Benakis. Se lo habría dejado olvidado algún invitado. Él lo encontró en una mesa baja, puede que cerca del piano, detrás de otros libros, ya no se acordaba. En algún momento, que se había levantado para darse una vuelta sin atreverse a entrar en las demás habitaciones, esperando a que pasara el rato y que terminara la visita, para marcharse de allí con su madre. Pensar en robarlo habría sido su venganza. La respuesta a la humillación. Al horrible gesto de la señora Benakis. «Mujeres condenadas». Tumbadas sobre cojines perfumados, tras cortinas de color profundo, entregadas a un dulce letargo que las agitaba en vez de dormirlas. Sus ojos, brasas encendidas en la negra oscuridad. Sus besos que escarbaban en la piel. Marcas de dientes de bestia en la piel blanca. No entendía qué quería decir «bestia», a qué se refería el poeta, aunque sentía que era algo terrible, inevitable, justo. Pasaba las páginas y siempre se detenía en el mismo poema. Recordaba la sensación del libro en sus manos, sus gruesas esquinas algo verdosas por el uso y un dibujo en relieve en la cubierta como pequeños lirios inapreciables que acariciaban las yemas de sus dedos. Una sensación completamente erótica, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Lo olió, aquello lo recordaba con viveza. Su olor, indefinido pero apreciable, de las distintas manos que lo habían hojeado, manos y manos que se habían detenido en alguna página y que habían sudado leyendo la atrevida descripción, acentuó la excitación erótica. Y otro libro, ¿cuál era? En Estambul. En casa de su primo. Su tía no estaba. En el cuarto de al lado, su primo se estaba arreglando, se atusaba el bigote, se echaba colonia. Tabaco,

jazmín y una nota dulzona, vulgar. Estaba invitado en algún sitio; con una sonrisa autocomplaciente había declarado que no se lo iba a llevar con él. La cubierta del libro estaba amarillenta, las esquinas gastadas, bajo el título había un dibujo, como un anzuelo. Debía de haber sido un mal día; estaba triste por algo, tenía un terrible peso en el pecho que le oprimía como una prensa. No era por el comportamiento de su primo, ya estaba acostumbrado, había pasado algo. Mientras sostenía abierto el libro, sin prestar atención, ni tener ni idea de lo que leía, siempre en la misma página sintiendo, las costuras de la cubierta como rasgaduras de la piel con el pequeño anzuelo haciéndole cosquillas en el anular, las palabras oscilaron de manera imperceptible en el papel y se desdibujaron. Después, volvieron a ocupar su sitio una detrás de otra, intensamente impresas, apremiantes. Como si formaran un escudo protector. Le había dado la impresión de que todos sus deseos, toda la tristeza, la ira y el miedo podían caber en aquellas líneas. Se había olvidado de lo que decían las palabras, no tenía importancia. Lo que importaba era la capacidad terapéutica. Su poder de imponer orden en el caos del mundo y en el caos de su interior. Y luego estaba aquel libro muchos años atrás en el que tenía que saltarse una página porque le daba miedo del lobo. Quizá su primer libro. El lobo con piel de cordero. Todas las primeras ilustraciones de los corderitos jugando despreocupados en el valle le gustaban y sobre todo aquella en la que el lobo se relamía mientras los miraba escondido, aquella en especial le producía un placer inmenso. ¿Por qué temía al lobo enmascarado? Si había otros dibujos que daban miedo de verdad y, sin embargo, podía pasar horas mirándolos. El lobo vestía una piel de cordero y el pastor, sin caer en la cuenta del engaño, lo encerró por la noche en el redil con el resto del rebaño. Ese dibujo era muy oscuro. Casi no se veía nada más que la enorme lengua roja de fuego del lobo. Aquella era la imagen que no podía soportar. En medio de la noche, el pastor entraba en el redil por un cordero para matarlo. Aquel cordero era el lobo. Lo degollaba al alba con el sol asomando al fondo. Ardía un montón de leña y al cortarle el cuello con un gran cuchillo, la escena le recordaba ahora el sacrificio de Abraham. En la última ilustración, los corderitos volvían a jugar despreocupados en un claro alfombrado de verde hierba. El mal había sido apaciguado. Los corderitos en la verde hierba. Qué imagen tan aburrida. Cuánto más dramática era la del lobo enmascarado con las cuatro patas peludas asomándole por debajo de la blanca piel de cordero, la larga cola que arrastraba por el suelo y aquel hocico

que lo traicionaba con aquella expresión insaciable. El hocico de un viejo avaro. En contraposición con la bobalicona bondad de los corderos. Pero ¿se trataba de bondad? De ignorancia más bien. Ni siquiera. Era indiferencia, la inmensa felicidad beatitud de su raza. Una apatía que puede llegar a matar. Que llega a matar al lobo. El viejo que anhelaba algo imposible, algo inaprehensible. Gordos, jugosos, apetitosos corderitos. Como el miembro de aquel niño del colegio de Liverpool. El surtidor de meado dorado. ¿Cómo se estaba acordando otra vez de aquello? Lluvia dorada. Domus Aurea. Tenía que acordarse de la palabra. La palabra. La palabra que se había perdido en el suelo de Moréas.

Se levantó de la cama. Fue hasta la ventana y miró la calle. Un carril metálico en medio de edificios en silencio. Le faltaba algo para cerrar la velada. Una chispa, una promesa. Abrió la puerta y dejó que se cerrara suavemente detrás de él. Tercera habitación a la izquierda. Se aproximó con paso elástico.

Había algún candelabro encendido porque vio su sombra. Una sombra encorvada aguileña amenazante que se movía por la pared como una cuerda tensa. El cazador detrás de la presa, pensó. La huele y avanza. Por primera vez en toda aquella noche interminable y fracasada que serpenteaba por encima de un día igualmente fracasado, sintió un fervor una emoción, una alegría salvaje.

No se oía nada. La discusión había parado. Conteniendo la respiración, distinguió un sonido ronco, confuso. Alguien lloraba bajo las sábanas. Más tarde, una pequeña voz, un suspiro y otro suspiro que no fue llanto. Pegó el oído a la puerta y esperó.

Apagados cobrizos húmedos serpentinos púrpuras. Reflejos púrpuras en las aguas de un pantano cerca de El Mansura. La superficie se encrespa, se arruga. Por un momento se tiñe de sangre, luego se vuelve gris. Reverberaciones en un vaso sucio. Pegando el ojo al vaso, se ven unos colores maravillosos. Las partículas bailan, unas bajan hasta el fondo, otras suben, la saliva deja tras de sí un surco de luz; cada uno de los desperdicios, de los restos de comida, flota con alegría, es inaprehensible, cada uno de ellos, una explosión de detalles microscópicos en despreocupada ondulación. La dentadura postiza acurrucada en el agua. Tres dientes afilados. De vez en cuando parece que se mueve, que se gira ligeramente para ofrecer una mejor vista. En el movimiento imperceptible nuevos restos se desprenden, un fragmento de piel de manzana, luego algo fibroso, peludo, debía de ser buey. La dentadura inmóvil, acechando. Espera toda la noche sobre la mesilla de noche.

El agua del vaso se había vuelto turbia. No veía nada.

Turbiedad. Ningún reflejo. Apagados cobrizos húmedos serpentinos púrpuras. Nada.

Abrió los ojos. No había ningún vaso.

La campana de una iglesia tocaba a lo lejos. Cuatro campanadas. Cuatro de la mañana. Había estado todo el rato apretando los ojos sin querer para oír mejor. Pegado a la cerradura. Los reflejos se resbalaban por debajo de sus párpados.

Se había quedado agarrotado. Tenía que levantarse e irse de allí. Trató de imaginárselos de nuevo en la cama. Al joven bailarín y a la mujer. La imagen iba y venía. Basta, se dijo a sí mismo. Qué vergüenza. Arrodillado delante de una puerta ajena, trasnochado, sudado, temblando no fuera a pasar el *valet* o algún huésped insomne, no fuera a producirse algún incendio, no fuera a haber un terremoto y que saliera todo el mundo de sus habitaciones y pillaran allí al distinguido señor Cavafis. Un poco más. Dos minutos más. La habitación debía de estar a oscuras ahora, la vela se habría consumido en el candelabro. El ambiente pesado. La cama deshecha. La mujer malencarada e histérica había caído en un letargo; aunque debía de ser joven, quizá guapa,

ya que era bailarina. El muchacho tumbado a su lado. Bocarriba, los muslos medio abiertos. El suave vello dorado. Esos labios. Los labios. Llenos, algo pesados. Una perversión en las comisuras. Las voluptuosas comisuras que se volvían marcas a medida que la noche avanzaba, se dilataba, se desbordaba y se demoraba el amanecer. Estaba él tumbado junto al muchacho. No lo había tocado. Se contenía. Se estremeció ante la visión de aquel cuerpo, lo enloquecía tanto lo que vendría a continuación que en tanto lo retrasaba, por más que pusiera en tanto ponía una barrera entre ellos, cuando podría sorberlo entero, su deseo se volvía delirio. Se contenía. Se contenía a duras penas. Arrastró la mano lentamente por las sábanas y se detuvo a un palmo del lozano y lampiño pecho. El joven se volvió hacia su lado. Una pizca de descaro brilló en los labios húmedos. ¿Por qué tardas tanto?, decían sus ojos. Medio palmo aún. Y mientras sus dedos caminaban como garras por la sábana, otra cama se interpuso, otra imagen, desagradable, repugnante. Una cama con pesadas cortinas colgadas de aros dorados, con el encaje raído, con gruesas rejas de bronce que lanzaban reflejos apagados. Un olor a cerrado en la ropa, un brazo rechoncho que lo llamaba y un sabor a rancio que se le clavaba en el paladar mientras que la cabeza de su madre emergía aumentada de entre las almohadas, cargada de pinzas y rulos. En la mesilla de noche relucía la dentadura postiza dentro de un vaso de agua. La nueva dentadura postiza. Lo había llamado para que le diera las buenas noches. Y luego lo volvió a llamar para que le trajera dulce.

Cerró los ojos, se los frotó con los dedos, vio moscas.

Dentro de una semana en Alejandría. Aquella casa deprimente. Aquel comedor como la escena de un drama. Un drama que se repetía como farsa. «¿Cuándo crees que me gustaría morirme, Costakis?», le preguntó un día. Estaban solos en el comedor. Poco antes de emprender el viaje con John. La miró extrañado. «¡Nunca!», gritó riendo triunfal. Se rio él también. Creo que me da asco, dijo para sí. Pero no iba a permitir que Pavlos o John se dieran cuenta, que se les pasara por la cabeza siquiera que, como ellos, él tampoco la aguantaba.

Ya no la toca nadie, pensó. Nadie la acaricia. ¿Por qué ahora que se hacía vieja y que lo necesitaba más que nunca la evitaba? Un año atrás cuando lo abrazaba y empezaba con los mimos y las zalamerías, él correspondía sin molestarse. A veces ceceaba, se ponía a hablar como un bebé. Él se reía, le respondía con trabalenguas para divertirla. Un tigre, dos tigres, tres tigres.

Los tres tigrillos del tigre... Durante los últimos meses cada vez que le apretaba cuando caminaban del brazo por la calle, él daba un respingo. La quería mucho. Y le provocaba aversión.

¿Y si se moría mientras él estaba fuera? ¿Y si fuera aquella la última imagen que conservara de ella? Mendigando un poco de cariño en medio de la noche. Un tigre, dos tigres, tres tigres. Lo tres tigrillos.

Se oyó algo. Aguzó el oído. Captó un sonido bajo, un gorgoteo. Nada, silencio.

Le vino a la mente una escena medio apagada. Un viejo asomado a una ventana. Mirando el trasiego de la calle con una intensidad en la mirada. Soñaba despierto. Era más bien un hombre de mediana edad, no un viejo, aún tendría ocasiones de alcanzar el placer. Quizá era un verso de algún poema que había leído. No se parecía al viejo con el saco que lo había seguido aquella tarde en la rue au Maire. La mirada era distinta. El viejo del saco tenía la vista clavada en él, quería escarbar en su interior. Darle la vuelta a sus entrañas, arrancarle de cuajo sus certezas. El viejo de la ventana divisaba un paisaje interior. Estaba embobado mirando la calle, los jóvenes que pasaban, anhelaba ir junto a ellos, las memorias asediaban su mente, cálidos mediodías pasados en alguna cama, en algún abrazo anónimo, una comitiva de cuerpos desnudos pasaba ante él, gestos indecentes que lo habían marcado con lacre ardiendo, sus sentidos despertaban, la sangre de sus venas corría otra vez impaciente, pero ese deseo, por más incontenible que fuera, entraba dentro de otro marco. Un marco en cierto modo filosófico. Aquello que observaba con tanta ansiedad dictaba una línea de vida, una norma. Había escrito sobre un viejo. Aquel poema dentro del café con el viejo encorvado sobre la mesa marchitándose por los años pasados, por las oportunidades perdidas. Le parecía más bien flojo.

Volvió a oírse un gorgoteo.

Alguien se estaba lavando dentro de la habitación. Cerró los ojos, pegó el oído a la cerradura. Hizo una trompetilla con las manos. Nada. Su cabeza generaba sola los sonidos.

Era extraño. Lo atraía la vejez. No, no lo atraía; le repugnaban los viejos; la piel flácida que tenían, la expresión fija de los ojos acuosos. Era otra cosa. Todavía era joven, pero sentía nostalgia de la juventud como si fuera un viejo. ¿Sería que era un cobarde, que era todo retraimiento? Un miedoso que ambicionaba grandes pasiones. Se sentía atrapado en un cuerpo que iba a

envejecer rápidamente, que ya se estaba deteriorando día tras día y que se encorvaba, y estos labios, rosas todavía, sus labios como si no le pertenecieran. Qué ansias de besar una boca joven... ¡como la suya! Ni que le estuviera prohibido, ni que le faltaran dientes a él, ni que tuviera las encías grises, ni que su aliento apestara a viejo.

Sentía nostalgia de la nostalgia. Deseaba que aquello de lo que podía gozar ahora, un bello cuerpo masculino, el amor tal y como lo entendía él –de lo que podría gozar si no vacilara–, fuera inaccesible, inasequible, para poder saborearlo sólo con el poder de la memoria y del Arte. ¿O no eran más que sus miedos? ¿Y todo lo demás, sofismas?

Pobreza expresiva. Torpeza.

Otra vez triste estribillo. Pensaba que lo había olvidado, pero de vez en cuando volvía. Era la impronta que le quedaría del viaje a París. Habría quedado esclarecido si lo hubiera hablado con John, si se hubiera abierto. Pero después de la confesión de aquella noche en la escalera, parecía imposible algo semejante. A cambio, sería él quien debería hacer concesiones.

Y sin embargo... un momento...

Aguzó el oído. Aquello era seguro el ruido del agua.

Alguien se estaba lavando dentro de la habitación. El agua corría de la jarra, se vertía en la palangana de porcelana.

Dos manos frotaban el robusto cuello, enjuagaban la cara.

Una luz pura entraba por la ventana. Estaba tumbado esperando al joven bailarín en la cama. Lo que había ocurrido antes entre los dos no era más que el principio, un pequeño bocado antes de la comida. Veía ahora sus glúteos desnudos iluminados abundantemente como en un cuadro, los sólidos homóplatos, los dorados hoyuelos a la altura de los riñones. El joven se volvió hacia él. Un pequeño y sublime bocado. Cerró los ojos. El agua corría aún. Se vertía impetuosa en la palangana de porcelana. El olor lo extasió. Fresco, indefinido. Con un toque de sudor que le despertó el olfato. Extendió el brazo para acariciar un rizo castaño; era el mismo que lo martirizaba el día anterior en la butaca, que se sacudía sobre el brocado y se le escapaba. La cama crujió. El muchacho se tumbó junto a él. Qué cálido y suave era su cuerpo. Los músculos bien definidos. En guardia... Cuánta violencia se

desprendía de aquel suave vientre. Bocados. Besos salvajes muy adentro de la boca. Los brazos sujetos por detrás de la espalda, llaves. Cachetes. Bofetadas. Bocas que luchaban por unirse obstaculizadas por los miembros que se habían entrelazado como tentáculos. Estate quieto, le dijo. El muchacho resollaba. Quietos, le volvió a decir. El corazón se le iba a salir por la boca. Lo cogió de los brazos, le dobló las muñecas, trató de inmovilizarlo. Se le escapó. Lucharon. El otro se dejó. Lo besó, lo acarició insaciablemente. Se dio cuenta de algo. Un detalle que lo hizo estremecerse. Algo ínfimo, al borde de lo imaginario. Su mano formaba un cuenco de manera que con las yemas de los dedos acariciaba la cabeza del pene mientras que los testículos del muchacho se apoyaban en la palma y se frotaban con ella ligeramente, había allí un pelillo... Un pelillo que le rascaba la mano, un único pelo, más duro y quizá más largo y que sobresalía entre el resto –todos los demás pelos de aquella zona eran suaves, de bebé–, que le cincelaba la piel por momentos, que le causaba vértigo. Un solo pelillo. El apogeo del placer. Arte no es lo que se dice, sino cómo se dice, le vino a la cabeza, mientras que con un empujón brusco el cuerpo del joven cabalgaba sobre él y lo aplastaba.

Estaba completamente agarrotado, le entraban calambres. No aguantaba más. Tenía que volver a su habitación, encerrarse lo más rápido posible, tenía que desahogarse; ¡por tercera vez en veinticuatro horas! Acarició el marco de la puerta. Un pelillo. Y mientras sentía el peso del joven bailarín, que lo aplastaba, paralizado tratando de localizar el pelo para no perderlo, para mantenerlo en la mano hasta llegar a su habitación, despellejándolo y excitándolo diez o quince pasos hasta abrir la puerta, echar la llave a toda prisa y bajarse los pantalones, el cerebro le quemaba, los ojos le dolían, cómo iba a conseguir que no se le escapara el pelillo, cómo podía no perderlo por el camino, cómo iba a dejar, a despedir aquella maravillosa sensación, dónde iba a encontrar las fuerzas, *ἀπολείπειν*, «abandonar», dijo para sí, *ἀπολείπειν*, «abandonar», una palabra de Plutarco, cómo encontrar fuerzas para abandonar lo que te es más amado, cuál es la recompensa; los ojos le picaban, las cuencas le ardían, y se preguntaba cómo podía decir que no, tres veces no y borrar el adorado placer.

Se sujetó a la pared, se apoyó en el marco de la puerta y se puso en pie. Avanzó a trompicones. Ya en la habitación, abrió el armario y buscó el guante de crin. No lo había utilizado desde que salieron de Alejandría. Se

desnudó de cintura para arriba delante del espejo. Metió el guante en el agua de la pila y se frotó con furor.

Se echó agua en las orejas. Se enjuagó la boca muchas veces.

Tres flexiones de cintura.

Inspiraciones.

Flexiones de cintura hasta el mareo.

Inspirar espirar.

Flexiones de cintura.

Era suficiente.

No había caído en la tentación. Esta vez no. Le habían ayudado sus normas. Casi se sentía descansado. Le gustaría leer un buen poema, le gustaría escribir. Fue a la ventana, miró afuera. Sí, tenía ganas de escribir. La oscuridad se disolvía en temblorosos volúmenes oscuros. El día viene galopando, pensó, y se sonrió.

Hay un problema. He empezado a escribir con un impulso contenido. Lo que he escrito lo he desechado. He vuelto a empezar, lo he borrado. La primera idea era buena, algunos versos podrían... Pero algo chirriaba en mi interior. Me han entrado deseos de quemar todos mis escritos. Si no estuviera en el hotel, lo habría hecho. Pienso si la gran necesidad de ruptura en mi poesía que siento con tanta fuerza los últimos meses se convierte en interrogante personal. ¿Qué hago? ¿Quién soy? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Tengo que evitarlo. No me lleva a ninguna parte.

Callejón sin salida.

6:40 a. m.

La luz entra por la ventana. ¿Quién soy? ¿Qué hago?

Lo he tirado todo.

7:25 a. m.

Diez horas más tarde se despertó con la llamada a la puerta. Se levantó dando tumbos en busca de sus gafas. Escuchó pasos que se alejaban. El *valet* había pasado por debajo de la puerta una nota de John. La recogió para leerla junto a la ventana y se volvió a dormir de inmediato. Se encontraba por alguna razón en Viena, ciudad que nunca había visitado. Seguía a un muchacho con piernas largas. No le había visto la cara. A juzgar por las piernas, todo lo demás también será largo, pensó. Avanzaban por el Ring, una avenida circular con árboles desnudos que parecía abandonada, a cada tanto había boyas como en el mar, sólo que estaban encajadas en la nieve. Los zapatos del muchacho eran negros, brillantados. Llegaron delante de una gran iglesia con imponentes torres que parecían clavarse en el cielo. Ahora van a empezar a tocar las campanas para echar abajo las torres, dijo para sí. Pero estaba en absoluta calma y sintió que le daba un vahído, como si lo viera todo desde muy alto, la cúpula, las troneras, los torreones, los campanarios y cientos de metros abajo, dos puntos en el atrio, a sí mismo clavado detrás del muchacho. Sólo cuando el muchacho se volvió hacia él y vio su rostro, un rostro que ahora se había apagado, recordó algo raro que había en la nota de John y se puso de pie de un salto. Se vistió a toda prisa y bajó a la recepción. El conserje no había visto pasar a John. Había empezado su turno a la una. A la una en punto, subrayó. Desde luego no estaba en su habitación; la camarera que había subido a limpiarla hacía bastante rato la había encontrado vacía. Aparte de que la llave estaba en el casillero de madera. Estaba ya allí cuando llegó el conserje.

6:15 p. m. marcaba el reloj de la recepción. La llave de John colgaba como un solitario diente amarillo.

Salió del hotel. Fue hasta la esquina con la rue Auber y se detuvo. El sol le quemaba la espalda. Volvió a leer la nota:

Tú crees que eres una isla, un continente entero tú solo. Nosotros somos trocitos, puntos en un mapa. Gracias, hermano. Pero no preguntes por quién doblan las campanas.

John debía de haberlo escrito por la mañana, alterado todavía por la conversación de la noche anterior. Reconocía la referencia al poema de John Donne. *No man is an island*, etc. «Ningún hombre es una isla completa en sí misma».

Recordó el pálido rostro de su hermano cuando subían las escaleras con el *valet* delante, la mirada que le suplicaba. Le pidió que no se lo dijera a nadie. Que lo guardara en secreto. Pero ¿era posible? ¿Por una niñera que trabaja en El Mansura?

Seguramente se preocupaba sin motivo. John era una persona equilibrada, no había tenido nunca comportamientos erráticos como Pavlos; ¿como Aristidis, quizá, el tercer hermano? Sí, claro, Aristidis también, a su manera. De John no había dudado nunca. Reaccionaba con sangre fría hasta en momentos de crisis. Racionalista desde pequeño, con inquietudes artísticas, pero una roca.

¿Cómo se le había ocurrido escribir semejante nota?

El sol quemaba sin piedad. Buscó alguna marquesina para cubrirse. En medio de la asfixiante luminosidad, la esmerada ortografía de su hermano, el cuidado casi obsesivo en la alineación de las letras, la distancia invariable entre las palabras, anunciaban algo desagradable, inevitable. ¿Y por qué no había puesto punto al final de la última frase? No era un descuido en una nota tan estudiada, sino algo deliberado. La volvió a leer por quinta vez.

La última frase era como si hiciera sonar una alarma: No preguntes por quién doblan las campanas. Más o menos así terminaba el poema de Donne: «no envíes nunca a preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti». Estamos todos pegados como trocitos en un mapa. Cada cual una punta de tierra, un pegote de barro. Cuando alguien muere, no preguntes quién es, porque es como si te murieras tú. Cuanto más lo leía, más lo devoraba la inquietud. El mortal contraste entre las letras negras y el blanco billete. Puede que su hermano no fuera la roca que pensaba. En el pasado había dado muestras de hipersensibilidad. Es posible que, aterrorizado por su propia postura hostil cuando le anunció sus sentimientos, sus baratos sentimientos, John hubiera decidido... Si hubiera sucedido algo así, yo seré el culpable, pensó. Gracias, hermano. La despedida antes del cierre sonaba hipócrita; una amenaza velada que se hacía visible con el doblar de las campanas. Pero ¿sería posible? Más bien él había perdido el juicio con el cansancio y las poco gloriosas emociones de los últimos días y estaba desvariando. Por más

injustificada que fuera su agitación, por más que su sospecha resultara improbable, era como si la duda ocupara más espacio a cada minuto que pasaba, como si se dilatara absorbiendo pequeños detalles que se convertían en nuevas pruebas, como si dejara de ser duda, mientras que escenas de la noche anterior se repetían con insoportable precisión, las referencias al pañuelo rojo, su insistencia en avivar la incomodidad de su hermano con preguntas, el camino escaleras arriba detrás del mozo con la lámpara que ahora le parecía haber durado horas, aquella súplica en la mirada de John que buscaba en él un aliado –el único aliado posible en toda la familia– y había quedado en evidencia. Lo vio otra vez parado en el rellano indefenso, expuesto al claroscuro de la temblorosa llama. ¿Y qué debía hacer él? Ay, la Gorda era lo primero que se le venía a la mente. Tenía que pensarlo todo, sopesarlo, trazar los pasos que iba a dar como un autómatas antes de caer. Antes de dejarse caer.

Tendré que santiguarme y decirme que creo, dijo para sí. Decir que mi fe es inamovible. Virgen santa. Dios mío, te lo ruego. Se encaminó de nuevo hacia el hotel bajo el sol de justicia.

Dios mío, te lo ruego.

John estaba parado a la entrada con un sombrero de paja blanco.

–Ja, ja... *La grasse matinée* –le gritó desde lejos. Luego lo oyó decir que había dado un agradable y largo paseo hasta el Sacré Coeur, por la rue du Faubourg-Montmartre, que ya le había escrito una carta en detalle a madre sobre Mardaras y madame, que le iban a resultar seguro personajes divertidos, que pese a haber trasnochado estaba en buena forma.

Entraron en el hotel.

Debería de haberlo inundado la alegría, pero estaba furioso.

Avanzó primero por el salón, le dio un empujón a una butaca, la tiró al suelo. John se agachó detrás de él y la volvió a poner en su sitio.

Fue hasta la ventana y se sentó.

Tiró la nota arrugada a la mesa.

–Pero ¿tú estás bien? –preguntó.

John observaba sonriendo.

–Me has asustado.

–Pero ¿por qué? –preguntó el otro. Cogió la nota, la planchó sobre las rodillas—. Es de John Donne, lo habrás entendido. Creo que expresa de la manera más sencilla nuestras diferencias, cómo concibes tú el mundo...

Tienes que reconocer que tu visión de las cosas es como si sobresaliera, difiere de la del común de los mortales.

—¿Tú estás entre el común de los mortales? —dijo entre dientes—. ¿Tú? —repitió elevando la voz.

Pero ya se sentía vacío, cansado, indiferente.

—No aceptas la crítica. Eres un continente tú solo —empezó John, e hizo una seña al camarero para que les tomara nota.

No estaba de humor para dejarse arrastrar a una escaramuza. Ni para describirle a su hermano la agonía que había pasado por su culpa. Los diez minutos de pánico, quizá más de diez. Quedaría en ridículo. Además, el otro ganaría algunos puntos a su costa. Se había desinflado como un odre, lo único que le quedaba era una espinita, una gruesa espinita; la sospecha de que este viaje los había alejado en lugar de acercarlos más.

Pidieron sándwiches de queso y té helado. Era tarde para almorzar y John ya estaba pensando en el programa del día que les esperaba. Su último día en París.

—La carta a madre la he firmado por ti también. Además, he terminado de hacer las compras en el passage Jouffroy, me había llevado la lista. No tenemos que preocuparnos más.

Llegaban nuevos clientes al hotel. Sus siluetas pasaban aprisa por el reflejo de la cristalera para perderse como en el teatro de sombras.

Estaba casi seguro de que quien estaba tras la puerta el día anterior era el joven bailarín. Con una mujer. Había captado su tono de voz. Inexpresivo, lánguido. La mujer se había calmado con los abrazos. ¿Cuántas horas había estado allí? De rodillas con la oreja pegada. Había perdido el sentido del tiempo. Pero ¿qué hago aquí?, se preguntaba. Pero ¿cómo he acabado así? Estaba a punto de amanecer. Tenía que alejarse antes de que alguien se percatara. Pero con el sabor del peligro aumentaba su ansia de placer.

—Vuelvo enseguida —dijo, y se levantó.

Había una jaula dorada con barrotes labrados sobre el mostrador de la recepción.

—Los *ballets* de San Petersburgo... —empezó mirando por encima del hombro del conserje.

—Se han marchado esta mañana.

—¿Con qué destino?

El conserje no contestó de inmediato. Se inclinó sobre el libro de

huéspedes y lo hojeó.

—¿Adónde van? —repitió.

—A Venecia.

Dentro de la jaula había un gato blanco.

Conque se había ido. Ahora estaría en el tren, debían de ir cruzando los Apeninos. Acurrucada a su lado la repulsiva mujer, que puede que lo cogiera de la mano. Pasaron por su mente escenas de la madrugada anterior; le dieron ganas de echarse a reír y sintió una opresión. Otra cita perdida, otra vía cerrada.

John estaba estudiando la guía turística Coty. A cada tanto rayaba con el lápiz el margen de la página.

—No hagas planes que me incluyan a mí —le dijo mientras se sentaba—. No pienso salir con este bochorno hasta que no se vaya el sol.

Estaba claro que era el muchacho quien se encontraba detrás de la puerta cerrada. ¿Cómo iba a ser si no? Había reconocido su voz. Voz torpe, inmadura. Por momentos asustada o defensiva; pero sólo durante la discusión. Luego cuando la mujer empezó a dar aquellos horribles ruidos que no eran suspiros, cuando se fue desarrollando la situación en la cama y él ardía cuerpo a cuerpo con la dichosa puerta, engañándose a sí mismo, con la esperanza de conseguir algo —¿qué?—; esperando que sucediera algo —¿qué?—; diciéndose a sí mismo dos minutos más y luego me voy a mi habitación, se habían oído ruidos distintos, masculinos, rudos. Ah, si estuviera yo en la cama contigo, pensaba. Qué placer te daría. Cómo desdeñarías luego las caricias de ella, sus vomitivos suspiros. No volverías a ella nunca más.

Notaba pinchazos en las rodillas, y sentía como si se arrastraran serpientes por su espalda. La nuca se le había agarrotado. Pero ¿cómo he acabado así?, volvía a decir. Qué vergüenza. Pegado a una puerta ajena, a la caza de resuellos, gemidos, sonidos exquisitos, irreverentes, excitado por el miedo, con el grueso lóbulo de la oreja en la cerradura, los párpados caídos o quizá cerrados por completo para concentrarse mejor, la barba le crecía, el cuerpoapestaba, el sudor agriado. Durante un rato no oía nada. El sonido de algo que se arrastra por el suelo en otra planta, un huésped buscando una vela o la jarra a ciegas... pero ni siquiera eso: ningún ruido, todo el hotel hundido en el sueño y él solo en el extremo del mundo. Quizá el joven bailarín y la mujer se hubieran quedado dormidos rendidos después de sus *ébats*. Sentía la necesidad de relajarse, de liberarse de aquella terrible fijación. La mente se le

iba a otra parte de tanto en tanto, a un verso, siempre el mismo. Abarcaba todo el *contours* del verso, la atmósfera, pero no había palabras. La imagen de un viejo asomado a la ventana. No era viejo del todo. Estaba parado en la ventana soñando despierto. Alguien para el que el placer era religión. La excitación sexual, sagrada. Tonterías. No era capaz de concentrarse. Tenía que levantarse y marcharse. De inmediato. Pero cada vez que estaba a punto de irse escuchaba algo, le parecía que escuchaba algo, un crujido mínimo que lo dejaba inmobilizado. Crac. Silencio. Crac. Toda su vida tratando de caber dentro de un crac. Reflejos líquidos le pasaban por detrás de los párpados. Le dolían los ojos. Trataba de imaginárselos en la cama. Echaba a la mujer y era él mismo quien se encontraba al lado del muchacho. La mecha de la noche se consumía. En algún momento había besado la puerta. Había llegado al punto de besar la puerta.

–No sé si te percastaste –dijo John–. Ayer Mardaras trataba de flirtear con madame de... una forma muy particular. Vulgar diría.

Me trae al fresco, dijo para sí.

–Estuvo acariciándole la rodilla por debajo de la mesa.

Abrió la boca para reírse. Le vino a la mente el gato dentro de la jaula que había visto hacía un momento en la recepción. Era blanco, aunque no blanco. No tenía pelo, era completamente calvo. No llevaba nada encima más que el pellejo.

–¿Me vas a explicar por qué razón te ha alterado tanto el verso de Donne?
–preguntó John.

Era evidente que estaba pensando en otra cosa. Llevaba un rato preparándolo, pero dudaba.

La niñera. En aquel momento no.

–Con respecto a lo que me dijiste ayer en la escalera –empezó.

John tosió.

Te me has adelantado, dijo para sí.

–Déjame que lo piense, necesito un poco de tiempo –murmuró. Cerró los ojos. Estaba muy cerca de algo crucial, importante. Un bosquejo indefinido que empezaba a cobrar forma. Un verso de la noche anterior. Tenía que mirar todos sus papeles, sus notas. Dejar de dudar. Los últimos días lo habían dejado baldado. No preguntes por quién doblan las campanas. Doblan por ti.

La culpa no era de John por haber escrito la nota, él era el imbécil al que se le había ocurrido que su hermano podía cometer el acto irreparable. París me

ha dejado hecho polvo, pensó. Se terminó el té. Cogió el sombrero y se puso en pie. Dijo que iba a ir un momento a su habitación por algo que había olvidado.

La habitación estaba ordenada, neutra, blanca. Se extrañó al entrar de lo impersonal que parecía después del *ménage*, y mientras abría las puertas del armario buscando a tientas el fondo de su maleta, tuvo la impresión de estar violando un espacio inhabitado. Qué vacío estaba, silencioso. La mesa desnuda, la palangana enjugada. La camarera había abierto del todo las cortinas y el sol caía de golpe sobre la cama como un grifo de polvo con motas en suspensión. Se quedó absorto mirando la luz durante bastante rato. Aunque inexistentes, aquellas motas de polvo eran visibles. Absolutamente perceptibles. Sentado con la espalda en el espejo observó cómo cada una de las motas brillaba y desaparecía, o más bien se desvanecía, en la catarata de polvo luminoso. Podía sentir el calor que se esparcía desde la cama mientras el gran disco amarillo bañaba las sábanas. La sensación de calidez le daba náuseas. Levantó la cabeza hacia el techo. Había un baile de sombras en las decoraciones de escayola; si las miraba mucho rato se marearía.

De 6:40 a. m. a 7:30 a. m.

¿Qué había pasado en aquel intervalo de tiempo?

Hasta las 7:45 a. m. como muy tarde.

Hasta las 8:00 a. m.

Más tarde, imposible.

¿Qué estuvo haciendo todo aquel rato?

¿Dónde había dejado sus escritos?

De 6:40 a. m. a 8:00 a. m.

El escondite seguía en el techo.

Sombras y sombritas.

Encendió un cigarro e intentó vaciar la cabeza de las escenas de la noche anterior. Recordaba el momento exacto. 6:40 a. m. Se acordaba porque había parado de escribir, había mirado el reloj y había decidido que no podía seguir

más, no tenía sentido pasar toda la noche en vela; el poema no le salía, chirriaba a pesar de haber empezado con buen ritmo; mejor releer lo que ya había escrito prestando atención a lo que había borrado –de vez en cuando encontraba algún pequeño diamante que tenía que desenterrar, una palabrita que tenía que recoger con devoción– y luego irse a dormir. La luz entraba por la ventana. Una luz incolora y seca que auguraba un día insoportablemente caluroso. Estaba decepcionado. Irremediablemente decepcionado. Malditos adjetivos, decía para sí. Maldita rima. Algo le había pasado por la cabeza, la idea de que toda esta dificultad en la escritura podía no deberse a la escritura. Puede que no tuviera que ver con que su talento estaba aún en ciernes, sin cultivar. Quizá el problema estuviera en él, en su interior. La gran necesidad de ruptura en su poesía que sentía con tanta intensidad los últimos meses, el imprudente impulso de romper las normas –cuando no estaba preparado todavía, porque sabía que no lo estaba–, de deshacerse de los lirismos y las florituras verbales, de quitarse de encima toda influencia de otros poetas y corrientes, de ser él mismo su propia corriente, quizá reflejara, a fin de cuentas, una necesidad de ruptura en su vida con todo lo que hasta entonces había sido su vida. Ruptura con las normas, las convenciones sociales. Se encontraba ante un enorme dilema. El consabido dilema. ¿Cómo podía alguien con una vida mediocre, conservadora, limitada, escribir grandes versos? ¿Hablar de grandes pasiones, de épocas de atrevimiento? Error. No debían confundirse aquellas dos cosas. La escritura saldría perdiendo. Pero ¿cómo se podían distinguir? Recordaba sus papeles esparcidos sobre la mesita de tocador. Unas diez hojas llenas de borrones. Correcciones, versos medio borrados. A sus pies, varias hojas rotas. Aquel dilema lo tenía preso, no era sólo una fuente de profundo malestar. Sabía de otras veces que cuando conseguía esclarecer la razón de algún malestar sentía alivio. Como es natural, el problema no dejaba de existir. Pero él se escapaba a sus tenazas temporalmente.

Temporalmente. Una vida *mediocre*, pensó. Constreñida por tediosas obligaciones y prohibiciones. Las escaleras de la Sección de Riegos. Ese asfixiante comedor. Las voces de las sirenas en la calle y él desganado, indeciso sentado a la mesa delante de su madre y con un tarro de membrillo confitado entre los dos cuyo grueso cristal refractaba la última luz de la tarde. Puede que su mente se aclarara si expresaba sus vacilaciones. Al menos sería de ayuda cuando el problema se volviera a presentar. Cuando lo asaltarán las

mismas dudas. Al menos eso, había decidido tomando una hoja en blanco. Se la puso delante. Escribió sus pensamientos y anotó la hora. 6:40 a. m. ¿Qué había hecho después? ¿Dónde había guardado sus papeles? Nunca los dejaba a la vista. Hasta cuando estaba enfermo se levantaba a guardarlos. La idea de que alguien pudiera leerlos... En especial, que algún ojo pudiera posarse sobre un verso sin terminar, sobre un poema a medio escribir, lo habría hecho revolverse en su tumba.

¿Dónde había metido sus papeles?

Apagó el cigarro y se levantó. Volvió a buscar por la habitación. Dentro del armario encontró el guante de crin todavía mojado. Un detalle más de la noche anterior que debía obviar para no turbarse. Lo volvería a empujar a laberintos, a pensamientos eróticos, a las abyectas escenas en las que se encontraba delante de la puerta cerrada. Trató de concentrarse.

Fuera el bailarín, la mujer malencarada, la niñera. Fuera los cuerpos desnudos que luchaban sobre la cama revuelta. Tenía que encontrarse en su habitación directamente por la mañana saltándose la noche, que lo absorbería como un remolino. En la misma habitación en la que estaba ahora. Eran las 6:40 a. m. Había amanecido del todo. La luz entraba por la ventana. Eso lo había apuntado. Estaba seguro porque en aquel momento había dejado de escribir y había mirado el reloj. Tengo que dormir, pensó. Su mirada se detuvo por un momento en los papeles emborronados, en la letra abigarrada, en las notas al pie, en las diez versiones de un adjetivo parecido. Malditos adjetivos. Malditas comparaciones. A sus pies, más hojas tiradas, rasgadas, arrugadas. Lo que no valía la pena guardar para releer.

En fin.

A las 6:40 a. m. había escrito todo lo que tenía que escribir.

Por más que se esforzara, por más que se estrujara el cerebro, no se acordaba de dónde había guardado sus papeles. En algún sitio donde no los encontrara la camarera... Como si a la camarera le importara algo unos cuantos versos medio tachados. ¡Escritos en griego! Volvió a buscar dentro de la mesilla de noche, en la cómoda, en el armario. Abrió todos los cajones. Vacío las maletas, su baúl. Se puso de rodillas y se metió por debajo de la cama. Levantó la alfombra. Le dio una patada al pie del tocador. Tiró con violencia del colchón hasta que éste cayó al suelo. Miró abismado el disco amarillo del sol hundiéndose en las tablas combadas.

Encendió otro cigarro. Se percató de que era imposible aislar el día,

arrancarlo de la noche, porque era la continuación de la noche, porque lo que había escrito seguía escondido en ella. Había un pelillo... Un pelillo, se reía a carcajadas por dentro. Era anoche delante de la puerta cerrada. Cuando su deseo por el joven bailarín había rozado el éxtasis, cuando el menor detalle podía volverse, se había vuelto un símbolo de adoración.

Pelillos. ¡En pelillos nos vamos a parar! Menos mal que no he perdido el sentido del humor, pensó. Y al momento, con una sacudida de experto nadador que se zambulle mientras su cuerpo, de manera inescrutable, casi subrepticia como de felino, ha pasado ya al siguiente movimiento y emerge por sorpresa, brotó una palabra: *ἀπολείπειν*, «abandonar». Una palabra de Plutarco que había aparecido de la nada la noche anterior. Poco antes de volver a la habitación. Se encontraba de rodillas ante la puerta cerrada. *Ἀπολείπειν*. Abandonar.

Probablemente fuera de la *Vida de Antonio*. O de la *Vida de Alcibíades*. Probablemente. No estaba seguro. Había leído aquellas *Vidas* hacía poco; tenía el libro en su escritorio escondido bajo los libros de cuentas de la Sección de Riesgos. Había un fragmento en la *Vida de Antonio* que se le había quedado grabado. La descripción de aquella conmovedora escena la noche antes de que entraran las tropas de César en la asediada Alejandría. Antonio, que durante la comida pide a sus esclavos que le sirvan con generosidad porque el día siguiente puede que no sea ya su amo, puede que tengan que servir a otro. Sus amigos lloran, se lamentan. Él se muestra displicente, como si lo hubiera embriagado la idea de la muerte. Sí, era aquel fragmento. Luego alrededor de la medianoche tiene lugar el hecho maravilloso que Plutarco refiere unas líneas más abajo. La ciudad hundida en el silencio. En medio de la angustia y la consternación por lo que iba a suceder. De pronto se escucha una música sobrenatural. «Se oyeron repentinamente los acordados ecos de muchos instrumentos y gritería de una gran muchedumbre...». Bailes de sátiros, melodías, sonidos de instrumentos. Gritos de bacantes. El clamor de una invisible turba que cruza la ciudad. Al acercarse a las murallas, el ruido se vuelve ensordecedor y de golpe se desvanece.

Algo brilló abajo. El pomo del cajón del tocador. Pero ¿cómo no lo había pensado antes? Allí tenía que haber escondido sus papeles. Metió la mano. Sacó una pastilla de jabón, un peine negro, un envoltorio arrugado. Nada.

Sacó todo el cajón. Al fondo, una lista con cálculos y unas cuantas hojas

cuidadosamente dobladas. La carta a Periclís Anastasiadis que se había olvidado de enviar. Ya era tarde para mandarla. Llegaría después que él. *Ἀπολείπειν*. Abandonar. Los alejandrinos que escucharon la música aquella noche la interpretaron como una señal divina. Dijeron que Dioniso cruzaba la ciudad con su cortejo y pasaba al campo enemigo, que abandonaba a Antonio. *Ἀπολείπειν ο, Θεός Ἀντώνιον*. «El dios abandona a Antonio». *Abandonaba* a aquél al que unos años antes, a su entrada a Éfeso, la muchedumbre aclamaba como Dioniso, las mujeres vestidas de bacantes, los hombres de sátiros. Y ¿qué tenía que ver el pelillo? Por alguna razón lo había conducido a la palabra. El pelillo había evocado el *ἀπολείπειν*, el «abandonar». Un pelillo colocado estratégicamente en el suave testículo de un joven bailarín ruso. Pese a su enfado, no pudo dejar de advertir lo ridículo de aquella historia y sonreír amargamente.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

Se asomó a la ventana estirando el cuello; trataba de mirar lo que no podía ver. Edificios sin silueta. Turbiedad. Abajo en la calle las farolas se encorvaban, las figuras de los viandantes se agolpaban como manchas en el bordillo. Un pilón que se tragaba todas las formas. No había nada claro, ninguna certeza.

Se puso las gafas. Se paró ante el espejo y se miró.

El rostro de un idiota.

La única certeza.

Y entonces se acordó. Lo había roto todo. Había roto todo lo que había escrito aquella mañana, todos los versos. Había roto hasta la nota en la que había apuntado sus dudas. La camarera había recogido los papeles hechos pedazos al pasar para el *ménage* y los había tirado. Pero un momento... ¿Y sus otros escritos? No estaban en el fondo de la maleta cuando había buscado antes. ¿Dónde los había puesto? Las *revisions* de poemas antiguos, los versos que había escrito durante el viaje. Los guardaba en el fondo de la maleta pequeña todas las noches. ¿Pedazos también? Le vino a la cabeza una imagen breve, pero bastaba para confirmarlo. Poco antes de meterse en la cama, se había quedado parado con los papeles hechos pedazos a sus pies e inesperadamente la tranquilidad se apoderó de él, una tranquilidad absoluta.

Anduvo con ímpetu por la habitación. Volvió a ir a mirarse al espejo. Se sentó al borde de la cama. La luz había caído. Acarició con un dedo las tablas desnudas. *Ἀπολείπειν*. Abandonar.

Trató de recordar.

La palabra se había quedado pegada al pelillo.

El pelillo sujetaba la palabra, era su guardián.

Pero ¿a quién quiero engañar?, dijo para sus adentros.

¿A quién quiero engañar?

Se sacó el reloj del chaleco. Las 8:35 p. m. La hora a la que se había percatado de que había tirado todos sus papeles, que los había hecho pedacitos. De eso me tengo que acordar, decidió. Se tumbó bocarriba sobre el colchón, que estaba en el suelo. El techo tenía un colorido dulce entregado a las sombras violeta. Ahora estoy mejor porque me he abandonado, pensó y en efecto se sintió mejor. Por un momento le pareció que se quedaba dormido y que había una mosca volando dentro de la habitación. Le correteaba por la cara zumbando, se le metía por el oído, se le acercaba a la nariz, se detenía en el agujero izquierdo. Era muy molesta. Le daba pereza abrir los ojos, despertar para echarla de la habitación, así la mosca se coló dentro de su sueño o más bien su sueño fue sorbido por la mosca, se convirtió en una gran mosca parada frente a la luz lamiéndose las patas. Una gran mosca negra. Sobre el alféizar de la ventana, con seis patas y ojos voraces. Lo raro era que sólo la veía él. Detrás de él, su madre servía limonada a los demás niños. La sirvienta traía una bandeja con la tarta. Las velas encendidas. Era su cumpleaños. Escuchó que lo llamaban. El corazón le latía con fuerza. Estaba muy contento y en el fondo triste. Las grandes alegrías siempre le traían un sentimiento de tristeza. Sopló las velas, se había olvidado de la mosca. Le cantaron «Happy Birthday». Luego se fue corriendo con los demás niños, jugaron al escondite en el jardín. En cuanto se hizo de noche los llamaron adentro. En el salón, un niño gordo, debía de ser mayor, rubio, salpicado de pecas, apareció delante de él con su viejo oso de peluche.

—¿Todavía juegas con peluches? —se rio de él—. Mirad con qué juega Costakis —chilló—. ¡Eres un bebé! ¡Bebé!

Los niños habían hecho un corro a su alrededor.

—Suéltalo —le dijo—. Como te vea mi madre te va a castigar.

—¿Por qué? —preguntó el gordinflón.

–Porque tiene mucho valor.

Les contó a todos que a aquel oso lo habían bautizado en la iglesia con toda la parafernalia. Que el mismísimo obispo metropolitano había sido quien lo había bañado en la pila y que después del bautizo habían repartido crucecitas doradas entre los asistentes. Poco después escuchó al niño preguntarle a su madre si era verdad que el oso estaba bautizado. Entonces la Gorda, en todo su esplendor imperial, se echó a reír y le contestó que no, que era mentira. A continuación le había cambiado el tono.

–Mírame –le dijo con seriedad–. ¡Que me mires te estoy diciendo! –Se alzaba imponente con sus volantes amarillos. Hermosa todavía. Había visto a los demás niños arremolinarse alrededor de ella, pendientes de lo que iba a decir, impacientes por escuchar el rapapolvo que estaba al caer–. No se te ocurra volver a contar mentiras. ¿Me estás escuchando? –gritó–. Ya está bien de fantasías. La próxima vez te voy a dar aceite de ricino.

Y salió de la habitación. Llevaba la cara encendida. Le sacudían el pecho los sollozos, pero se contuvo y no lloró. Se alejó lo más lentamente posible. En la habitación de al lado se detuvo delante de la gran mosca negra.

–¿Y si les digo que ahora estás aquí? –le preguntó a la mosca. Una mosca como un búho de grande. Grande como una fiera de la selva–. ¿Y si les digo que lo que pienso, lo que fabrico con la imaginación, existe?

Otra vez sentía el molesto zumbido en la nariz, en el oído, en el párpado y con él escuchó un golpe sordo, rítmico. Abrió los ojos. La mosca se le había pegado a la boca. Se la sacudió con la mano. Se había hecho de noche. Alguien llamaba a la puerta.

–¿Qué te ha pasado? ¿Qué ha pasado aquí dentro? –John asomó la cabeza por la abertura de la puerta, dio dos pasos al interior de la habitación y retrocedió. Dijo que había aparecido Mardaras y que estaba impaciente por darles una sorpresa que les tenía guardada, pero que quería anunciársela a los dos–. ¿Qué ha pasado aquí dentro? –preguntó otra vez.

–Luego te cuento, luego te lo explico –dijo cerrando la puerta.

Todo lo demás sucedió muy rápido. A John le molestaba el estómago como otras veces. Luego le entró fiebre. La fiebre le bajó casi de inmediato, pero se sentía muy débil. Mardaras estaba esperando con una flor recién cortada en el ojal. Les tenía guardada una sorpresa para la última noche. Una gran sorpresa que se había asegurado gracias a sus selectos contactos. John se tumbó en la cama con una venda mojada en la frente.

–Ve tú –le dijo–, no te lo pierdas; ten por seguro que cuando vuelvas me vas a encontrar despierto esperándote para que me lo cuentes todo.

Antes de irse, se inclinó sobre él a despedirse y mientras se acercaba al cabecero ya se había arrepentido de lo que iba a decir.

–Con respecto a lo que hablamos ayer en la escalera... Lo intentaré, hablaré con madre.

¿Qué le había dado? No había duda de que iba a faltar a su promesa, de que no sólo no pensaba mediar por la niñera, sino que iba a luchar contra ese idilio de poca monta, que iba a hacer lo que estuviera en su mano para terminar con él.

John sonrió.

–Ya sabía yo que el verso de Donne iba a funcionar –dijo.

Un elegante *cabriolet* les esperaba en la esquina de la calle Auber. Montaron. Mardaras estaba en silencio. Dos caballos negros cruzados tiraban de la *calèche* con forma de góndola, aérea, reluciente con incrustaciones doradas en el lacado. Los radios de las ruedas estaban pintados de color *vermillon*, el arnés sorprendentemente lustrado. A cada costado chisporroteaba un farol oval de bronce. Era la primera vez que subía a un vehículo tan cómodo, tan señorial. Ya no circulaban coches como aquel. A su izquierda el palacio de la Ópera se deslizaba lentamente hacia atrás en un tenue resplandor y las esculturas de la cúpula permanecían todavía un poco en la retina cuando el palacio ya no se veía; las alas de *Armonía* como una huella dorada en la noche veraniega. En el boulevard des Italiens varios paseantes se detuvieron a observarles a su paso. El cochero, que se había bajado antes a desplegarles el estribo para que subieran, no había abierto la

boca. Llevaba una librea de seda azul oscuro, botas con anchos ribetes en las solapas y un sombrero de copa hundido que le ocultaba la mitad del rostro.

Era muy agradable viajar en un vehículo tan lujoso. La sensación era completamente distinta. El interior estaba tapizado de capitoné rojo, cojines de terciopelo por todas partes como un salón otomano, las puertas vestidas de un satén fino y brillante, los asientos cómodos. Miró afuera. Estaban pasando por delante del Café Riche. El *Tout-Paris*. La flor y nata de París en refinada ociosidad. Varias cabezas se volvieron hacia ellos con el aperitivo en la mano. Pobre John, le había dado esperanzas de que iban a cenar allí. Otra promesa rota que la repentina indisposición de su hermano había frustrado a tiempo antes de quedar él en evidencia. La Maison Dorée, las rejas doradas y, dentro, los famosos reservados, el *champagne* corriendo, las innumerables pasiones que podían saciarse lejos de miradas indiscretas.

Una orquesta sobre una plataforma al aire libre interpretaba en ese momento una melodía alegre con *turnure* algo melancólica que le recordaba algo. La comparación con Alejandría era más que obvia. Muy en su contra. De repente le entró hambre de París. Una avidez de luces, bulevares. Era la última noche. Una corriente le recorrió las entrañas, un deseo de espectáculos, paseos, restaurantes, gente que viste bien y mira por encima del hombro, luces y más luces. Quién sabe si voy a volver algún día, pensó. Y justo después se preguntó: quién sabe si me haría mejor poeta si viviera aquí. Si escribiría con menos dificultad, si sus versos fluirían por el papel con una naturalidad volátil, sin tener que sudar sangre por una palabra. Si lo reconocerían más rápido antes, si se haría famoso. Lo invitarían a los mejores salones y él cancelaría en el último momento. Alejandría lo retenía en su suelo, le cerraba el horizonte. Si viviera en París, si triunfara en París, seguramente se haría célebre en un abrir y cerrar de ojos. Pero ¿mejor poeta? Le vino a la memoria el gato sin pelo que vio en la recepción, cómo se acurrucaba en un extremo de la jaula, desnudo en su propia piel, indefenso.

–Si le soy sincero, prefiero que al final hayamos venido solos los dos –dijo Mardaras.

Él también lo había pensado.

–Solos, sin John –subrayó el otro.

Tuvieron que cruzar todo el norte de París, salir por la Porte de Saint-Ouen. Luego empezaba la Zone. En aquel lugar, el cochero tuvo que bajarse para echar la capota al coche, asegurarla con ganchos. La zona era peligrosa.

Vivían en ella basureros, traperos de generación en generación. Pero no sólo. Todo el submundo de París tenía aquí su guarida; cuando los perseguían encontraban refugio aquí entre las casuchas y las barracas. Rateros, malhechores, navajeros. Chusma. Qué inocentes quienes defendían, entre ellos muchos escritores famosos, que los *zoniers* eran unos pobres diablos inofensivos. Un error gravísimo. Estos pobrecitos zarrapastrosos asaltaban coches, cometían secuestros. Sabían cómo hacer desaparecer los cadáveres. Hacía dos días habían intentado atracar a Mardaras. Una banda. En una curva desierta, habían echado piedras, ramas, cañas para cortar el camino y obligar al coche a pararse. No vio nada, estaba muy agitado para entender qué estaba sucediendo, todo ocurrió en pocos segundos. Menos mal que el cochero fustigó los caballos y escaparon como un rayo.

Exageraciones. Tonterías de Mardaras, pensó. Estaban pasando por un barrio popular, medio iluminado. El tráfico había disminuido. El repiqueteo de los cascos de los caballos se oía con claridad sobre el adoquinado. Rítmico, *staccato*. Qué caballos tan impresionantes. Negros con una estrella blanca en el pecho. No se cansaba de mirarlos trotar con una coordinación portentosa, sus músculos fuertes y llenos de energía se dibujaban nítidamente, sus ojos abiertos como platos, sus ollares aspirando con ímpetu el aire. Era verdad, se sentía despreocupado sin John aquella noche. ¿Más libre quizá? Seguramente la indisposición de su hermano había llegado en el momento oportuno.

Con la cabeza rizada sobre el cojín de terciopelo, Mardaras decía que John le parecía un hombre muy sensato. Incurablemente racional, si se le permitía la expresión. Por el contrario, él le parecía más abierto, menos cuadrulado. Pese a ser menor, daba la impresión de ser alguien que podía moverse en muchos ámbitos; en pocas palabras, era un hombre de mundo. Racional, pero *fantaisiste*.

—¿Ve usted? —continuó—. El Arca es la antimímesis de lo racional.

—¿A qué se refiere? —lo interrumpió. Los cumplidos, la comparación con John, habían empezado a molestarle.

—Mímesis, antimímesis —soltó Mardaras. Estiró el cuello tratando de distinguir los rasgos del silencioso cochero que conducía completamente erguido como si se hubiera tragado un bastón y empezó a hablar de los cocheros del Arca, que eran seleccionados para el trabajo, todos habían jurado guardar silencio, pero circulaban rumores de que de vez en cuando

algún noble con ganas de pasarlo bien le daba dos escudos al cochero y se colocaba en su lugar. Quizá aquel fuera el marqués de Sayner, quizá el barón tal.

–Tan elegante y altivo.

–Ciertamente –coincidió.

Iban cruzando una zona de almacenes. Siluetas acechaban en la oscuridad, o quizá fuera idea suya porque el coche iba deprisa, el aire le golpeaba en la cara, las crines de los caballos ondeaban. Con aire conspirador, Mardaras murmuró que había escuchado algo disparatado. No sabía si tenía permiso para contarlo, no obstante, con todo, etcétera, se lo iba a decir. Una fuente fiable le había revelado que más o menos un año antes Oscar Wilde había pasado por el Arca. Pero ¿cómo era posible? Wilde acababa de salir de la cárcel de Reading hacía un mes. Había pasado dos años entre rejas. El dato lo había conmocionado, se había pasado toda la noche sin poder dormir. ¿Cómo había ido al Arca?, ¿encadenado? ¿Lo acompañaba lord Douglas acaso? A no ser que entrara y saliera de la cárcel con alguna artimaña, cruzara el canal de la Mancha... Aquella idea le parecía muy divertida. Porque Wilde era el primer apóstol de la antimimesis. El sumo sacerdote de la antimimesis, como lo habían denominado en cierto artículo. Había reunido seguidores también en París, algunos jóvenes poetas que vivían en las nubes, que iban de acá para allá en busca de cualquier cosa que oliera a extranjero. A Moréas aquellas teorías de la mimesis y la antimimesis no le interesaban, para él eran rarezas británicas, algo parecido al arenque ahumado, para camuflar la falta de una obra importante; los ingleses, que no han probado en su vida un buen *coq au vin*, se engañan a sí mismos con el arenque. En cualquier caso, no había duda de que el Arca era un lugar ideal para Oscar Wilde. ¿No sería magnífico encontrárselo allí? ¿No sería una casualidad divina?

Se quedó en silencio. No conocía bien la obra de Wilde, los datos que tenía sobre él eran fragmentarios. Los caballos habían aumentado aún más la velocidad, las herraduras tintineaban, la sombra del cochero, que se había levantado y conducía de pie se balanceaba en la oscuridad, la voz de Mardaras lo adormecía. Algo estaba contando ahora sobre dos ingleses vestidos de mujer que habían levantado un gran revuelo, Boulton y Park, había escuchado que habían visitado el Arca, uno de ellos quería que lo llamaran Stella –seguramente habían sido encarcelados también ellos, o uno de los dos había muerto, Mardaras no estaba seguro–, pero si la historia era

cierta, si era verdad que la visita se había producido, aquello era el reconocimiento del Arca, la culminación de la antimimesis, esto es, la demostración de que el Arte imita a la vida; porque esas mujeres de sexo masculino, si se vieran pintadas en un cuadro, parecerían obra de una inspiración enfermiza, pero habían salido de la propia vida; toda obra de arte trata de tomar su molde, por tanto, trata de imitar la realidad, por lo que no surge de la imaginación del artista.

–Pero ¿qué está usted diciendo? No entiendo –lo interrumpió–. Ésa es la mimesis en el sentido clásico aristotélico.

–¿Usted cree? –dudó Mardaras.

Se acercaban a las murallas de París. Vio una larga línea de fortificaciones como el cadáver de un cetáceo.

–Wilde tiene que defender lo contrario.

–¿O sea?

–Que la obra de arte es lo que inspira a la vida. Que la vida imita al Arte, algo así.

–Ja, ja, ja. Puede ser. En cualquier caso, Moréas sigue teniendo razón. Rarezas de los ingleses.

No valía la pena perder el humor. Pronto iban a llegar al Arca. Sentía una gran impaciencia, el lugar había despertado su curiosidad; seguramente su fama lo superaría. No esperaba como era natural que ofreciera los placeres que él ambicionaba. Aunque era el *parfait divertissement* para la última noche. Luego, cuando volviera al hotel, sentado al borde de la cama con un John impaciente por escuchar todos los detalles de la *aventure*, sería una gran oportunidad para recobrar su vieja complicidad.

–Pues fíjese por dónde, tiene usted algo en común con Oscar Wilde –empezó otra vez Mardaras. La afinidad tenía que ver exclusivamente con su poesía, no quería que lo malinterpretara por nada del mundo. Tenía la sospecha de que el sumo sacerdote de la antimimesis había influido en él en cierto modo, de una manera algo subterránea, algo en sus poemas lo recordaba –los dos eran escépticos–, él podía decirlo porque tenía olfato, olfato poético igual que otra gente tenía olfato para los vinos, además los había conocido a todos, a todos los poetas, todas las corrientes. Gracias a su relación con Moréas, claro está; aunque insistía en que no quería que lo malinterpretara.

–Hace dos meses le envié un sobre por correo a Moréas. ¿Lo recibió?

¿Leyó los poemas que le mandé? –preguntó. Se le secó la saliva en la boca.

El sobre procedente de Alejandría había llegado después de que se marchara Moréas. Por desgracia. Pero no debía preocuparse puesto que Mardaras era el responsable de la correspondencia. Podía asegurarle que el sobre iba a llegar a su destinatario; de hecho, le había dado preferencia absoluta.

¿Qué sentido tenía mantener aquella conversación que tanto lo irritaba? La pregunta era quién había escrito la anotación. Moréas, naturalmente. El secretario personal no remunerado era tan descuidado que ni siquiera se había percatado de que el sobre había llegado ya y había sido abierto.

La zona parecía abandonada. Una zona muerta. Sólo se escuchaban los cascos de los caballos y la fusta silbando en el aire. Varias puertas abiertas de par en par bostezaban en los edificios descarnados. Advirtió algo que brillaba, un resplandor apagado que subía en diagonal entre los escombros. Un poco más adelante, apareció la luna de golpe en una ventana destruida.

Estaban atravesando la muralla. Habían parado un carro en la puerta para registrarlo. Había bajado un campesino, gesticulaba. Delante de ellos, unos arbustos bajos, árboles descabezados; luego un barranco de cuarenta metros de profundidad.

De repente advirtió un movimiento rápido. La sombra del cochero saltó a la oscuridad. Se oyó un horrible relincho. El coche se sacudió. El cochero apareció de pronto subido al caballo izquierdo. El animal fue a levantarse sobre sus patas traseras, el cochero cayó sobre él.

–Pero ¿qué está haciendo el chalado? –gritó Mardaras. Y justo después—: ¡Entramos en la Zone!

Corrían. A su izquierda, a su derecha, delante de ellos, detrás, un bosque de basura. Montañas de chatarra. Tablas, harapos, muebles abandonados, ventanas rotas. El camino, si es que se podía llamar así, bordeaba un canal de agua estancada e inmundada, luego empezaron a escalar cuesta arriba. Aflojaron el paso. Los caballos avanzaban con esfuerzo, trabajosamente, sus pezuñas se hundían en el barro. Pero al poco volvían a correr. Aparecieron en un campo de sandías, así le pareció distinguir, sandías alargadas y entre ellas sacos puestos en fila que eran cuerpos humanos. Entraron en un poblado de barracas. Unas cuantas teas brillaban sobre estacas. Dentro de un armario puesto de lado, una vieja tumbada fumaba alegremente de su cachimba, los

párpados cerrados a cal y canto. A su lado, enterrados entre sus enaguas, dos niños pequeños lanzaron una mirada de pájaro al pasar el coche.

–No ha echado la capota, me apuesto lo que sea a que... –El estrépito de los cascos de los caballos tapó la voz de Mardaras. Se acercó, se inclinó hacia él–. ¿Le puedo hacer una pregunta? –dijo.

Fue a decir algo, pero pareció cambiar de opinión. Un pequeño fuego ardía fuera de una tasca, algunas figuras se movieron arrastrando las barrigas en el suelo, luego las débiles llamas iluminaron por un segundo un voluminoso hombre que estaba sentado con las piernas cruzadas, semidesnudo, sus gruesos labios sudados y una expresión de maldad somnolienta bajo la gorra.

–¿A los Benakis los ve usted a menudo? –oyó que decía a su lado.

Qué pregunta.

–Bastante –dijo.

Miró la luna, que estaba bien alta. Le pareció que se acercaba a toda prisa hacia ellos a plantearles algún asunto urgente, mientras que el coche corría a su encuentro en dirección contraria. Aunque estaba inmóvil. Palidísima. Como el rostro cloroformizado de un enfermo que descansa sobre la mesa de operaciones que ya no puede pedir ayuda.

–Notable familia. Sabe usted, cuando visité Alejandría –Mardaras se acercó más–. Creo que tenían tres hijas. La segunda hija...

–¿Pinelopi?

–Una señorita extraordinaria. ¿La ha visto usted últimamente?

Se le acercó más aún. Sintió que los ojos se le clavaban esperando. Así que él también había amado, dijo para sí. Hasta a aquel zoquete con su hinchado clavel en el ojal lo habían martirizado las flechas del amor. Mejor no le decía que Pinelopi Benaki se había casado hacía dos años.

–Hace tiempo que no la veo –respondió.

Mardaras volvió la mirada hacia otra parte y suspiró. Un minuto después volvió a la carga con el asunto del sobre de los poemas, diciéndole que no se preocupara. Quería garantizarle, etcétera, etcétera. Sería el primer sobre que recibiera Moréas nada más volver. Sea como fuere, era él quien leía siempre primero la correspondencia, incluso cuando Moréas se encontraba en París, porque recibía toneladas de cartas, todos los poetas jóvenes le escribían para pedirle opinión, entre otros algunos locos, dementes de provincias. Moréas no tenía tiempo para cualquier advenedizo; le pedía a él que se leyera los

poemas y que le escribiera un resumen, dos o tres palabras con su opinión sobre la obra de cada poeta, luego los colocaba en orden de importancia.

–Debe de tener mucha confianza en su criterio –murmuró.

–Absoluta.

No podía dejarlo pasar así.

Tenía que decir algo.

Aunque fueran dos palabras.

Miró afuera. La luna había crecido de pronto y se fijó en que le faltaba un trozo mientras resbalaba apresuradamente atravesando las ralas nubes. Se preguntó qué iba a decir, qué podía decir. Hacía falta un comentario mordaz a la vez que ambiguo para poner en su lugar a aquel imbécil sin parecer ofendido, elaboraba la frase en su cabeza, no le salía, tenía que calmarse primero, tranquilo, decía para sus adentros, tranquilo, cuando la carroza se zarandó con gran fuerza antes de saltar por el aire como si lo hubieran embestido. El coche se abalanzó hacia delante, ellos se hundieron en los asientos. Montado a pelo, el cochero espoleó furioso al caballo. Las ruedas rechinaron.

Empezaron a correr más rápido, cada vez más rápido. Todo el vertedero corría. No le daba tiempo de ver nada, sólo los muslos del cochero aferrados a los costados del animal y su cabeza con el sombrero de copa pegado a las crines de ébano. Los caballos parecían desbocados, sus grupas vibraban. Estaba sereno. Con los dedos doloridos de agarrar el pomo de la puerta mientras rumiaba tres palabras: *Pobreza expresiva. Torpeza*. Las tres palabras que habían emponzoñado su estancia en París. Las había escrito Mardaras. Era una crítica de Mardaras. El cual lo había agarrado del cuello y se había encogido encima de él con los ojos cerrados. Un retumbo sordo se levantaba con el golpetear de los cascos de los caballos. Las herraduras echaban chispas. Y aun así me siento estupendamente, se confesó sorprendido. El viento le azotaba la cara, abría los agujeros de la nariz para respirar. Ante ellos, una oscuridad impenetrable. La luna se había escondido. Me siento bien, estoy vivo, decía para sus adentros. Una fuerza oculta lo había cobijado bajo su manto. El coche volaba. Todo el paisaje volaba. Pensaba: los negros caballos cabalgan en medio de la noche, las crines ondean, la luna se ha escondido. *Noir dans le noir*. Estoy vivo. He roto todos mis escritos. *Ἀπολείπειν*. Abandonar.

Con una violenta sacudida, el coche se detuvo. Aparecieron en un claro

entre la densa vegetación. El cochero saltó del caballo y soltó las riendas. Dijo algo, lo silbó entre dientes, quizá no dijera nada. Se alejó cojeando sin volverse hacia ellos.

Un farol de aceite colgado de la rama de un árbol alumbraba tenuemente. Mardaras le tiró de la manga.

–Vamos, debemos de estar cerca, rápido.

Se oyó un ruido sordo. Un pájaro aterrizó a sus pies. Abrió levemente las alas, se equilibró y echó a volar. Otro ruido sordo. Y otro pájaro bajado del cielo. Vivo también. Dio unos cuantos aletazos inseguros y se perdió. Otros dos pájaros aterrizaron a la vez haciéndose oír.

–Rápido. Hay francotiradores –dijo Mardaras.

¿Qué quieren que les diga sobre el Arca?, preguntaría años más tarde. Sería famoso, reconocido, los jóvenes se quedarían embobados escuchándole hablar. Luego estaría un momento en silencio.

Por fuera parecía una casa de labranza. Una construcción sin gracia en un lugar desierto y lleno de hierbajos. Patos, conejos, ocas, circulaban con libertad. Los corrales, abiertos. Todos los gallos cacareaban al mismo tiempo, los burros rebuznaban. Cada gallina llevaba detrás un regimiento de pollitos. Un rato antes, en aquel claro al que bajaban los pájaros, dos jóvenes que se habían presentado a continuación como palomeros, habían salido sigilosamente de entre los altos árboles. Estaban preocupados, les faltaban todavía unas diez palomas, varias no habían vuelto desde la mañana; miraban al cielo tratando de distinguir los pequeños puntos negros que habían arremolinado allá arriba. Y justo en aquel momento, mientras hablaban con Mardaras, que ya se había recuperado del pánico que le había entrado en el coche y había recobrado el aire de fanfarrón, primero con un estrépito sobrenatural y luego casi sin acertar a verlo caer sobre ellos, un pájaro se posó con el pecho sacudiéndose como el de un corredor que llega a la meta.

¿Era verdad? ¿Había sucedido todo esto?

Los pájaros caídos del cielo. El *valet* o camarero con la peluca llena de telarañas que les preguntó sus nombres a la entrada. Santo, seña no hicieron falta; otra invención de Mardaras, que había dicho tenerlos memorizados, pero que le estaba prohibido revelárselos. Una sirvienta salió corriendo por detrás del *valet* con los hombros desnudos, el pelo suelto. Se volvió a mirar, la vio corriendo descalza hacia los corrales. Sin entrar, era imposible hacerse una idea de las dimensiones, cómo de grande era el Arca, cómo de absurda era su arquitectura. La entrada era imponente, aunque algo disparatada. Arañas de cristal, lujosos muebles que no casaban unos con otros, trofeos de caza colgados de la pared. Dos tipos con largas capas jugaban a las cartas detrás de un biombo en el vestíbulo. Las ventanas estaban completamente cubiertas con cortinas de seda negra cuyos flecos púrpura arrastraban por el suelo. Estatuas desperdigadas, samovares, un perro de porcelana de tamaño

natural. *Valets* con libreas rojas. Camareros con bandejas de plata, *champagne*.

Grupos de gente iban de arriba abajo por la gran sala como si hubieran salido a dar un paseo por el campo. La iluminación era tenue. Alguien tirado sobre la alfombra llevaba colgado sobre el pecho un reloj con cadena de oro; parecía haber perdido el sentido, pero tenía una enigmática sonrisa grabada. La gente pasaba, algunos se paraban a mirarlo, nadie daba importancia. Avanzó por la habitación con Mardaras a su lado, que lanzaba miradas por doquier impaciente por encontrarse con algún conocido. Tomó una copa de *champagne* de una bandeja y la apuró de un sorbo. Se fijó en que le temblaba la mano. Aún sentía aquella excitación que lo había invadido en el coche; aquella extraña euforia que lo había embargado al pensar que había roto sus escritos. Euforia inexplicable. Absurda. En condiciones normales, estaría hecho polvo, desesperado. La revelación de quién había escrito la anotación de Moréas lo había aliviado, pero no era ese el motivo. Inmediatamente después, de nuevo la imagen de la mañana en la habitación del hotel, la imagen de cómo se había quedado parado unos minutos con sus papeles rotos en el suelo, mientras la primera luz incolora del día entraba por la ventana, qué sereno se encontraba, absolutamente sereno, dueño de la situación. Aquella imagen le había provocado la fuerte excitación sentimental, la sensación de libertad mientras corrían cada vez más en medio de la noche con la luna mutilada resbalando, tambaleándose, cayendo, desapareciendo. En algún momento, cuando tuviera tiempo, tenía que sentarse a pensar. Vio que pasaba un camarero y volvió a estirar el brazo. Aquella enloquecida carrera en la más absoluta oscuridad. Qué alegría lo había inundado al no ver nada delante de él. Corría dentro de la noche. Libre, a ciegas.

–Vamos, vamos –se impacientaba Mardaras. Un leve acorde se oía ahora entre las voces y las risas, se repetía sin cesar, de vez en cuando lo interrumpían unos trinos nasales que parecían gemidos de comadreja, para volver a empezar monótono, triste. Al fondo de la sala había un arco, una burda construcción, apoyada en pilares de ladrillo, cada pilar con una hornacina roja, dentro la hornacina había colocada una estatuilla blanca. Se acercaron. Sobre una peana con columnas de mármol tocaba una orquesta con instrumentos que parecían antiguos. Se pararon a escuchar. La bóveda de yeso sobre la orquesta estaba pintada como una esfera celeste, de un azul cielo intenso, rayado de delgadas nubes con un angelito en la esquina que lo

sujetaba como si extendiera un mantel. El acorde seguía, insistente, repetitivo. Le daba pinchazos en el estómago. ¿Qué tengo yo que ver con la música?, pensó. Por más que se esforzaba, la música no le gustaba. No le interesaba. Podría vivir sin ella.

Pero no podría vivir sin las voces de la calle, pensó. Sin los chillidos, los suspiros, las palabras susurradas. De vez en cuando lo emocionaban algunas canciones populares baratas. Canciones sensibleras –parecía que la voz se dejaba el alma en el estribillo–, que se podían escuchar sólo en sitios sórdidos. No es que lo fuera a reconocer delante de esta gente tan refinada. La ópera, qué pesadilla. Cómo le hacía sufrir. Cuántas veces había fingido en el asiento cambiando de postura mientras su cabeza hacía lo imposible por encontrar refugio en otro tema, por anclarse a cualquier asunto, con la Gorda a su lado gorgoteando de admiración.

Alguien le habló. Se dio la vuelta. Vio a un hombre joven demasiado tieso con un esmoquin oscuro y una mirada heladora. A su lado Mardaras hizo una leve reverencia. Los presentó. Oh, pero si ya se conocían. ¿De dónde? Del Rat Mort, ayer con madame de... Al oír el nombre de madame, Mardaras dio un respingo y volvió a inclinarse.

–¿Cuál ha sido su último pensamiento profundo? –preguntó el joven. Sus labios se movieron rápido bajo un bigote rubio, encerado, retorcido como un gancho.

El conde de Losange.

–Llámeme Edmond –dijo.

Poco después, cuando Mardaras desapareció unos minutos, Edmond le volvió a preguntar cuál había sido su último pensamiento profundo.

–Cómo salir de aquí –dijo sonriendo.

La respuesta pareció gustarle al conde. Mardaras volvió a aparecer. La conversación saltó a la guerra. La *desgraciada* guerra. Los turcos armados con fusiles alemanes y delante de ellos una panda de infelices. Griegos con mosquetones de la revolución de 1821. Las Termópilas y el coronel Smolensky. Lárisa. La desdichada Lárisa, que se rindió sin oponer resistencia el mismo domingo de Pascua. 1897, año negro. En ninguna casa han preparado huevos de Pascua. Quien hubiera preparado huevos de Pascua, según Mardaras, era un traidor que tendría que haber acabado en el paredón. Algo le preguntaron. Sobre Paleó Fáliro, que Edmond había visitado

recientemente como representante, o más bien recadero, de la *Commission Internationale* de control financiero de Grecia.

–No he estado nunca en Grecia –confesó.

Mardaras lo miró estupefacto.

–Eso lo explica todo –dijo.

¿Qué hago yo aquí con éstos, con todos estos fantasmas?, se preguntó. Le gustaría volver al hotel, tenía ganas de escribir. Toda aquella gente, todas aquellas figuras teatrales, ¿qué sentido tenían? Estaba de muy buen humor a pesar de que el Arca más bien lo había decepcionado. Quería retener en su interior la euforia del camino. Podía sacar una o dos palabras de aquella disparatada carrera. Quizá un verso. Una bonita noche, pero suficiente. Basta, dijo para sí.

Dos mujeres se les acercaban en medio de entrecortadas risitas detrás del negro velo que les cubría la cara. Las infladas mangas abombadas ondeaban, parecían cortesanas. El conde de Losange se apresuró a salirles al encuentro. Reparó en que cojeaba ligeramente. Le pasó por la cabeza una conjetura, pero no había forma de corroborarla.

Inició una conversación sobre una función del Grand Guignol a la que no había asistido. Mardaras trataba de arrastrarlo a una sala cercana. Lo siguió sin ganas. En un salón con techos bajos, entre nubes de humo, varios hombres de mediana edad jugaban al *whist* arrugando las cejas. Se detuvo en la entrada. No tenía ningunas ganas de que lo desplumaran los franceses. Cuando Mardaras vio su expresión, se sonrió, tenía otro as en la manga. Dijo que en el Arca había un *hammam* excavado en la roca. Que allí vería escenas que al día siguiente creería haber soñado. Allí contemplaría lo más sublime y lo más procaz. Eunucos en albornoz tocando el violín. Señoras de la alta sociedad vestidas de odaliscas posaban en *tableaux vivants*. ¿Estaba preparado para algo semejante? ¿Sería capaz de soportarlo?

Otro buen cotilleo para Alejandría, dijo para sus adentros. Todos sus amigos y conocidos se morirían por escuchar la continuación. Avanzaban por un pasillo de paredes manchadas de humedad. Bajaron unos cuantos escalones. El techo goteaba, la luz de las lámparas temblaba. Le pareció que el suelo estaba encharcado. Quizá hubieran pasado a un edificio anejo. Era como si fueran por un sendero al aire libre con piedras y hierbajos, sólo que estaba cercado por todas partes. Bajaron más escalones. Hacía un calor tremendo. Entraron en una sala intensamente iluminada.

En uno de los extremos había una puerta con un tragaluz redondo. Detrás de una mesa alargada estaban parados tres sirvientes con *tarboush* y chilabas rojas sin una arruga que se dedicaban a recoger bastones, guantes, sombreros de copa. Pasó un camarero; tomó un licor servido en una copita con base de plata. Tendió el brazo izquierdo, tomó otra copita. Se debió de beber cinco o seis seguidas, caminando sin rumbo de acá para allá, tratando de demorarse.

Mardaras no aguantaba más allí.

–Tenemos que pasar por los vestuarios –dijo excitado.

De eso ni hablar, dijo para sí. Fue hasta la puerta, echó un vistazo por el tragaluz. Vapores, atmósfera borrosa, nada. Se volvió hacia Mardaras. Le explicó que tenía que volver al hotel, al día siguiente le esperaba un día muy largo, tenía que levantarse temprano, no había hecho aún las maletas. En definitiva, que le estaría enormemente agradecido si le pudiera encontrar un coche lo más rápido posible. El otro hacía como si no lo escuchara. Lo miró con expresión perdida. ¿Soy yo el que está borracho o él?, se preguntó.

–Suficiente dosis de antimimesis para una noche –añadió queriendo hacer una broma. Error.

–Nunca es suficiente. –Mardaras abrió por fin la boca–. Antes de que le deje marcharse –siguió, y se sacó el reloj del chaleco–. Es la hora, venga conmigo. –Se dio media vuelta y salió de la habitación.

Deshacer el mismo camino. La vereda de los hierbajos.

El pasillo de las aguas estancadas. Las escaleras. A medida que las subían, sus ganas de escribir aumentaban; al mismo tiempo, sentía que estaba ya completamente borracho. Hacía calor. Estaba sudando. La humedad de la pared le recordaba un mural de tijeras y uñas cortadas. Odiaba las uñas. Las cortabas y seguían creciendo, las volvías a cortar y al cabo de una semana otra vez largas. Pegadas a la piel, suave e indefensa –como cuero sin pelo–, crecían solas, mientras que los dedos permanecían iguales, aguantando la dura concha que crece sin su conocimiento. Si existía la evolución, si las teorías de Darwin eran ciertas, ¿por qué habían perdurado las uñas? ¿Por qué no habían desaparecido con la cola y el pelaje? Todo aquel largo pasillo le parecía pintado con uñas sucias grabadas en la pared. De pequeño, su madre le cortaba las uñas a ras, lo mutilaba, sufría durante mucho rato después, no podía agarrar nada, iba por la casa con los puños cerrados. Y aquellas medias lunas de uñas cortadas... Alguna gente las guardaba como objetos preciosos, las dejaban o se las olvidaban supuestamente en una esquina de la mesilla de

noche o junto a la palangana, medias lunas amarillas, unas veces blandas como el caucho, otras rígidas como huesos. De vez en cuando una sirvienta quitaba el polvo a la mesa con rápidos movimientos circulares, entonces las veía, cómo no verlas, una pila de ellas aunque por lo general no debían ser más de diez como los dedos, la sirvienta quitaba el polvo con cuidado, pero era como si las obviara a propósito, la mano pasaba con el paño varias veces al lado de las uñas y las evitaba avanzando hacia otra dirección, aumentando su martirio, hasta que en un descuido, ¿de verdad un descuido?, las empujaba esparciéndolas por el suelo. Le habían entrado náuseas. Ahora ya no las iba a poder recoger nunca más. Ahora en cualquier momento las podía pisar mientras caminaba descalzo. Y ¿cómo se llaman esos escarabajos picudos que crecen entre la piel y la uña? Padraistros.

Hacían cola delante de una entrada cubierta con pesadas cortinas de color amarillo. La gente se agolpaba. Entraron en un espacio alargado, con las paredes desnudas, que recordaba un aula con bancos colocados en hemiciclo. Un *valet* los condujo a sus asientos. Escuchó aplausos. Un anciano de baja estatura apareció en escena e hizo una reverencia hasta el suelo. Los aplausos arreciaron. Alguien con uniforme de oficial de alto grado trajo a la habitación a dos mujeres. Una iba en camisón. «Las locas de La Salpêtrière», le susurró Mardaras al oído. El pequeño anciano empezó a hablar con voz campanuda. Al mismo tiempo, le hablaba Mardaras, lo había asaltado una tremenda excitación, por desgracia no había tenido ocasión de ver las *séances* de histeria de La Salpêtrière; cuando se fue Charcot, el gran Charcot, en el hospital las habían prohibido, ahora las *séances* tenían lugar en el Arca con absoluto secretismo, el diminuto viejo era el sucesor de Charcot; se trataba de un fenómeno único que había cuestionado todas las teorías médicas. Algún ningún, se decía a sí mismo.

Una de las mujeres se mostraba apática, la del camisón empezó a temblar. «La reina de la histeria», gritó alguien. «La diosa de la histeria». ¿Cuál era la diosa y cuál la reina? Un sirviente con un mazo forrado de cuero percutió un disco de bronce con borde curvado, muy brillante. Bong. Un sonido fluido que apagó todos lo demás resonó en su cerebro. Trató de mirar ver detrás de las cabezas. Bong. Bong. Resonancia. Al oír el tercer gong, una de las mujeres cayó redonda, el oficial la recogió al vuelo justo a tiempo. El anciano se movió con pasos bailarines hacia la otra mujer sosteniendo un gran imán de herradura que mostró al público antes de acercarse a ella con cautela y de

puntillas como si fuera culpable. Con un gesto teatral levantó el imán, luego lo pasó despacio por delante del cuerpo de la enferma. El público se echó para atrás, luego hacia delante. Algunos suspiraron. La mujer empezó a reírse, a carcajearse, a desternillarse. Una risa repulsiva. El anciano alejó el imán trazando círculos alrededor del vientre de la mujer. Todos los asistentes aguantaban ahora la respiración. Bong. La risa paró de repente. La mujer dio un salto y arqueó el cuerpo en un puente. Bong. Otro salto y la mujer estaba de pie. Bong de nuevo. Algún ningún, dijo para sí. Cada golpe del mazo era discernible. Cada bong, distinto. El primer sonido era absolutamente limpio; pero al mismo tiempo generaba la alargada resonancia que se reproducía sinuosamente en un murmullo de salmodia escarbándole en el cráneo hasta apagarse siempre sin previo aviso. Dejándolo desprevenido, sin saber qué hacer, palpando ese vacío, esa ausencia de sonido. Lo raro era que le parecía que la resonancia sólo existía para él, que sólo él podía oírla. Sólo él. Cada bong era un nuevo comienzo. Condenado desde antes de empezar. ¿O quizá por culpa de ese eco que seguía implacablemente? Lo mismo daba. El sonido encerraba la resonancia. La mimesis incluía la antimimesis.

El pelillo sujetaba la palabra.

Era su guardián.

Y yo estoy desvariando, estoy como una cuba con todo lo que he bebido, pensó sin perder el humor.

Se acercó un *valet*, le dio a Mardaras un billete. Lo leyó y dio un respingo en el asiento. Se volvió hacia él agitado. Madame de... se encontraba en el Arca, lo estaba esperando a la entrada. Había llegado sola buscando al niño de las palomas, aquello era insólito, insólito. Tenía que apresurarse a prestarle ayuda. Volvería lo más rápido que pudiera. Pero en caso de que... Se aseguraría de que le esperara un coche en la puerta. Cinco minutos más y me voy, decidió. La mujer del camión iba de acá para allá del brazo del oficial, coqueteando en una pantomima de paseo mundano. La otra mujer había caído como pasmada en un banco.

Algún ningún. ¿Por qué se le había pegado aquello? Cavafis era nialguien al principio, pero gracias a su esfuerzo... ¿Gracias a su esfuerzo, qué? Gracias a su esfuerzo y a su tesón, Cavafis llegó a ser lo que es. Nadie, ninguno. *Nullitas*, nialguien. Sentía que levitaba ligeramente, que se mecía de delante hacia atrás entre las cabezas de la gente. Algunos usaban impertinentes. Menos mal que no se había mareado. No eres elmejornielpeor,

dijo para sus adentros. Esta época no era lamejornilapeor. Las palabras se habían pegado unas a otras. El tiempo que hacía no era elpeornielmejor. Se acordó de un faro, boyas desperdigadas sobre las aguas plateadas, un cielo con reflejos naranjas. No era un paisaje de Alejandría, seguramente de algún romántico, un cuadro, pintado de memoria, que la embellecía. No eres elpeornielmejor. Palabras pegadas. *Aparte* de la embriaguez había una preocupación que no se disolvía en alcohol. La idea de la vuelta a Alejandría le oprimía el pecho.

Se levantó para marcharse. No le interesaba el espectáculo. Bong. Bong. Suficiente. Tenía ganas de volver al hotel. Cada bong un nuevo comienzo. Y aun así, comenzaba a partir de algo ya muerto. Reluciente, exánime. Advirtió un movimiento en la segunda fila. Como un aleteo oculto en uno de los bancos del extremo que le hizo estremecerse. Era mucha la gente que se había agolpado en aquel momento, todos los asientos ocupados. Varios grupos se habían apretado en el estrecho pasillo y se hacían aire con coloridos abanicos de encaje esperando a que el *valet* los acomodara. Imposible llegar hasta las primeras filas. Murmurando: «*Pardon, excusez-moi*», empujando, pisando zapatos y encajes, trató de acercarse y avanzó hacia las filas de delante, sabiendo que estaba equivocado, que aquello era imposible. Aquello era imposible. Lo único que pasaba era que estaba borracho. Con una ligera sacudida, el pelo castaño volvió a hacerle una señal. Luego vio el perfil, los carnosos labios. Pero ¿cómo era posible que estuviera aquí? Quizá no hubiera salido nunca de París. Quizá se hubiera cancelado la representación en Venecia. Quizá hubiera cambiado de hotel. Las escenas tras la puerta cerrada revivieron. La respiración entrecortada, los gemidos, las dulces caricias. Gestos agrios. Bofetadas. Los cuerpos desnudos sobre la cama deshecha. Aquel interminable camino hasta su habitación con miedo de perder el valioso pelillo. De dónde sacó fuerzas para levantarse, para agarrarse al marco de la puerta, para alejarse. De dónde sacó fuerzas para abandonar el pelillo. *Ἀπολείπειν*. Abandonar. Besos profundos en la boca, besos voluptuosos.

Se dio de bruces con un joven con los dientes hacia fuera que estaba sentado al lado de su guapísima madre.

Era una noche cálida, sofocante, de esas en las que no se mueve ni una hoja. Salió. Escuchó cerrar la llave de la pesada puerta detrás de él, escuchó sus pies bajar los pocos escalones. Dio varios pasos. ¿Qué diría si le

preguntaran por el Arca? Se volvió a mirar. Una hosca casa de labranza con un tejado de paja hundido. La hiedra reptaba por la deteriorada fachada. La pálida luna era un gorro torcido sobre la chimenea. Las ventanas estaban todas condenadas con tablas clavadas en cruz, no se había percatado antes.

¿Qué quieren que les diga sobre el Arca?, les preguntaría. Luego se quedaría un momento en silencio sabiendo que la espera avivaría aún más la impaciencia del auditorio. Miraría las caras de las personas que tuviera delante. Unas cuantas serían inocentes, llenas de ilusión, con la sed de aprender brillando en los ojos; otras, ya seguras de estar de vuelta de todo. Acabadas, insensibles, indiferentes. Trataría de centrar su atención en las primeras, las que sentían sed de poesía y verdad porque para ellas ambas cosas significaban lo mismo; en esos inocentes a los que llegaría el desengaño.

El Arca no existe, les diría.

Naturalmente se quedarían esperando a que continuara. Semejante auditorio no se rinde fácilmente. A alguno le entraría una risa nerviosa. Otro haría un comentario filosófico o quizá gracioso para darle pie, creyendo que se trataría de una *trouvaille*, un hallazgo retórico del gran poeta que buscaría encender la imaginación de su público. Interrumpiría con una mirada penetrante a ese último admirador autor del comentario. El Arca no existe, diría por última vez. Se levantaría despacio para marcharse. Antes de salir de la habitación sentiría todas las miradas puestas en él, podría palpar su incómodo silencio, su decepción. Pero si le volvieran a preguntar volvería a decir lo mismo.

Otra vez lo mismo.

No había ningún coche esperándolo.

Extraña tranquilidad. Ni rastro de gallinas, ocas, patos. Anduvo de acá para allá enfadado por haber confiado en Mardaras. Tenía que volver y pedir al *valet* de la entrada que llamara un coche, se iba a retrasar. Oyó un murmullo. Voces ahogadas. Dos sombras se movieron cerca de los corrales. Puede que su cochero estuviera bebiendo con algún capataz. Se acercó. No había nadie. Tras la red de alambre le pareció que las gallinas suspiraban en sueños. Otra vez el mismo ruido ahogado, el gruñido de un animal pequeño. En el corral de al lado tres filas de palomas inmóviles, petrificadas en los estantes. Vio un cuerpo en el suelo. Dio un paso atrás. Volvió, pegó la cara a la red. «Alto»,

dijo una voz. Uno de los palomeros venía corriendo hacia él. Por detrás apareció el otro, que le dio un brusco empujón.

–Déjalo –dijo el primero. Se le acercó, le olía el aliento.

–Mírame –dijo, y lo agarró de la nuca–, ¿ves los pájaros, ves los huevos? Mira bien –le empujó la cara–. ¿Ves los huevos? –insistió.

Vio a un niño con las manos atadas detrás de la espalda y la boca tapada con un pañuelo.

–Pues escúchame bien. Si lo que quieres es quitarles la piel a los huevos, no lo vas a conseguir.

–Eso es. –El otro soltó una carcajada.

–Los huevos no tienen piel. ¿Te enteras?

Le aplastó la cabeza contra la malla. Los alambres se le clavaron en la piel, se quedó sin aliento.

–¿Te enteras? Los huevos no tienen piel –silbó.

El niño se movió dentro del corral. Trató de levantarse, pero volvió a caerse. Una paloma fue aleteando hasta donde se encontraba, voló cerca de su cara. Era el niño de los ojos melancólicos que había visto al lado de las galerías Lafayette.

–Dilo tú, que veamos que te has enterado.

Un puñetazo le acertó en las costillas. Se le doblaron las rodillas, se tronchó por la mitad. El dolor era agudo, punzante. Aun así, no he gritado, no salido de mí ni un ruido, se sorprendió.

Uno de los palomeros lo cogió de los hombros y lo sacudió.

–¿Estás sordo o qué?

–Habla.

–¿Ves los huevos?

Tras la malla el niño lo miraba con aquellos ojos que habían crecido en la oscuridad.

Vino otro puñetazo por la izquierda que le acertó en el estómago. Al hundirse, el dolor le llenó la boca y sintió como si sus dientes estuvieran nadando en sangre.

–Los huevos no tienen piel –masculló. Las gafas se le cayeron al suelo.

Un coche frenó. Se abrió la puerta, alguien lo llamó. Recogió las gafas y salió corriendo.

Era el mismo coche con cojines de terciopelo que los había llevado a Mardaras y a él al Arca.

El conde de Losange tenía un vaso de coñac listo en la mano que le puso debajo de la nariz. Hizo una señal al cochero de que fustigara los caballos. Luego se volvió hacia él diciendo que se trataba de un raro destilado envejecido en barriles de roble, barril tal, año tal, sin duda una cosecha espectacular. Los barriles los fabricaban en el Lemosín, única y exclusivamente en un pueblo del Lemosín en el que la madera de roble aportaba aquel aroma a vainilla tan amargo.

–Escuche –lo interrumpió–, tenemos que volver, está en peligro la vida de un niño.

El conde se echó a reír.

Aquella risa lo desconcertó. Trató de ignorarla entre resoplidos y le habló del niño de las palomas al que tenían secuestrado en el Arca. Tenían que volver de inmediato, el niño estaba en peligro. Lo tenían atado y amordazado dentro de un corral. La cuestión era que se trataba de unas palomas especiales, con un don especial. Si no, ¿por qué le iban a haber atacado los palomeros? Le habían dado una buena tunda; si no hubiera aparecido el conde, no quería ni pensar en lo que podría haber pasado.

Al parecer al conde le entraba por un oído y le salía por el otro. Todo era un montaje, en su opinión, una *mise en scène* para aumentar la reputación del Arca. Los palomeros, actores de poca monta. No valía la pena preocuparse. Además, no le debían de haber pegado en serio, él no veía nada, ni un rasguño ni una ceja partida. Sacudirse un poco el polvo de encima era lo único que necesitaba. Todo era una *fantaisie*.

–*Commedia dell'arte*, si lo prefiere –concluyó retorciéndose el bigote encerado.

–Un momento –dijo–. Hay algo que probablemente usted no sepa. Esas palomas conducían los encuentros espiritistas en el *hôtel* de madame de Filion. Ese niño es quien las tenía amaestradas. De repente, hace un mes, las palomas y el niño desaparecieron.

Era su última carta. Habló de la disposición armónica de las palomas durante las *séances*, de la comunicación sin interferencias con los muertos y de todo lo que recordaba de la descripción de madame de...

–Madame de... –sonrió el conde–. No me haga reír más, me duele el estómago. Todo son inventos de esa excelsa vieja.

No tenía sentido insistir. Ni sacar a relucir la piel de los huevos; sería la confirmación definitiva de que, como el conde decía, todo era un montaje.

Debían de estar entrando en París. Hormigueros de luces se acercaban en la oscuridad.

Se quedaron en silencio. Todos los acontecimientos ocurridos aquella noche daban vueltas desordenados en su cabeza. De cuando en cuando le entraban mareos. Pensó en sus escritos rotos en el suelo de la habitación. El poema «De nuevo en la misma ciudad» lo tenía guardado en Alejandría. Menos mal. No había hecho ninguna corrección importante a lo largo del viaje. En su escritorio, dentro de un sobre, estaban las once versiones de aquel poema. De nuevo en la misma ciudad. Debían de estar encontrarse en la zona de los grandes bulevares. El Saint-Pétersbourg estaba cerca. Bulevares medio desiertos, faroles apagados, tenues resplandores de gas en las marquesinas. Los pocos viandantes corrían detrás de sus sombras. Algunos las alcanzaban, la sombra desaparecía para desplegarse cinco pasos por delante en la acera, más larga, imponente. París, la ciudad te seguirá, le entraron ganas de gritar. Vio a tres trasnochadores que venían con paso vacilante en dirección contraria con los bastones colgando del costado como espadas inútiles. Nadie podía escapar. Siempre la misma ciudad. «Si tu vida malgastaste en esta esquina / en toda la tierra la arruinaste». Quizá se acercara por fin su hora, pensó y se dejó llevar un momento por la estúpida ensoñación, una ensoñación de niño maltratado, lo sabía; cuando le llegara el reconocimiento, todos los Mardaras y sus semejantes lo aceptarían, se agolparían detrás de él, se lo pensarían mucho antes de dirigirle la palabra.

El coche debió de girar. Estaba cruzando los Campos Elíseos.

¿Qué hora era ya? No tenía ni idea.

—Le voy a llevar a un sitio —dijo el conde.

No tenía ganas de ir a ningún lado.

—A un sitio —repitió y se rio solo—. No quiero decirle nada, lo descubrirá usted mismo.

Pasaban por las Tullerías. Place Vendôme. Palais Royal.

Estaba completamente seguro de que lo que había visto en el corral eran las famosas palomas de madame. Petrificadas, inmóviles sobre las estanterías. La imagen del niño lo perseguía. Atado con cuerdas, en el suelo en medio de las cagadas de los pájaros y de la suciedad. Si pudiera, se arrodillaría a su lado, trataría de aliviar su dolor. Lo acariciaría. Le besaría las heridas.

Debían de dirigirse al este. Las herraduras de los caballos resonaban

rítmicamente en los adoquines de la calle, parecía que las pezuñas se unían en el aire.

–¿Me puede decir qué significa? –preguntó el conde.

–¿*Erdeon*?

–Es una palabra griega. Épsilon, ro, delta, épsilon, omega, ni –la deletreó.

–No significa nada. No existe semejante palabra.

–Qué extraño.

El conde desconfiaba. La palabra se le había pegado después de su viaje a Grecia. La había escuchado en algún sitio. Aunque seguro que no en los encuentros de la Commission Internationale. Tenía que haberla dicho alguno de esos ricos atenienses inflados como pavos que siempre había alrededor o algún plebeyo en algún barrio popular cuando salían de noche; un plebeyo, ¿por qué no? En Grecia –y lo había comprobado más de una vez, gracias a su amplio conocimiento del griego antiguo–, las gentes del pueblo, los que parecían trogloditas, soltaban de vez en cuando una palabra rara, distinguida, una expresión culta que nunca antes había escuchado y le causaba enorme impresión.

–Piénselo bien –le pidió.

–Esa palabra no existe.

El cochero tiró de las riendas. Los negros caballos redujeron la velocidad y se detuvieron.

Descubrir en los ojos de un cochero francés la mirada de un joven *felah* del delta del Nilo; fue lo que le pasó por la cabeza cuando el coche paró y el cochero se aproximó para desplegar el estribo. Le tendía la mano para ayudarlo a bajar. Ojos almendrados castaño oscuro con una marca de pena que no era pena sino la inercia de la existencia, pensó y saltó ágilmente ignorando la mano tendida. Siempre había sido buen fisonomista; apostaba con John como diversión. ¿De qué crees que trabaja ése? ¿Te parece que viene de una familia aristocrática o que ha hecho dinero recientemente y hace ostentación? Cuando eran más jóvenes era su juego favorito.

El coche se alejó. Se quedó a solas en la acera con el conde de Losange.

A lo lejos se divisaba el Hôtel-Dieu.

Frente a ellos, una caseta con el letrero CABINETS D' AISANCE.

–Usted primero.

–Me encuentro bien, gracias –dijo.

–No es lo que usted cree.

El conde se perdió en la *pissotière*.

Salieron dos hombres algo desorientados estirándose la ropa. Uno olfateaba con gran ruido el aire. Se fueron en direcciones opuestas dando grandes zancadas, pero como si cayeran en la cuenta de que iban juntos se dieron la vuelta. Encendieron un cigarro. Eran hombres de provincias con un fuerte acento. Aguzó el oído.

–Está la cosa muerta esta noche.

–Tranquilo.

–¿Te acuerdas de cuando vinimos a París? Desde entonces llevas diciéndome que tranquilo.

–Desde entonces te digo lo mismo, ¿eh? Cómo ha pasado el tiempo.

–La vida es un fin de semana.

–Se me ha pasado volando.

Las puntas de los cigarros iluminaban sus brumosas caras –debían de estar a un paso de la mediana edad– y aunque conversaban tranquilamente, la posición del cuerpo, la forma en que esperaba el uno la reacción del otro, delataba cierta imprecisión en su relación y al mismo tiempo una intensidad asfixiante, dirigida hacia otro sitio, hacia algún otro punto. De cuando en cuando, le echaban miradas de soslayo.

–Todavía era sábado por la noche... ¿Sabes cómo veía yo las cosas entonces? Era como si por todas partes oyera napoleones de oro. Y entonces llegó el domingo por la mañana y ya no oía nada. Nada. Silencio.

–El domingo a mediodía es cuando empieza la cuesta abajo.

–¿Ahora qué es? Domingo por la tarde.

La vida es un fin de semana. No alcanzó a oír nada más.

–Pero ¿qué hace? –el conde le hizo un gesto para que no hablara.

El olor era insoportable.

Cinco urinarios en fila y debajo de ellos una pila nauseabunda a rebosar de orín y porquerías.

–Lea lo que dice en la pared –susurró el conde.

–*Ne pas déposer de croûtons de pain dans les urinoirs.*

–Venga por aquí –le dijo. Se escondieron en el fondo de la *pissotière*.

Se oyeron pasos. El conde le hizo una seña de que no se acercara.

Uno de los dos provincianos entró con ímpetu. Se quedó parado con

expresión intranquila inspeccionando el espacio; quizá quisiera comprobar si habían salido al no haberlos visto. Se puso de rodillas y metió la mano en lo hondo de la pila. Buscando en el sumidero por el que se vertían los orines, con la cabeza vuelta vigilando la entrada de la *pissotière*, empezó a tirar de una larga cuerda. En el extremo de la cuerda había atada una *baguette*. En la media penumbra, le resultaba difícil distinguir lo que sucedía. Le pareció que la *baguette* estaba envuelta en una red. El hombre desapareció.

A su lado el conde, completamente tranquilo e inmutable, le volvió a hacer señal de que permaneciera en silencio.

Un rayo de luz proveniente de la calle se escurrió adentro, cobrando tonalidades opalescentes, desde un agujero que alguien había abierto en los azulejos y al caer sobre un espejo en la pared de enfrente, le pareció que se dibujaba un paisaje extraño en el que la *pissotière* estaba representada del revés con la pila flotando sobre los urinarios.

Erdeon. Me siento *erdeon*, dijo para sus adentros.

La palabra le volvió a la boca y le gustó. Por alguna razón había una relación entre *erdeon* y la piel de los huevos. Aunque la palabra no existía, eso seguro.

Entró un joven. Se desabrochó y empezó a mear. Por lo que podía ver, su pene asomaba robusto del calzón, bastante grueso, oscuro, con pesados anillos.

Se abrochó y se fue.

A continuación, el hombre apareció de la nada, avanzó como una rapaz. Se abalanzó sobre la *baguette* y la sacó de la pila. Rompió la red que la envolvía y con la boca abierta de par en par se empezó a embutir el pan contra el paladar. En aquel momento, apareció el segundo provinciano. Cómo le brillaban los ojos a la luz opalescente de aquel rayo. No era embriaguez aquello, sino una avidez de otra clase. Se desabrochó con movimientos espasmódicos y meó sobre la *baguette* que sostenía el otro en las manos como si fuera una ofrenda, mientras que aquel de pie seguía meando, la meada no tenía fin.

Se sentía arrebatado. El corazón le latía descompasado. Tenía que volver en sí. Incluso se había acostumbrado a aquella insoportable peste, puede que hasta lo excitara. A su lado, el conde observaba con la mirada congelada. Se estrujó el cerebro, trató de pensar en algo, tenía que tomar distancia del espectáculo, rápido, antes de que lo traicionara aquella agitación, antes de

llegar a degradarse. Pensar en algo desagradable... El gato sin pelo de la recepción del hotel. En vez del gato, vio con toda vivacidad el miembro de aquel niño del colegio de Liverpool, con qué potencia meaba, qué grueso era, blanco, también tenía anillos.

Ahora le tocaba mear al segundo. El otro se arrodilló delante de él. Pero no se veía nada. Sólo la espalda del que meaba con los hombros contraídos sacudiéndose hacia atrás y combándose.

Miró el rayo de luz iridiscente. Cruzaba la *pissotière* con la fuerza de una cuerda en tensión para terminar en el paisaje invertido de la pared, en una pila flotante llena de porquerías sobre los urinarios que ahora quedaban medio ocultos por las sombras de los hombres; una composición completamente grotesca provocada por el propio rayo de luz, gracias a sus reflejos opalescentes, independientemente de si al final parecía que aquel era su destino ineludible. Algo quería decir todo aquello, aunque estaba demasiado confundido para analizarlo. Al menos había conseguido tranquilizarse. Había recuperado el control. Al menos eso.

Erdeon, dijo para sí.

Qué pena que no existiera la palabra.

Uno de los hombres, encorvado, se abrochaba. El otro sostenía la *baguette* meada, y al volverse seguramente a preguntar algo, la *baguette* se encontró en medio de la trayectoria del rayo de luz; era una *baguette* blanca normal y corriente, alargada y que goteaba meado como una tubería agujereada. El rayo de luz se partió en dos, el paisaje de la pared se perdió.

Luego los dos cayeron de bruces sobre el pan y empezaron a devorarlo sobre el bordillo de la pila. Le daba la impresión de poder distinguir el masticado, las voraces dentelladas y una respiración entrecortada con un restallar de la lengua; veía cómo las manos partían el pan, luego los jadeos se volvieron más ahogados, el restallar de la lengua paró y se escuchaba sólo un ronquido. Advirtió que a su lado el conde ladeó la cabeza haciendo un pequeño ruido con la nariz como si lo aplaudiera.

Un pasaje de Plutarco le pasó rozando por la mente. Las reglas del banquete. Si era correcto conversar sobre temas filosóficos a la mesa. Debía de haberlo leído en *El banquete de los siete sabios*. En otro pasaje se mencionaba un animal enviado al sacrificio con el pedido de que se le cortara el mejor y el peor trozo de carne: la lengua. Por más indecente que pareciera, pensó que había algo sagrado en aquel banquete dentro de la *pissotière*. La

exaltación de los hombres era casi religiosa. Podrían haber hecho genuflexiones ante el pan profanado como si se tratara de un ritual de purificación. Una preparación para la sagrada comunión. Cuerpo y sangre. Se acordó de aquella escena, en Constantinopla, en aquella apartada iglesia junto a las vinagrerías, con el joven aprendiz al que había seguido. De cómo estaban arrodillados en medio de la desnuda sillería, bajo la pobre cúpula, tan lejos y tan cerca el uno del otro. Se acordó de las temblorosas llamas de las velas, aquel insoportable silencio, el incienso, los rostros serios de los santos en el ennegrecido iconostasio. El púlpito oscuro como la boca de una ballena. Los símbolos de la fe avivaron su deseo, de eso no había duda. Quizá voluptuosidad y fe no estuvieran al final tan alejadas. Puede que pertenecieran a la misma esfera, pero era una esfera superior a la que pocos podían aproximarse, inaccesible a la gente ruda e ignorante. Más bien una postura estética y ética; allí donde devoción sagrada y excitación sexual no parecían en absoluto mundos hostiles. El banquete había terminado. Un velado éxtasis se dibujaba en la expresión de los hombres mientras se abrochaban torpemente los abrigos confundiendo dedos con ojales. Vestían abrigos largos y anchos, algo extraño para la estación. No tan extraño, pensó, cuando advirtió la monstruosa erección de uno de ellos. Se metieron en el bolsillo lo que había quedado de la *baguette* meada y se fueron.

–¿Quiere que le deje un momento a solas? Dentro de poco habrá continuación –dijo el conde.

No respondió. Todavía se sentía turbado. Se apresuró a salir detrás de él.

HIMNO AL PELILLO

Hay días y días. Días luminosos que pasan en un suspiro y días tranquilos en los que no pasa nada. Mañanas en las que todo parece posible, trazadas por una mano celestial, y otras en las que te levantas con un regusto rancio en la boca, en las que los despropósitos de la noche anterior reviven ante ti, fantasmas de un carnaval como entonces en Seleucia, cuando pusieron la cabeza de Craso goteando sangre sobre la mesa, con las bacantes desenfrenadas bailando para celebrar la victoria de Surena, o cuando a aquella colonia griega llegaron tan tristes mensajeros, u otras plácidas mañanas que antes de darte cuenta amargan al caer la tarde, como cuando Juliano recibió el oráculo de Delfos, «Decid al rey... Apolo ya no tiene aquí su morada, ni brotes de laurel sagrado», un pseudooráculo fallido construido por los cristianos setecientos años más tarde; u otras veces, cuando de manera inesperada asoma una época inolvidable, días triunfales al sol dorado que han de pasar rápido como aquel claro día en el que la pitonisa le dijo a Nerón que temiera el número 73, y él, que según su costumbre había saqueado el santuario y se había llevado las estatuas de bronce, consideró que tenía tiempo por delante porque no contaba más que treinta años, o cuando de pronto hacia la medianoche se oiga una música... Cuando, repentinamente, aquella terrible noche en Alejandría que Plutarco describe, se oyeron sonidos de instrumentos, melodías, vocerío en medio del mortal silencio, una invisible turba que cruzaba la ciudad, y dijeron que Dioniso, el dios doble, de la vida y el Hades, de la luz y la oscuridad, iba a las murallas con su cortejo, que se marchaba abandonando a Antonio o... O una noche como la de ayer, su llama enloquecida, que quemaba la mecha, su mecha, velozmente, y él no hacía más que esperar de un momento a otro el bum, el enorme bum de la explosión. El bum no se escuchó. La explosión no se produjo. Estaba parado en su habitación, llevaba una camisa limpia. Lavado, peinado. Había

conseguido despertarse a tiempo. Su equipaje estaba listo, cerrado con candado. Dentro de poco vendría el mozo a bajarlo.

Miró el reloj. Media hora más.

Dentro de aquel laberinto que era y no era, pensó evocando brevemente el Arca, y su mente se deslizó hacia otra imagen: un mercado al aire libre, bien entrada la tarde, en otro lugar del mundo; había mucha gente concentrada, esperaban todos agolpados y los más bajos, los más ancianos, los ciegos y los tullidos se apretujaban por decenas alrededor de una nube sofocante que ardía chamuscando sombreros y levitas. Pero ¿qué esperan?, se preguntó.

Media hora. No sería mal título para un poema.

Y aquellos hombres de las cavernas, ¿cómo se le había ocurrido eso? Aquellos seres dentro de las cuevas, no del todo humanos, medio jorobados, medio simios, peludos y vestidos con pieles de animales. Tallando, afilando. Cómo se levantan poco a poco. *Erdeando*. Esas mañanas pétreas en las que el más mínimo movimiento es una proeza. La primera luz titila iluminando inocentemente esas figuras con las rodillas flexionadas, sus sombras en la pared, la peluda mano palpando en busca de un lugar donde apoyarse, se tambalean, tropiezan, cómo consiguen alzarse, arrastrando el pie palmo a palmo por el suelo, luego el otro, el primer exiguo movimiento, guardando el equilibrio con los brazos algo abiertos, balanceando las torpes alas, poco a poco, un poco más, un poco, se levantan. *Homo erectus*.

Homo erectus.

No había mucha diferencia con una gran obra de arte; cayó en la cuenta con asombro en aquel momento. Era el mismo salto. Un salto mínimo hasta ponerse en pie. Ese mágico movimiento que, por otra parte, esconde tantos esfuerzos, tantos intentos fallidos, tanta pena y tanta rabia, días y noches dentro de la cueva gateando humillado mientras que algo por dentro dice que es posible levantarse, hasta alzarse sobre las dos piernas con una pequeña sacudida como si fuera la cosa más sencilla. ¿Qué sucede cuando la técnica se ha asimilado, cuando el talento del poeta ha desaparecido detrás del poema y lo que queda es el deleite, la certeza de estar leyendo algo excepcional?

El pelillo, pensó. *Ἀπολείπειν*. Abandonar.

Su mirada se detuvo sobre la cama. Miró las grietas de las sábanas, las ropas revueltas, las almohadas, recordó con todo detalle el torpor, cómo se había revolcado allí los últimos días, cómo luego se había sentado en el borde de la cama sin ganas de nada, triste. Sintió la cabeza ligera, vacía. Como un

buzo que se escurre hasta el fondo del mar, libre de prejuicios, con curiosidad por ver qué va a descubrir primero, un coral, un zapato roto o la lanza de un antiguo guerrero.

Quien distinguió los luceros todos del gran firmamento,
Y de los astros mostró los nacimientos y el fin

Los versos de Calímaco fluyeron sin esfuerzo. «Cómo el flamante esplendor del raudo sol se oscurece; cómo en su tiempo cabal vuelve la estrella a marchar... No era acaso tu llanto sino la marcha infeliz de tu fraterno amor. ¡Qué profunda la pena roía tus tristes entrañas!».

Si la cabellera de Berenice, una trenza rubia, pudo inspirar estos sublimes versos, dijo para sus adentros. Si pudo volverse estrella. «¡Vuelva yo a ser honra regia! ¡Junto a Acuario en tal caso así brille Orión!».

Quién sabe dónde alumbraría la estrella de Berenice en la bóveda celeste. No lo había buscado nunca. «De noche me oprimen los pasos divinos y sin embargo la luz...». Si un mechón de pelo inspiró a Calímaco, volvió a pensar. Si un pelo puede provocar semejante turbación, tantas asociaciones e imágenes, si puede arrebatarlo hasta el punto de besar arrodillado una puerta ajena. Un único pelo y ningún otro, nacido de tal manera del suave testículo de un bailarín ruso que sobresale entre los demás, algo más duro o más largo, que te hace cosquillas en la palma de la mano, que al tocarlo dispara el deseo..., «cuando al mirar a los astros en días de fiesta a Venus divinal tú la procures ganar...», su recuerdo te acaricia el rostro como un aura, se convierte en aliento creador..., «yo por estas hazañas en la celestial asamblea pago con nuevo don...», que te acompaña por el estrecho e inescrutable sendero del Arte, un pelillo.

–Pelillos –dijo en alto y le entraron ganas de reírse.

Le pareció que alguien llamaba a la puerta, pero no había nadie. Echó un vistazo al pasillo vacío y se volvió a su sitio. Dentro de un rato tomarían el tren a Marsella. John quizá estuviera ya esperando en la recepción.

Hay días y días, pensó. Y vendrán otros. Días y noches en los que uno se pregunta: pero ¿qué hago aquí?, pero ¿cómo he acabado así? Días en los que el mundo que conocíamos se perdía y el mundo nuevo se demoraba en aparecer.

Se volvió a levantar. Aquél debía de ser el mozo que venía a recoger las

maletas.

–Buenos días, señor.

Se encontró con un muchacho casi rubio, muy menudo, con una especie de mancha en la cara. Al mirarlo desde arriba, la marca en la mejilla le recordó una isla, una isla desconocida, un peñón que se extendió aún más cuando el muchacho sonrió y sus pequeños ojos tristes se iluminaron.

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a escribir este libro, no me imaginaba ni los años que me iba a llevar terminarlo ni la cantidad de gente a la que iba a involucrar de una u otra forma para poder concluirlo. Ni tampoco las veces en que tendría que marcharme cargando con fotocopias, manuscritos y libros, a otro lugar, con la esperanza de que ese «otro lugar» fuera mejor que el sitio en el que me encontraba, de que una puerta se abriría como por arte de magia. Cuando me enfrentaba a algún giro importante en algún capítulo pese a que todo parecía estancado, inmóvil, o cuando sentía una gran necesidad de ruptura en un punto en el que la propia novela parecía ir en contra de sí misma o cuando me preocupaba algo secundario, insignificante, como la formulación de un párrafo, que cobraba sin embargo dimensiones dramáticas. En definitiva, se trata de detalles posiblemente aburridos ahora que todo ha terminado.

Dos personas han estado presentes a lo largo de la escritura del libro, dándome la sensación de contar con un apoyo continuo independientemente de la frecuencia de nuestra comunicación; pues lo que cuenta en estos casos es la amistad y la disponibilidad. En este sentido, guardo un especial agradecimiento a Paul Vangelisti y Dimitris Dascalópulos. No hubo ocasión en la que procurara la ayuda de Dimitris Dascalópulos, en que lo llamara por teléfono, y él no respondiera de manera inmediata, con generosidad y la mejor disposición; el detalle más oscuro se me ofrecía en bandeja iluminado con precisión, he tomado tantos libros en préstamo de su archivo sin ninguna presión para devolverlos..., algunos de ellos no los he devuelto aún. Paul Vangelisti me dio el acicate o, más bien, el empujón imprevisto para lanzarme a escribir. Sumergida en una voluminosa bibliografía en la que un dato remitía a otro y cada libro comprado a la compra del siguiente, me di cuenta gracias a nuestras largas conversaciones de que la obsesión por la cimentación de la obra era más un pretexto para posponer la escritura.

Me gustaría expresar mi agradecimiento al profesor Yanis Metaxás,

presidente del Archivo Cavafis de la Fundación Onassis, y a Ceodorís Jiotis, responsable de los fondos del Archivo, por su disposición a ayudarme y por el acceso sin restricciones que me brindaron.

Gracias también a los amigos y conocidos que me ayudaron de distintas maneras y que a menudo me facilitaron o hicieron más ameno este ingrato camino. Son: François Pérez, Eva Stefani, Panayotis Macrís, Béatrice Wilmos, Manolis Savidis, Evely Toynton, Vicente Fernández González, Anaid Donabedian, Anton Shammas, Lena Pasternak, Panayotis Sotirópulos, Catherine Velissaris, Eglal Errera, Achmy Halley, María Rusaki, Costas Casolas, Vana Solomonidu, Caterina Carpinato, Diana Haas, Déspina Provatá, Andreas Dimópulos, Ellen Evjen, Nicos Papafilipu, Caterina Sjiná así como a Mxrkxllxs por las versiones del último párrafo. A Vasiliios Filipatos por los días en Alejandría. A Michel D., que se mantuvo a mi lado con calma y estoicismo hasta la conclusión de esta empresa. A la única e inigualable Tula Condu en todo momento y lugar. Y por último, la más viva fuente de inspiración: el que, desnudo desde las tablas gritó «¡*Erdeon!* ¡Me siento *erdeon!*!».

Mi más sincero agradecimiento a los centros que me acogieron, brindándome el silencio necesario: Villa Marguerite Yourcenar, Civitella Raineri Foundation, Maison des écrivains et des traducteurs étrangers (meet) de Saint Nazaire, Rockefeller Foundation Bellagio Center, Bogliasco Foundation, Instituto Sacatar, Σπίτι της Λογοτεχνίας (Casa de la Literatura) de Paros y Baltic Centre for writers and translators.

NOTA DE LOS TRADUCTORES

El nombre de nuestra autora, Έρση Σωτηροπούλου (Ersi Sotiropoulou), siguiendo las normas a las que estos traductores se atienen habitualmente, transcrito al castellano resultaría Ersi Sotiropulu, forma que permite leerlo tal y como se pronuncia en griego. Ersi S., sin embargo, prefiere una transliteración de su apellido al alfabeto latino común para los diferentes idiomas a los que se traduce su obra: Sotiropoulos (léase Sotirópulos). Esta forma, por cierto, terminada en «-os» (caso nominativo), es la forma del apellido propia de los varones, mientras que la forma del apellido que corresponde usar a las mujeres en la tradición griega es la del genitivo (Sotiropoulou), el genitivo del apellido del padre o del marido.

El texto de Isaías (21, 11-12) es el de la traducción de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera.

En los pasajes en los que se citan o parafrasean versos de Cavafis, nos ha sido de gran ayuda la consulta de las traducciones castellanas de José María Álvarez, Pedro Bádenas de la Peña, Miguel Castillo Didier, Ramón Irigoyen, Juan Manuel Macías, Ana Pothitou y Rafael Herrera, Francisco Rivera, Alfonso Silván, José Ángel Valente y Elena Vidal.

Igualmente, en los pasajes correspondientes, nos hemos servido de las siguientes traducciones: Charles Baudelaire: «Albatros», en *Las flores del mal*, traducción y prólogo de Ángel Lázaro, Madrid, Edaf, 1963. Catulo: «La cabellera de Berenice» [traducción del poema de Calímaco], en *Poesías*, traducción de Rafael Herrera, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997. John Donne: «Meditación XVII», en *Devociones*, traducción y prólogo de Alberto Girri, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2003. Plutarco: *Banquete de los siete sabios*, en *Obras morales y de costumbres (Moralia) II*, traducción, introducción y notas, de Concepción Morales Otal y José García López,

Madrid, Gredos, 1986. Plutarco: *Vidas paralelas: Demetrio-Antonio*, traducción, introducción y notas, de Juan Francisco Martos Montiel, Madrid, Alianza, 2007. Plutarco: *Demetrio y Antonio*, en *Vidas paralelas*, traducción de Antonio Ranz Romanillos, edición de José Alsina, Barcelona, Planeta, 1991. Edgar Allan Poe: «El hombre de la multitud», en *Cuentos 1*, prólogo, traducción y notas de Julio Cortázar, Alianza, 1970. Liev Nikoláievich Tolstói: *Guerra y Paz*, traducción de Francisco José Alcántara y José Laín Entralgo, Barcelona, Planeta, 1988.

En la lectura del original nos han ayudado con sus observaciones Ioanna Nicolaidou, Zomás Scasis, y la propia Ersi Sotiropoulos. Quede constancia de nuestro agradecimiento.

* «Cavafy» es la forma francesa para la transliteración de Cavafis. [N.delosE.]

ERSI SOTIROPOULOS
Qué queda de la noche

TRADUCCIÓN DE VICENTE FERNÁNDEZ GONZÁLEZ Y ANTONIO VALLEJO ANDÚJAR

narrativasextopiso

